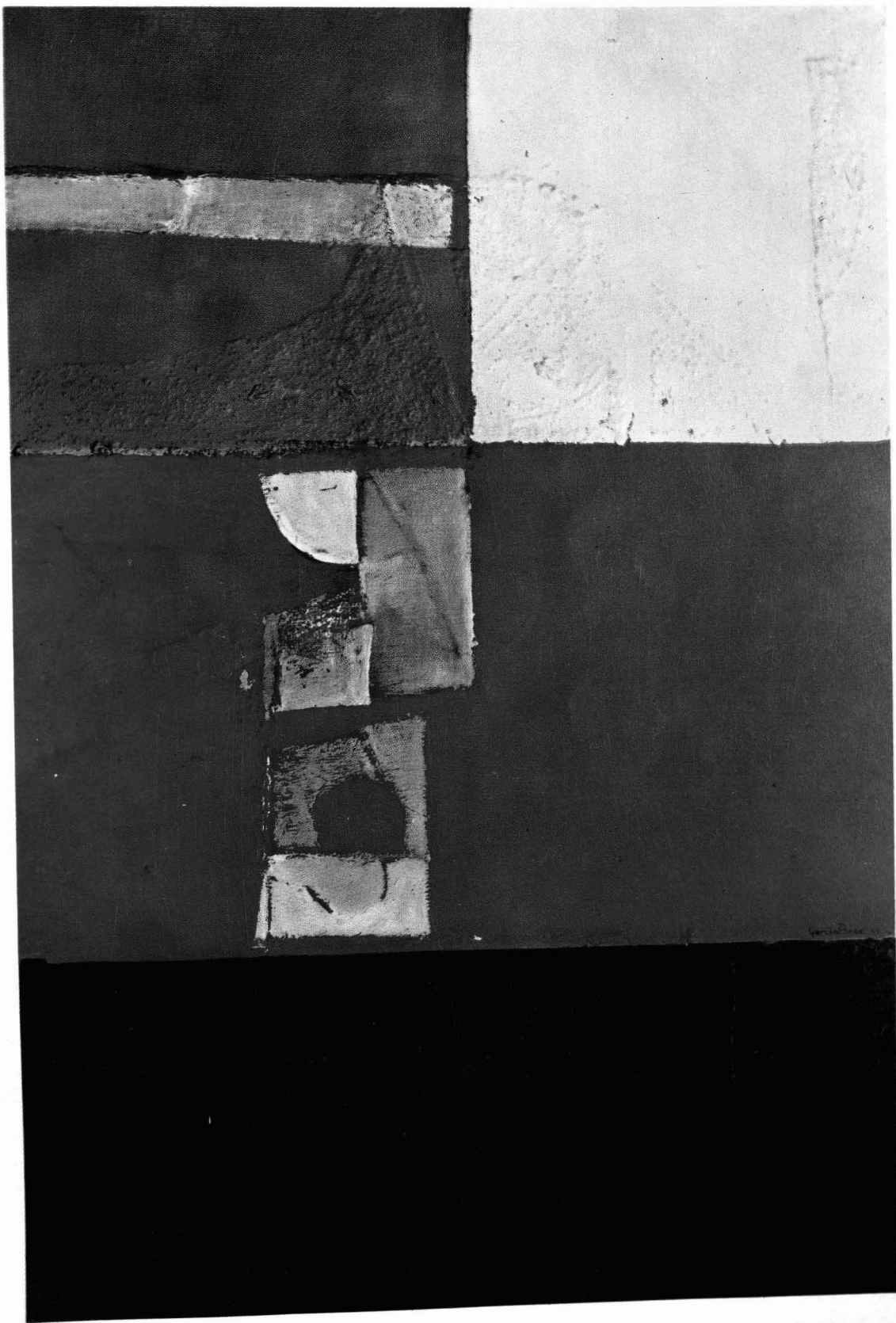


garcía ponce



sumario

Volumen XXII, número 9 / mayo de 1968

- 1 Carlos Monsiváis: Bienvenidos al universo Cortázar
- 11 Gabriel Zaid: Bestiario
- 13 Inés Arredondo: En la sombra
- 16 José Carlos Becerra: La Venta
- 1 Vicente Leñero: Pueblo rechazado
- 19 Gustavo Sainz: Obsesivos días circulares / años fantasmas
- 24 Margo Glantz: Tres relatos bíblicos
- 26 José Agustín: Luto
- 30 Carlos Valdés: Una tarde calurosa de verano

- 36 Colaboradores

Portada: Fernando García Ponce, *Espacio dividido*

Colección Galería Juan Martín

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organo de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú / Director artístico: Vicente Rojo

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00

Subscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Banco de México, S. A.

Carlos Monsiváis

Bienvenidos al universo Cortázar

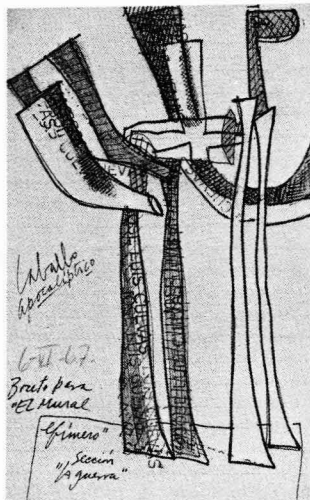


Bienvenidos al universo Cortázar. A través de las inflexiones, los matices, la flexibilidad, la monotonía, la riqueza de una voz argentina (alúdese al gentilicio, no al sonido) se verá usted, frente a su aparato, conducido ante —o quizás la fórmula es *agregado a*— una realidad literaria, social, cultural, humana, de peculiar significación. Con el cliché hemos topado, senador Sancho. ¿Qué quiere decir eso de “peculiar significación?” ¿De qué modo un recurso de la indigencia verbal se transmuta en una expresión viva, necesaria, si se le aplica a un mundo decididamente personal, con avenidas que desembocan en mitos, con cronopios que hacen valla para recibir a Charlie Parker tocando *Lady be good*, con el relato continuo del momento en que el tiempo se volvió una convención y los sentidos se organizaron en una conjura? “Peculiar significación”. ¿Hasta dónde puede conducirnos una expresión surgida al parecer de la comodidad de todo repertorio supuestamente crítico? En principio y con esa cualidad evocativa del lugar común, nos retrotrae a los antecedentes: una literatura donde los machetes no nos dejan ver el bosque, donde la feracidad sustituye a la intensidad y la buena intención al propósito estético. Es la hora de la cultura latinoamericana de antes y es un siglo XIX literario que no obstante eficacias aisladas, sólo pudo decidirse por una novelística de consignación, donde las costumbres emanaban personajes que se movían para ejemplificar las costumbres. Para suplir la técnica —hubiese dicho Oliveira en un rapto de debilidad prosística— no es suficiente un holocausto visceral o una memoria que haga las veces de museo del lenguaje. Van acumulándose la reseña de la tradición y el surgimiento conmovedor de las versiones nacionales de un idioma, el desfile de los estereotipos y una manera específica de aproximarse a la realidad donde prevalece lo colonial sobre lo nacional.

Lo primero es *El Periquillo Sarniento* de Fernández Lizardi y todo lo que se inicia con un sermón corre el riesgo de padecer el pasmo metafísico y proseguir por la vida convertido en moraleja. Así te ha ido, novela-de-estos-lares. *Moraleja*: La selva es cruel y trágica. Retírate, Arturo Cova. *Moraleja*: Los movimientos revolucionarios se traicionan o se frustran por el oportunismo. Cuídate, Demetrio Macías. *Moraleja*: Ella es un símbolo y un espejismo y detrás de la belleza se agitan los rebufones. Huye, Santos Luzardo. *Moraleja*: El pasado devora al presente y Canaima, señor del atavismo, es también la imposibilidad de la civilización. Paciencia, Marcos Vargas. Es ya el siglo XX y en Latinoamérica la urgencia va siendo crear un método Champollion-Gallegos que descifre una naturaleza todavía en pie de guerra y una condición humana que se apoya alternativamente en Ormuz y en Arimán, porque en el caos y el saqueo y la turbamulta de tres siglos virreinales y lo que siguió de frágil independencia, los únicos colores sobrevivientes resul-

tan ser el blanco y el negro. O la timidez civilizadora o el fatalismo de la barbarie. O la educación socio-sentimental de Marisela o el implacable determinismo del Sute Cúpira. El azar y una violencia cardíofaga presiden los destinos de esta literatura que si no la única, sí resulta la que hace las veces de emblema de veintitantos países. Para definir a ese “continente de la esperanza”, ¿qué mejor que el hallazgo de un término, trepidante y oscilatorio, lo “telúrico”, que propicia la invención de una Santa Tierra Latinoamericana, donde la mística se confunde con el folklore? José Vasconcelos sintetiza admirablemente esos anhelos de gigantismo espiritual y en *La raza cósmica* da cuenta debidamente de esa pretensión que en su momento más declamatorio se llamará el muralismo mexicano, en su momento más alto será Pablo Neruda y Alejo Carpentier y José Carlos Mariátegui, y en su instancia más confusa el aprismo de Haya de la Torre. “En la América española —afirma el delirante Vasconcelos— ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales... lo que de allá va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.”

“Desnudo de historia”, el novelista latinoamericano —que se alimenta del romanticismo— suele captar las estructuras míticas que le convienen. Como “lo desconocido es casi nuestra única tradición” (Lezama Lima) no es difícil el engaño, la superchería. De este modo, lo desconocido se vuelve esa continua sacralización de una Naturaleza y un Instinto Primitivo y una Conciencia Atávica desplegados como nuestras únicas fronteras. Se necesita que Martín Luis Guzmán encuentre una solución de objetividad para la historia en el gran reportaje novelado. Se requiere que los poetas (César Vallejo, Neruda, Huidobro, López Velarde y los “Contemporáneos”) asimilen con genio la herencia del modernismo y ejerzan la renovación y la riqueza de un idioma. Hace falta que Jorge Luis Borges descubra al español de América como idioma susceptible de diques y contenciones. Borges, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, la revista *Sur*: la apropiación sistemática de la cultura occidental. Finalmente somos occidentales y no accidentales, como quisiera ese torpe retruécano que deriva su fatalismo de la persistencia de los tiranos y la existencia de los Estados Unidos. Tenemos derecho a Platón y a Catulo y al Renacimiento y a Goethe y a lo que se nos ocurre y nada de justificaciones. Reyes pide el látigo para las izquierdas y Jorge Cuesta en su polémica con el nacionalismo literario ejerce un derecho natural: abstenerse de la lectura de Federico Gamboa. Y todo es legítimo porque a ese Tercer Mundo todavía no así designado, le corresponde no como reivindicación ni como derecho de pronto percibido sino como



genuina prolongación orgánica, la apropiación de lo que una cultura puede y debe proponerle.

Y como el idioma ya ha sido instaurado, procede que se le ponga a prueba y se le conduzca de nuevo (no el ejercicio de un reto sino la verificación de un poder creador) a su evidente madurez. Borges vuelve a recorrer el camino perfecto de Quedo o de los místicos y en este tránsito de la reafirmación va haciéndonos conocer la sabiduría de lo esencial, la diferencia entre la palabra exacta y la logomanía, el valor de las supresiones y los desprendimientos. Gracias a Borges —como también y en acciones muy similares, gracias a Reyes— el idioma literario de los latinoamericanos experimenta el ajuste indispensable. Ante la precisión y la lucidez borgianas, muchas de esas gigantescas categorías verbales que habían sido aceptadas como evidentes extensiones del barroco arquitectónico, quedan como devaneos de la imprecisión y la incertidumbre. Ante Borges el idioma renuncia a su pobreza, entre otras cosas porque la inteligencia y la razón perfecta han dejado de ser metas para convertirse en medios.

II

“De peculiar significación.” Y el énfasis en Borges nos devuelve a Cortázar quien como latinoamericano y argentino (y occidental) mucho debe, por asimilación y por reacción, a las admirables lecciones borgianas del rigor. En 1949, cuando Cortázar publica *Los reyes*, poema dramático, la literatura latinoamericana padece una de sus crisis características de falsa abundancia: se escribe mucho y se escribe muy mal. Todavía funciona la arrogancia de una pretendida “literatura social” que vocea quejumbrosamente la denuncia y persiste en el chantaje sentimental. Sólo, e inutilmente, algunos grupos han luchado por el derecho a existir de una literatura sin servidumbre ostentosa ante las consignas de moda o la fatuidad cosmológica de quienes se advierten habitando un Edén Subvertido, que se ofrece como la fortaleza ante la decadencia de todo lo demás. Ante esa retórica falsamente revolucionaria y falsamente optimista, una buena solución es el exilio. Cortázar abandona Buenos Aires en 1951.

Si esta información en otras circunstancias podría resultar anecdótica o específicamente trivial, en el caso de un escritor latinoamericano se vuelve esencial. Porque en nuestros países la literatura es un heroísmo ni siquiera asumido voluntariamente, sino impuesto y exigido por las limitaciones de una oligarquía cuyo analfabetismo incluye el orgullo de serlo y de un pueblo cuya incultura es una de las tantas variantes de su falta de libertad. Para el escritor latinoamericano emigrar ha sido en incontables ocasiones la posibilidad de formarse, la garantía de escapar al cerco estrecho de una vida y una mentalidad pro-

vincianas, la certeza de no ir cediendo ante las trampas del subdesarrollo que van desde la inminencia del fracaso hasta el ofrecimiento del éxito absoluto. ¿Qué se arriesga? El insulto de los acusadores de oficio, que han encontrado en los adjetivos “extranjero” y “descastado”, la glorificación de su sedentarismo, mental o físico. Así, Cortázar, parte a Europa, a un destierro que al parecer significa la desvinculación y la huida y que será finalmente el enfrentamiento y el entendimiento, la posibilidad de comprensión de nuestra (su) realidad. “¿No te parece —le pregunta Cortázar a Roberto Fernández Retamar en una espléndida misiva definitiva— en verdad paradójico que un argentino casi enteramente volcado hacia Europa en su juventud, al punto de quemar las naves y venirse a Francia sin una idea precisa de su destino, haya descubierto aquí, después de una década, su verdadera condición de latinoamericano? Pero esta paradoja abre una cuestión más honda: la de si no es necesario situarse en la perspectiva más universal del viejo mundo, desde donde todo parece poder abarcarse con una especie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de lo latinoamericano sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre. La edad, la madurez, influyen desde luego pero no bastan para explicar ese proceso de reconciliación y recuperación de valores originales; insisto en creer (y en hablar por mí mismo y sólo para mí mismo) que si me hubiera quedado en la Argentina, mi madurez de escritor se hubiera traducido de otra manera, probablemente más perfecta y satisfactoria para los historiadores de la literatura, pero ciertamente menos incitadora, provocadora y en última instancia fraternal para aquellos que leen mis libros por razones vitales y no con vistas a la ficha bibliográfica o a la clasificación estética.” Y agrega: “De la Argentina nació un escritor para quien la realidad, como la imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad.”

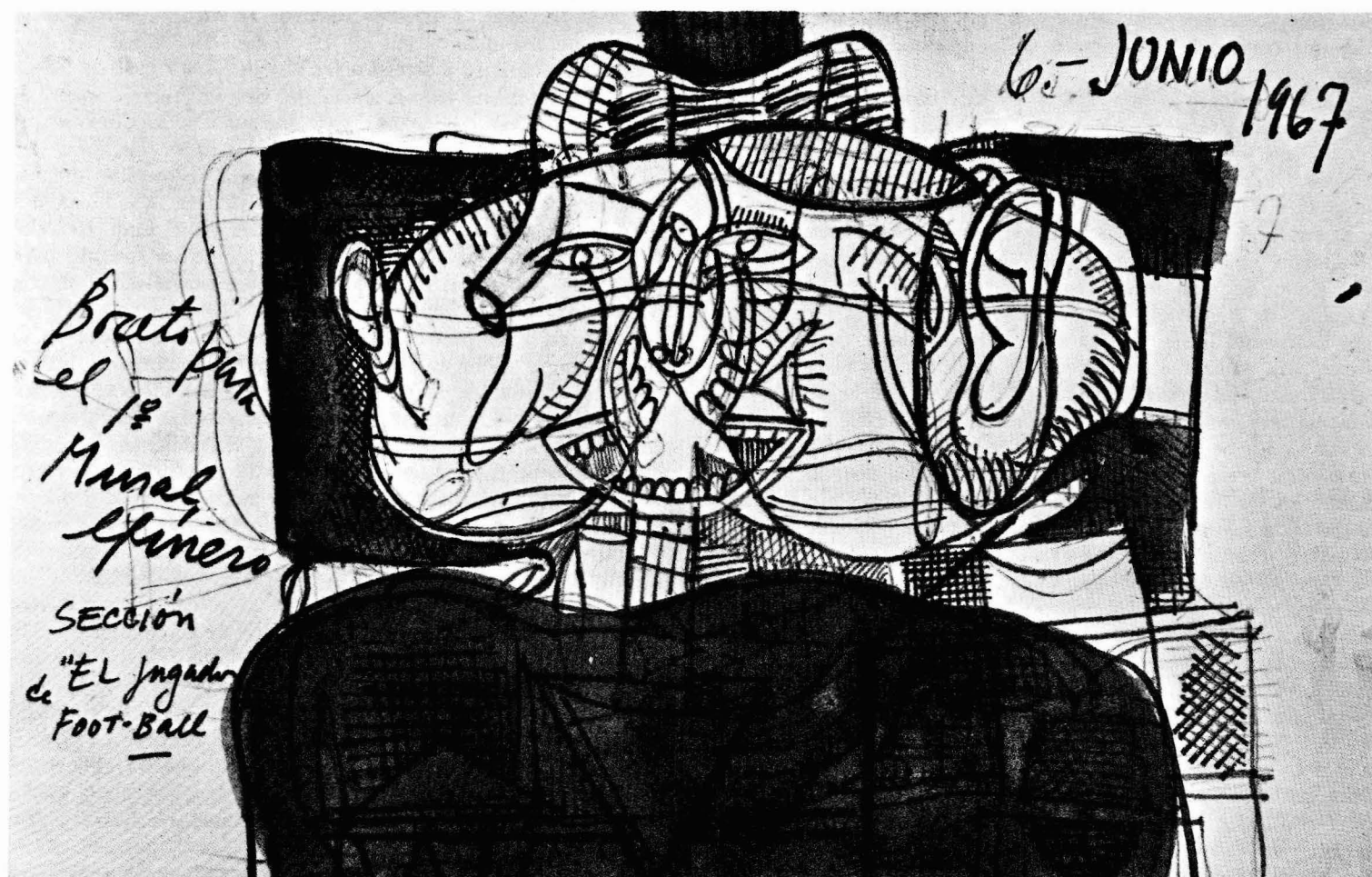
III

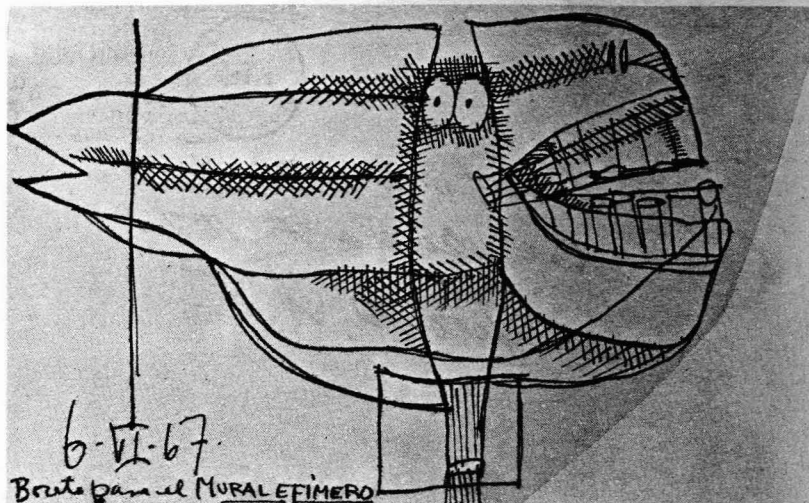
Los reyes, el poema dramático o la serie de diálogos o la recreación del tema del Minotauro, posee como atractivo fundamental, la anticipación de una lucha que es una división del mundo, la lucha que se libra entre cronopios (en este caso sorpresivamente el Minotauro) y famas (en este caso y supermánicamente Teseo). “Son diálogos —recuerda Cortázar a Luis Harss en *Los nuestros* (Ed. Sudamericana, 1966)— entre Teseo y Minos, entre Ariadna y Teseo, o entre Teseo y el Minotauro. Pero el enfoque del tema es bastante curioso, porque se trata de una defensa del Minotauro. Teseo es presentado como el héroe *standard*, el individuo sin imaginación y respetuoso de las

convenciones, que está allí con una espada en la mano para matar a los monstruos, que son la excepción de lo convencional. El Minotauro es el poeta, el ser diferente de los demás, completamente libre. Por eso lo han encerrado, porque representa un peligro para el orden establecido. En la primera escena Minos y Ariadna hablan del Minotauro, y se descubre que Ariadna está enamorada de su hermano (tanto el Minotauro como ella son hijos de Pasífae). Teseo llega desde Atenas para matar al monstruo y Ariadna le da el famoso hilo para que pueda entrar al laberinto sin perderse. En mi interpretación, Ariadna le da el hilo confiando en que el Minotauro matará a Teseo y podrá salir del laberinto para reunirse con ella. Es decir, la versión es totalmente opuesta a la clásica." Y agrega: "en realidad

Los reyes es una obra con la que sigo profundamente encariñado, pero no tiene nada o muy poco que ver con lo que escribí después. Tiene un estilo de esteta, muy refinado, pero el lenguaje en el fondo es muy tradicional. Una especie de mezcla de Valéry y Saint-John Perse." Y sin embargo ya se prefigura una de las obsesiones cortazarianas: la consagración de una suerte de antihéroe, que posee, para merecer el desprecio y el odio sociales, su libertad y su autenticidad. El Minotauro se llamará después Johnny Carter en *El perseguidor*, irresponsable, drogado, enfermizo o será Horacio Oliveira en *Rayuela*, abandonado a las solicitudes de una vagabunda para escándalo de la policía.

Bestiario (1951), el primer volumen de relato de Cortázar,



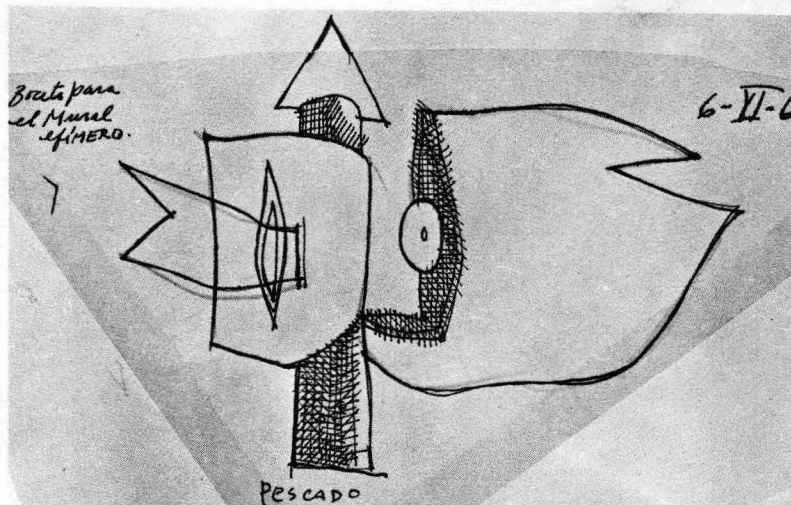


sitúa ya esta gran parte de constantes, preocupaciones y obsesiones de su literatura, que *Final del juego* (1956, segunda edición, 1966), y *Todos los fuegos el fuego* (1966) reiterarán y desarrollarán. *Las armas secretas* [1959], *Los premios* [1960] y *Rayuela* [1963] se producen en otro plano de realidad literaria, aunque conlleven muchas de las características de los otros libros. En estas colecciones de cuentos se mueven y entremezclan dos ideas dominantes que podríamos calificar de metafísicas, en el mejor sentido literario del término: por un lado, el laberinto como símbolo y signo del mundo; por otro, la realidad como escisión, el hombre como un ser dividido infinitamente. Como en la literatura gótica —en la que, en más de un modo, se inscribe la mayoría de estos cuentos— en la obra de Cortázar se advierte esta multiplicidad de niveles, este enfrentamiento de una razón débil con una irracionalidad lúcida, este caótico y voraz entreveramiento de situaciones paralelas que confluyen casi siempre en la destrucción del protagonista.

¿De qué manera se dan cuenta los seres cortazarianos de que esa voluntad y esa representación, tan famosos atributos del mundo, no son sino trampas o espejismos mortales? De muy diversas formas: puede suceder que todo ocurra en un tiempo simultáneo y entonces el o los protagonistas serán víctimas de la incertidumbre sin remedio: la que consiste en no estar seguro de ningún momento, porque este mismo instante puede estar ocurriendo de otro modo, en otro lugar, en otro siglo. En “Lejana” de *Bestiario*, Alina Reyes en Buenos Aires se imagina una harapienta mujer de pelo negro en un puente de Budapest y vive para realizar esa transferencia de la personalidad o de la culpabilidad, vive para convertirse finalmente en la mujer harapienta que ve alejarse en el puente a Alina Reyes. El proceso vicario —que se repite continuamente en Cortázar— es posible entre otras cosas, porque uno puede morir por otros o vivir o morir (en un tiempo diferente) por otro. El personaje de “La noche boca arriba” en *Final del juego*, no se enterará sino en el último minuto de que no es un hospitalizado por accidente de moto que se sueña víctima de la guerra florida, sino un prisionero a punto de ser sacrificado que se sueña recorriendo en una máquina extraña las calles de una ciudad inexplicable y desconocida. En “Una flor amarilla” también de *Final del juego* alguien renuncia a la inmortalidad propia del ser humano al encontrarse por accidente, y asesinar, a su continuidad. En *Todos los fuegos el fuego* del libro homónimo, el circo de la Roma Imperial y el triángulo parisino que culmina en un suicidio, se unifican en la depuración por las llamas. En “El otro cielo” de *Todos los fuegos*, el personaje vive en el Buenos Aires actual y en el París de 1870. Esos dos mundos lo habitan a la vez y son vividos por él simultáneamente, en un duelo vicario

como juego de espejos que se contestan sin cesar, sin posibilidad de término.

Además, de la obsesión por la fragilidad del tiempo, otro tema se presenta implacable en estos cuentos: los personajes de Cortázar son aniquilados —en stricto sensu son *sacrificados*— porque, provenientes de un barrio Descartes, Hume o Locke se ven enfrentados de pronto a callejuelas William Blake o Bram Stoker o Monk Lewis. En “Axolotl” de *Final del juego*, el protagonista se va despejando paulatinamente de su tarjeta de identidad humana —que debe arrojar el nombre de Gregorio Samsa— para asumir la pétrea inmovilidad de un ajolote; en “Casa tomada” de *Bestiario*, los dos hermanos terminan por huir de su hogar, de sacrificar su residencia a esos invasores implacables, de los que por supuesto, jamás se sabrá el origen, la identidad o la forma. En “El ídolo de las cícladas” de *Final del juego* al fallar el supuesto verdugo, su víctima-victimario se encarga de reanudar el rito de la sangre. En “Circe” de *Bestiario* Delia Mañara destruye a sus novios no a través del envenenamiento gradual sino a través del descubrimiento repentino de una naturaleza monstruosa, para consumar el sacrificio a través del horror. En “Continuidad de los parques” de *Final del juego*, el personaje penetra, ingresa a una indetenible maquinaria circular. Ya nunca dejará de ser víctima. Ya nunca dejará de ser asesinado. En “Instrucciones para John Howell” de *Todos los fuegos el fuego*, el personaje se ve llamado para ocupar un sitio ritual en un sacrificio que puede ser el suyo o el de la actriz que implora auxilio. En “Las ménades” de *Final del juego*, el público entusiasta devora al Maestro, como única manera de expresarle su adhesión y de compartir literalmente su gloria, en la transubstanciación del ídolo. En todos estos relatos, lo importante es la idea ceremonial, nunca el porqué de los acontecimientos o la lógica del desenlace. Ningún sacrificio debe explicarse —parece ser la consigna— o dejaría de serlo para transformarse en acción penal, en alegato del señor fiscal. Así, el sacrificio, el gran tema cortazariano, se vuelve la propiciación, la remisión de culpas, en este caso, la culpa de vivir un solo nivel del tiempo o de habitar la realidad de un modo unívoco, sin percatarse de que está vulnerada por dimensiones infinitas y simultáneas. El sacrificio es también la pérdida de la identidad, la cesión o el abandono de aquella certidumbre alimentada en espejos y credenciales. “Porque yo ya no soy yo, ni esta casa es ya mi casa.” ¿Cómo apresar ese instante fugacísimo y despiadado en que uno sabe que yo no es otro? ¿Cómo aferrarse a la certeza liberadora de no ser quien está tendido sobre la piedra esperando la intervención quirúrgica del cuchillo de obsidiana? De pronto todo se transforma en un manicomio eleático. Aquiles nunca alcanzará a la tortuga, nadie puede determinar nunca el lugar exacto que ocupa en este momento

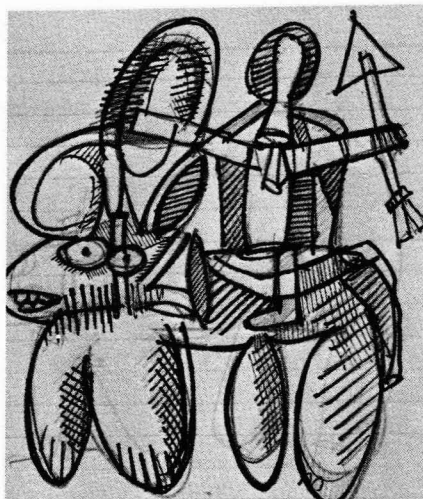


la flecha, ninguna víctima puede estar segura de no levantar ahora el hacha que habrá de concluir en su propio cuello. Marat acechará lúbricamente el instante del baño de Charlotte Corday. El tramado de las aporías aprisiona una literatura que pretende la condición mántica de oráculo: el lector inquiera por su futuro, para enterarse de que ya sucedió, para captar el reflejo de su asesino, para probar la confianza del amigo a quien debe traicionar. Juegos literarios, desde luego, pero también intuiciones formidables y demoledoras. “La verdad —arguye Cortázar— es que esos cuentos, si se los mira, digamos, desde el ángulo de *Rayuela* pueden parecer juegos; sin embargo tengo que decir que mientras los escribía no tenían absolutamente nada de juego. Eran atisbos, dimensiones, ingresos a posibilidades que me aterraban o me fascinaban, y que tenía que tratar de agotar mediante la escritura del cuento.”

No puede ser, no puede terminar todo allí: en ese lecho de muerte en una alcoba debidamente arreglado, con el silencio tradicional de hijos y nietos, con la perspectiva de un número decoroso de esquelas y de un grupo conveniente de acompañantes en el último viaje. Contra ese esquema de las garantías burguesas del orden que ven en todo, incluso en la muerte, un medio de reafirmación social, Cortázar erige una singular exaltación del irracionalismo concebido como el fin de las seguridades. De allí que sus cuentos, estructuras cerradas en lo literario, en el nivel metafísico a que me he venido refiriendo, se vuelvan estructuras abiertas donde el misterio se convierte en la única solución de continuidad. La razón, esa razón que sabe transmutarse en el uso insolente y sin titubeos del Yo, resulta el enemigo. En *Los premios*, el relato de ese ship of wise fools, la condición del viaje es la entrega de la razón. Una de las múltiples líneas vitales de *Rayuela* es el ataque persistente y premioso contra la rigidez cartesiana (o quizás gutenberiana, si se le mira desde el punto de vista de Marshall McLuhan y su desdén por el hombre tipográfico) que ha limitado al hombre a una mezquina utilización de los sentidos. De allí que en *Rayuela* la lectura lineal, como método progresivo de conocimiento, queda sujeta a la burla y a la sátira. En “El perseguidor”, el músico que es Charlie Parker que es el jazz que es la desnudez creativa, vive para la abolición del tiempo, por así decirlo, histórico, la gran barrera creada por un congreso de todos los Cartesius de todas las épocas. Incluso, en los textos sobre famas y cronopios que vendrían a ser las reflexiones lúdicas de Cortázar, la batalla inclemente entre un racionalismo banal y mecanizado (famas y esperanzas) y una libertad sin prestigio social (cronopios) se constituye en el paisaje y el motivo predominante de la acción o de la digresión. A través de un admirable espíritu de concisión, de una rigurosísima exacti-

tud idiomática, y a través de lo definitivamente contrario (que no serían la prolijidad y la inexactitud, sino el barroquismo y la improvisación verbal), Cortázar nos va haciendo cómplices y testigos de su asalto a una razón impura vendida a las exigencias de un siglo comercial, o mejor: de un tiempo histórico unilateral. Ante la filantropía que se despliega en Constituciones y asociaciones benéficas —y aquí viene la herencia de Sade, Artaud, Crevel y los surrealistas se reivindican los derechos del crimen; ante la tiesura y la solemnidad— y aquí se inserta la herencia de Quevedo, Jarry y los hermanos Marx, “esos abuelos instantáneos de los dinamiteros” —se vigorizan los derechos de la patafísica, el humor negro y el nonsense; ante las estatuas de los embalsamadores profesionales, quienes se encargan de convertir en dogmas las guías para la acción, se ofrece el simposio donde Bix Beiderbecke o Big Bill Broonzy o Bessie Smith que exige un beso en el trasero, rechazan los valores estratificados del Establishment cultural de Occidente.

Y a pesar de los innegables excesos románticos y librescos de la actitud (y a pesar del prestigio industrial que se ha abatido sobre el anticonformismo), postular con violencia la necesidad de ruptura y desafiación y librar a una literatura del almidón inherente a las devociones vanamente aristotélicas, son esfuerzos fundamentales y necesarios que, además, se corresponden con un periodo de intensidad esencial en la literatura latinoamericana. Lezama Lima en *Paradiso* decide que hay cosas que sabe Góngora que Hemingway las ignora; Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* concibe la realidad como una acción simultánea de levitación y gravitación, de magia e historia. Octavio Paz en *Blanco* nos reitera la noción de la poesía como la suma de acciones múltiples, de signos opuestos y autónomos que sólo rinden su secreto (que sólo exhiben su integridad) ante la presión conjunta de los sentidos. Y Carpentier practica sin cesar el inventario y revisa de continuo la nomenclatura de este Tercer Mundo, y Mario Vargas Llosa, en el microcosmos del Internado Leoncio Prado, logra encontrar claves válidas de interpretación de la condición humana, lo que funciona desde luego para la realidad peruana; y Juan Rulfo forja un lenguaje literario que se corresponda con la soledad y el misterio y el fin de la Revolución Mexicana (etapa 1910) y Carlos Fuentes se empeña en la gran saga desmitificadora de una burguesía y la obra de Guimarães Rosa renueva el idioma portugués y continúa a su modo el intento narrativo de Euclides de Cunha. Y Guillermo Cabrera Infante, Salvador Elizondo, Severo Sarduy, tienen mucho que ver con los anteriores y con el Asturias de *El Señor Presidente* y con Juan Carlos Onetti. El panorama sigue siendo de modo evidente la suma de individualidades, en su mayoría en el exilio europeo, pero ya



nos informa de una nueva etapa de nuestras letras donde se pueden dar al mismo tiempo, tentativas diversas y complementarias. Y a esta coexistencia del barroco con el realismo astrológico, con el sumario de voces para designar un mundo nuevo, con la poesía como acto totalizador, con la búsqueda exhaustiva de la estructura novelística, se agrega el intento de Cortázar: oponer a la razón burguesa, a la razón Santayana o a la razón Eisenhower, a la nefasta y magnífica tradición judeo-cristiana, la exaltada sinrazón de una literatura que desemboca hacia Francia en el homenaje a los surrealistas y Lautréamont y Michaux y Jarry y Raymond Roussel; hacia la música en el inagotable reconocimiento del jazz y Webern y Berg y Xenakis y lo que siga; hacia la pintura en el amor por la obra de Viera da Silva y Max Ernst y Piero di Cosimo y Picasso; hacia el cine en la admiración por Garbo, Keaton, Chaplin y Buñuel; hacia la literatura latinoamericana en el entusiasmo por Borges, Paz y Lezama; hacia Oriente en el intento de aprehender el budismo Zen y el Vedanta. A este respecto —le dice Cortázar a Luis Harss en ese libro excelente, *Los nuestros*— “El Vedanta”, digamos, equivale a negar la realidad tal como la entendemos parcialmente; por ejemplo, la mortalidad del hombre, incluso la pluralidad. Somos mutuamente la ilusión el uno del otro; el mundo es siempre una manera de mirar. Cada uno de nosotros es desde sí mismo (pero entonces ya no es “sí mismo”) la realidad total. Lo demás son siempre manifestaciones fenoménicas, exteriores, que pueden llegar a anularse porque esencialmente no son; su realidad, por así decirlo, existe a costa de nuestra irre realidad. Todo está en invertir la fórmula, alterar la posición de los platillos de la balanza. Por ejemplo, la noción del tiempo y del espacio como la concibió el espíritu griego y tras él casi todo el Occidente, carece de sentido en el Vedanta. En cierto modo el hombre se equivocó al inventar el tiempo; por eso bastaría realmente renunciar a la mortalidad (en alguna parte de *Rayuela* se habla de eso) para saltar fuera del tiempo, desde luego en un plano que no sería el de la vida cotidiana. Pienso en el fenómeno de la muerte, que para el pensamiento occidental es el gran escándalo, como también lo vieron Kierkegaard y Unamuno; ese fenómeno no tiene nada de escandaloso en el Oriente, es una metamorfosis y no un fin. Pero esas aperturas tan disímiles se explican en parte por una cuestión metódica; lo que nosotros buscamos discursivamente, filosóficamente, se resuelve para el oriental en una especie de salto. La iluminación del monje Zen o del maestro del Vedanta (sin hablar de tantos místicos occidentales, por supuesto) es el relámpago que lo desgaja de sí mismo y lo sitúa en un plano a partir del cual todo es liberación. El filósofo racionalista diría que es un alucinado o un enfermo; pero ellos han alcanzado una reconciliación total que

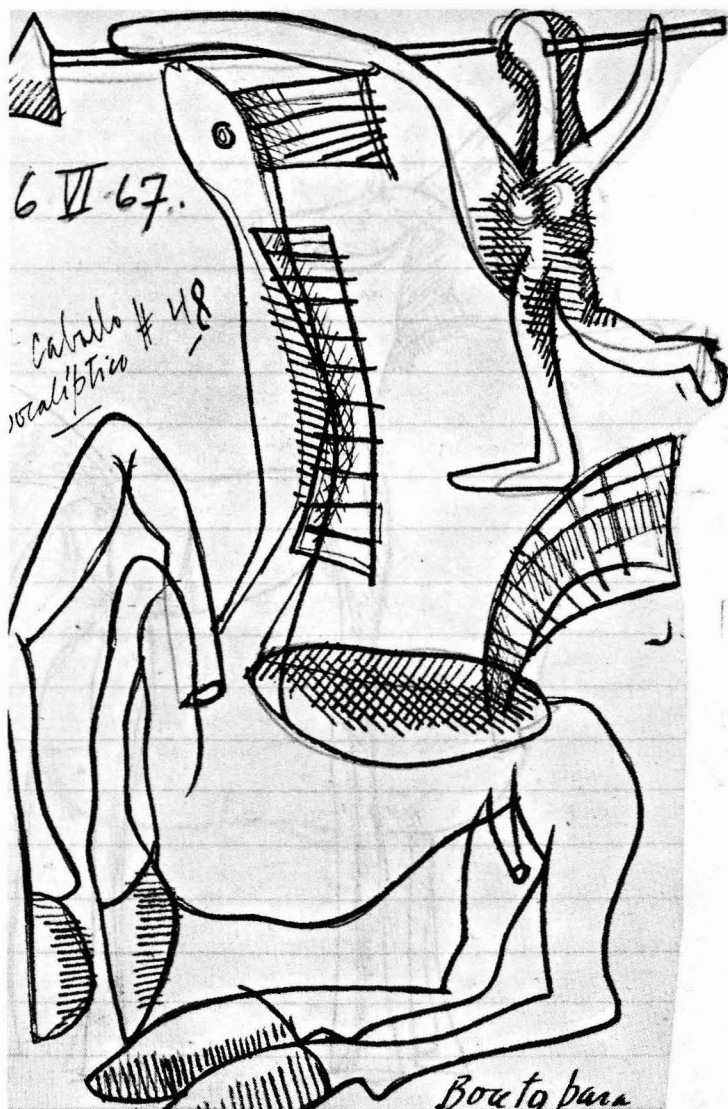
prueba que por un camino que no es el racional han tocado fondo.”

IV

Uno de los cuentos (en verdad y por su extensión, novela corta) más significativos de Cortázar es “El perseguidor”, incluido en *Las armas secretas*, la colección donde también figuran “Las babas del diablo” (este último utilizado por Antonioni, etc.) y “Los buenos servicios”, dos relatos espléndidos. En “El perseguidor”, una suerte de aproximación al significado de Charlie Parker o mejor, una especie de búsqueda de la abolición del tiempo, tal y como lo propone una visión del mundo (que se niega a reconocer otra categoría humana distinta a la establecida de modo natural, instantáneo e inmediato entre un hombre y su capacidad de creación), Cortázar insiste en sus filias y obsesiones: ese río metafísico que el jazz, que también puede ser sinónimo de libertad expresiva, deviene en personaje central, la acción y la condición que hacen posible a Johnny Carter, también una víctima, también el núcleo de un sacrificio, también como Oliveira o como la Maga, el campo de batalla de un desgarramiento entre la aspiración a lo perfecto, que en un caso límite de pureza sería la vocación autodestructiva, y la aspiración a lo satisfactorio, que en un caso extremo de comodidad sería la vocación de éxito. Por el jazz —definido en *Rayuela* como “la única música universal del siglo, algo que acercaba a los hombres más y mejor que el esperanto, la UNESCO o las aerolíneas”, Johnny Carter adviene al conocimiento de la fugacidad y es tal entendimiento postquevediano de la realidad como happening (“y solamente lo fugitivo permanece y dura”) y como vislumbramiento (“Eso lo estoy tocando mañana”), lo que le permite trascender a sus limitaciones, a la razón de los otros, a la bondad de los otros, a la compasión ajena que busca cercarlo y aniquilarlo. En la literatura de Cortázar, Carter-Parker es el gran rebelde, por ser quien más radicalmente se opone, a través de su fragilidad y empecinamiento, a un mundo de categorías, quien con mayor vehemencia entiende al orbe jerárquico como noción anticuada, fuera de lugar. Las categorías sirven para definir un puesto en el mundo, hacen las veces de ujieres o acomodadores, de manual de etiqueta. Las categorías impiden el advenimiento de lo insólito, de lo que no es confinable o apresable en palabras. Bruno, el biógrafo convencional y burgués de Johnny Carter, que hace las veces de *este lado de la realidad*, columbra esa función dictatorial de las categorías cuando desea comprender a ese ángel irresponsable y mugriento: “Y después de la maravilla nace la irritación, y a mí por lo menos me pasa que siento como si Johnny me hubiera estado tomando el pelo. Pero esto ocurre siempre al otro

día, no cuando Johnny me lo está diciendo, porque entonces siento que hay algo que quiere ceder en alguna parte, una luz que busca encenderse, o más bien como si fuera necesario quebrar alguna cosa, quebrarla de arriba abajo como un tronco metiéndole una cuña o martillando hasta el final."

Tal es el poder de Johnny Carter: derribar las categorías tan dura y burguesamente establecidas con la única fuerza de su inocencia y su capacidad para vivir y padecer de modo esencial: "Dan ganas de decir en seguida que Johnny es como un ángel entre los hombres, hasta que una elemental honradez



obliga a tragarse la frase, a darla bonitamente vuelta, y reconocer que quizás lo que pasa es que Johnny es un hombre entre los ángeles, una realidad entre las irrealidades que somos todos nosotros. Y a lo mejor es por eso que Johnny me toca la cara con los dedos y me hace sentir tan infeliz, tan transparente, tan poca cosa con mi buena salud, mi casa, mi mujer, mi prestigio. Mi prestigio, sobre todo. Sobre todo mi prestigio." Si las convenciones morales contra los estupefacientes, si la insistencia "en esa muerte llamada madurez", si la liturgia morosa y sucia de quienes mantienen una creencia fetichista en el tiempo no logran aniquilar la potencia creadora de Johnny, es debido a esa antropofanía de que habla Lezama, esa divinización del hombre que incluye lo abisal, la degradación y la derrota, el tocar fondo que es "una caída hacia el centro", la eliminación de la línea dura que va de San Pablo a Santo Tomás, de Kant a Hegel y que se ve no sustituida sino emplazada por una línea de conducta que no niega maniqueístamente, sino complementa, contradice, enriquece y amplía la razón. Johnny Carter viene a ser de este modo el verdadero *outsider*, no el almacén de citas prestigiosas propuesto por un Colin Wilson y que culmina en la portada de *Life*, sino el exiliado de la sociedad precisamente en aquello que la sociedad considera como más sagrado: su noción del tiempo, su seguridad en esa divina trinidad (siempre alternada, jamás simultánea) de pasado, presente y futuro. Si Johnny Carter se limitara simplemente a destruir su saxo o a fumar marihuana, no haría sino acatar en forma invertida los designios de la sociedad. Al evadirse del fatalismo temporal, asciende a la dimensión de verdadero *outsider*.

Cortázar habla de "El perseguidor": "Hasta ese momento me sentía satisfecho con invenciones de tipo fantástico. En todos los cuentos de *Bestiario* y *Final del juego*, el hecho de crear, de imaginar una situación fantástica que se resolviera estéticamente, que produjera un cuento satisfactorio para mí, que siempre he sido exigente en ese terreno, me bastaba. *Bestiario* es el libro de un hombre que no problematiza más allá de la literatura. Sus relatos son estructuras cerradas y los cuentos de *Final del juego* pertenecen todavía al mismo ciclo. Pero cuando escribí 'El perseguidor' había llegado un momento en que sentí que debía ocuparme de algo que estaba mucho más cerca de mí mismo. En ese cuento dejé de sentirme seguro. Abordé un problema de tipo existencial, de tipo humano, que luego se amplificó en *Los premios* y sobre todo en *Rayuela*. El tema fantástico, por lo fantástico mismo, dejó de interesarme en la medida en que antes me absorbía. Por eso entonces había llegado a la plena conciencia de la peligrosa perfección del cuentista que, alcanzando cierto nivel de realización, sigue así invariablemente. En 'El perseguidor' quise renunciar a toda

invención y ponerme dentro de mi propio terreno personal, es decir, mirarme un poco a mí mismo. Y mirarme a mí mismo era mirar al hombre, mirar también a mi prójimo. Yo había mirado muy poco al género humano hasta que escribí 'El perseguidor'."

V

A partir de "El perseguidor", la literatura de Cortázar se modifica de modo radical. Las obsesiones excesivamente "literarias" (es decir, centradas en la consecución de un clima verbal e imaginativo ya clásico, ya consagrado en una forma u otra por la tradición) van siendo sustituidas por la búsqueda vehemente de una relación orgánica con el lenguaje o por un acercamiento intenso con la idea de la pérdida y el desencuentro (nociones inherentes a la de laberinto, el lugar donde se pierden los seres y las criaturas, el barco "Malcolm" de *Los premios*, el juego de la sinrazón de *Rayuela*, la vivencia del tiempo en "El perseguidor"). *Los premios* es primordialmente la historia de una madurez que se descubre a sí misma durante una travesía: la madurez entre otras cosas de entender el misterio como parte de la nueva razón. La anécdota es nimia: un grupo de ganadores de una lotería singular obtienen como recompensa un viaje transoceánico hacia un lugar no declarado. Los personajes representan diferentes etapas de la vida argentina contemporánea: el millonario, la clase media ilustrada, la clase media baja, y diferente manera de vivir: de Persio el astrólogo a Pelusita, el galán de Boca. Hasta aquí se podría observar el entreveramiento de vidas que, si se sigue el procedimiento de explotación multitudinaria de cierto tipo de best-seller, daría como resultado, en el mejor de los casos, *Ship of Fools* de Katherine Anne Porter y en el peor *Hotel* de Arthur Hailey o la obra completa de Vicki Baum. Más la similitud aquí se detiene, porque enseguida el barco adquiere un telón metafísico con la revelación del lugar sellado, una popa intransitable, clausurada para los pasajeros. La popa es la incorporación del misterio de lo no solucionable por el análisis: "Me hallaba en la misma situación que López, Medrano o Raúl, "afirma Cortázar". "Tampoco yo sabía lo que había en la popa. Hasta hoy no lo sé."

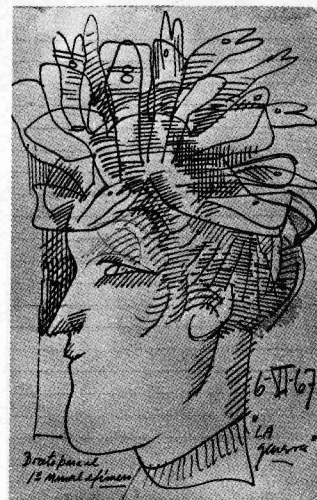
De pronto el viaje se convierte en reflexión. No hay alegoría, porque no todos los personajes son obviamente simbólicos; en cambio, sí hay confusión entre los alegórico y lo existencial, entre los seres que encarnan realidades comunes y quienes funcionan por sí solos (como sería el caso de Medrano, López y Raúl). La travesía se transmuta en indagación sobre el destino y la libertad, una puesta en escena de los peligros de la sabiduría



y la necesidad del conocimiento. Si en cierto sentido se puede hablar de un no cumplido intento totalizador en *Los premios*, de una frustración experimental, eso se debe al entreveramiento de planos, a que el laberinto cortazariano incluye indistintamente símbolo y personajes, realidad existencial y realidad literaria. Los monólogos de Persio, largos, inútilmente literarios y discursivos, no sólo desvían el proceso narrativo; también indican con exactitud la limitación de *Los premios*: el encuentro impreciso entre la visión metafísica y la visión "literaria". Sin dejar de ser un libro excelente, *Los premios* se resiente por un lado, de una excesiva recreación prosística, y por otro, de una falla estructural que cierra y no abre posibilidades al despliegue del laberinto. Por una vez, y pese a seres tan vivos y logrados como Paula y Medrano, la asimilación de esa metafísica, de esa plenitud existencial que es sentido de la cultura, no se obtiene cabalmente y debe corresponder a *Rayuela* la verificación de las metas novelísticas (o antinovelísticas en el más amplio sentido del término) que *Los premios* propone.

"Cuando pensé en el libro —indica Cortázar refiriéndose a *Rayuela*— estaba obsesionado con la idea del mandala en parte porque había estado leyendo muchas obras de antropología y sobre todo de religión tibetiana. Además había visitado la India, donde pude ver cantidad de mandalas indios y japoneses." El mandala, el laberinto místico de los budistas, "suele ser un cuadro o un dibujo dividido en sectores, compartimientos o casillas —como la rayuela— en el que se concentra la atención y gracias al cual se facilita y estimula el cumplimiento de una serie de etapas espirituales. Es como la fijación gráfica de un progreso espiritual. Por su parte las rayuelas, como casi todos los juegos infantiles, son ceremonias que tienen un remoto origen místico y religioso. Ahora están desacralizadas, por supuesto, pero conservan en el fondo algo de su antiguo valor sagrado. Por ejemplo, la rayuela que suele jugarse en la Argentina —y en Francia— muestra a la Tierra y el Cielo en los extremos opuestos del dibujo. Todos nos hemos entretenido de niños con esos juegos, pero en mi caso fueron desde el comienzo una verdadera obsesión". Y continúa Cortázar en su explicación: *Rayuela* es la búsqueda del reino milenar de Musil, "esa especie de isla final en la que el hombre se encontraría consigo mismo en una suerte de reconciliación total y anulación de diferencias".

Como *Paradiso*, *Rayuela* también ha desconcertado a la crítica latinoamericana por la abundancia de posibilidades que contiene, porque la crítica latinoamericana no está preparada para el entendimiento de un libro que se dirige contr las convenciones e insiste en la operación transformadora del lenguaje. A partir de la negación de la lectura lineal, *Rayuela* se dirige a



buscar la ausencia del lector lineal. En este sentido, el compromiso de su frecuentación equivale al desafío de la literatura latinoamericana tradicional. No es casual que Cortázar haya reaccionado contra el preciosismo de la revista *Sur*, contra el servilismo ante los productos recientes de una cultura occidental que la cultura oficial proclamaba en Argentina. *Rayuela* es la síntesis de esa reacción: contra la utilización conformista del lenguaje, contra la idolatría obtusa frente a un sistema racional que de cualquier modo no se cumple ni se entiende cabalmente, contra la solemnidad y la tiesura de quienes aceptan en la literatura sólo la inmovilidad y los gestos estatuarios, “porque la prosa en movimiento no es comprensible”, *Rayuela* se pronuncia. La imaginación formal, el sentido del humor, la selección crítica de las perspectivas que ofrece una mezcla de lo occidental y lo oriental, son algunas de las mayores virtudes de *Rayuela*. Aunque no es posible continuar en el camino de la definición, no porque *Rayuela* sea indefinible, sino por ser el tipo de libro que uno jamás agota con plenitud, por ser lectura abierta en todos sentidos.

“Toda *Rayuela* fue hecha a través del lenguaje” teoriza Cortázar. “Es decir, hay un ataque directo al lenguaje en la medida en que, como se dice explícitamente en muchas partes del libro, nos engaña prácticamente a cada palabra que decimos. Los personajes del libro se obstinan en creer que el lenguaje es un obstáculo entre el hombre y su ser más profundo. La razón es sabida: empleamos un lenguaje completamente marginal en relación a cierto tipo de realidades más hondas, a las que quizá podríamos acceder si no nos dejáramos engañar por la facilidad con que el lenguaje todo lo explica o pretende explicarlo. En cuanto a ese equilibrio último que se simboliza un poco con el final de Oliveira, ese final en el que realmente no se sabe lo que ha sucedido —yo mismo no lo sé, ignoro si Oliveira se tiró por la ventana y se mató realmente, o no se mató y entró en una locura total, sin contar que además estaba ya instalado en un manicomio, de modo que no había ningún problema: pasaba de enfermero a enfermo, lo cual no era simplemente un cambio de uniforme, yo creo que eso fue una tentativa de demostrar desde un punto de vista occidental, con todas las limitaciones y las imposibilidades conexas, un salto en lo absoluto como el que da el monje Zen o el maestro del Vedanta”.

Las interpretaciones de *Rayuela* conducen al riesgo clásico de impedir el acceso a la obra misma, pero su demasía es inevitable puesto que surgen en las propias páginas del libro, emergen a partir de los personajes, que en su múltiple y voluntarioso rechazo del lenguaje, las costumbres o el yugo kantiano, se vuelven interpretaciones existenciales de su contexto, versiones sin-

gulares del todo. Así, la Maga —a pesar de su ternura y desolación, a pesar de ser quien engendra la muerte, a pesar de ser la vigilia final de Rocamadour (lo que la volvería sistemática, porque toda agonía lo es, toda maternidad obsesiva lo es), resulta el laberinto de la intuición y el intinto, el rechazo de las explicaciones, la inutilidad del silogismo. La Maga nos ofrece la versión sensorial, ceñida de *Rayuela*, la cópula como entendimiento, la indefensión absoluta como escudo y armadura. Si Oliveira —que vendría a ser muy sintéticamente, la versión del desenajamiento, la versión en libertad de *Rayuela*— elige una inconducta para rechazar los esquemas de vida a que convoca el Establishment cultural de Occidente, la Maga elige una des-explicación de las cosas para mejor entenderse y avenirse con el mundo. La suya no es la reacción de la ignorancia autosuficiente, sino de los otros caminos para advenir al conocimiento. Oliveira en cambio, desdeña los caminos al uso por su persecución de la unidad. El mundo es fragmentario, parcial, incompleto: “El problema —piensa Oliveira— está en aprehender su unidad (de la vida) sin ser un héroe, sin ser un santo, sin ser un criminal, sin ser un campeón de box, sin ser un prohombre, sin ser un pastor. Aprehender la unidad en plena pluralidad, que la unidad fuera como el vórtice de un torbellino y no la sedimentación del matecito lavado y frío.”

Los otros de la sección parisina —¿conviene recordar que de las tres secciones en que se puede dividir, *muy convencionalmente*, una lectura lineal de *Rayuela*, la primera es la de la vida en París (París como un encuentro), con Oliveira, la Maga, el Club, Babs, Ronald, Ossip, Gregorovius, Etienne; la segunda es el regreso de Oliveira a la Argentina (Buenos Aires como desencuentro) con Traveler y Talita, y la tercera, la de los capítulos prescindibles, es fundamentalmente la aparición de Morelli, una suerte de enviado plenipotenciario de Cortázar?— esos otros que integran el Club, el marco vital de Oliveira y la Maga, son también la versión tribal de *Rayuela*, del mismo modo en que Madame Béthe Trépat vendría a ser su resumen patético. No es casual el enclaustramiento y la liberación por el jazz, como no es gratuita la persistencia obsesiva de Cortázar por esa música. En las noches anónimas oyendo a Satchmo oyendo a Thelonius desoyendo a Brubeck, algo se integra, algo aspira a la unidad: “una música-hombre, una música con historia a diferencia de la estúpida música-animal de baile”.

Rayuela como fiel reducción al absurdo del mundo unidimensional de nuestra literatura y nuestra cultura, recurre al jazz no sólo en su carácter de música prestigiosa de la rebeldía, sino para entender allí que el absurdo es permanecer aislado creyendo en la acción o en la inacción, sin haberlas merecido pre-



viamente. El jazz dispone a la acción o prepara la inacción y en tal estado anímico donde las definiciones son sustituidas por los consuelos, uno acude a Bessie o a Jelly Roll Morton y se integra con el mundo con la Gran Locura, la Inmensa Burrada.

En este sentido, el jazz como metalenguaje colabora a la destrucción del lenguaje arcaico, inútil ya para transmitir sentimientos o sensaciones, incapaz de ofrecer otro sonido que el proveniente de un disco gastado e inservible. Oliveira se vuelve la obsesión, el frenesí, los puntapiés continuos contra el viejo Cartesio. *Rayuela* se va mostrando a un tiempo como la imposibilidad del absoluto y la necesidad del absoluto. Y la visión de la realidad, suspendida en el filo de la navaja entre la lucidez ontológica y el puro metafisiqueo, se redime de sus peligros potenciales gracias al humor, lo que se ejemplifica en el hecho significativo —señalado por Lezama— de que la escena del tablón, donde Talita y Oliveira dialogan mientras la primera se encuentra suspendida en el abismo, aparte de señalar la crisis de todas las categorías explicativas, de todas las fórmulas del entendimiento, también sirve para evocar a Chaplin o a Harold Lloyd, al peligro existencial verdadero, tal y como lo ejemplificaron de una vez por todas Stan Laurel y Oliver Hardy cuando al atravesar un puente colgante transportando un piano, se encuentran a mitad del camino con un gorila. ¿O se debe recordar cuántas miles de gentes caben en el camarote mínimo de los Hermanos Marx?

A medida que se avanza en cualquiera de sus posibilidades de lectura, *Rayuela* se va deshaciendo e integrando ante nosotros, en el acto simultáneo del entendimiento que explota y el nuevo lenguaje que se revela. Libro dialéctico en el sentido polémico, belicoso del término, *Rayuela* es obra de nostalgia y evocación y de presencia y augurio; es resultado de un aniquilamiento del orden y de un ordenamiento del caos. Paradojas irreales, apócrifas: porque ya lo vislumbró Oliveira, "Todo desorden se justifica si tendía a salir de sí mismo, por la locura se podía acaso llegar a una razón que no fuera esa razón cuya falencia es la locura." Y la autodestrucción, que es empeño de la Maga, de Talita, de Traveler, de Oliveira, se transforma en la comprensión de que el yo es odioso. Si el lenguaje que poseemos es nuestra cárcel y nuestra frontera, mucho más densamente que la piel, la autofagia, el irse devorando sin pausa y sin remedio, viene a ser en este caso una forma de liberación, de autenticidad. En un nivel esencial, *Rayuela* es una manifestación de autenticidad, de sensaciones elementales conceptualizadas pero no traicionadas. ¿Por qué ejerce a los pocos años de su aparición una influencia tan devastadora y ejemplar entre los jóvenes de Latinoamérica? Por constituir entre otras cosas

un repudio al mundo de jerarquías y servidumbre, de categorías y reglamentos, que forma a toda sociedad a medias cuyo miedo de no estar absolutamente reglamentada proviene de no saber qué hacer con su imaginación. *Rayuela* es un libro sin categorías, sin sujeción ante los órdenes jerárquicos, ya sean del tiempo o del lenguaje o de la cultura establecida y oficial.

Es un vasto ejercicio platónico de comprensión verbal y es un diálogo permanente establecido con la sinrazón que busca abolir el sistema categorial. Como el resto de la obra de Cortázar, *Rayuela* es parte del mismo intento: crear una literatura a partir de una revolución integral. A veces, como en ciertas partes de *La vuelta al día en ochenta mundos*, el propósito se pierde por el énfasis excesivo y la insistencia prestigiosa en la libertad, la antisoledad y el espíritu de aventura; también puede ocurrir, como determinados momentos de *Historias de cronopios y de famas*, que el juego literario avasalle y domine.

Más esas alteraciones del orden cortazariano, no afectan ni mínimamente el logro central: crear una literatura que no sea estado de ánimo sino disposición mental y forma de vida. Cortázar ha emprendido la enorme tarea de síntesis: él viene de Macedonio Fernández y Borges y Roberto Arlt y la tradición porteña; pero además está injertado en la cultura occidental más rigurosa y se apresta —como Octavio Paz— al incorporamiento y asimilación de Oriente. La síntesis en su caso es tarea renovadora que no excluye la lealtad a una tradición nacional (lo mejor de esa tradición, que en última instancia, es lo único de esa tradición). Cortázar no abandona ni cede su condición de latinoamericano: simplemente la acrece, la depura, la enriquece. *Rayuela* es la obra de un latinoamericano que no vive pensando serlo, sino que se comporta como tal, esto es, que actúa con el conocimiento de que no hay características nacionales fatales y que recuerda siempre la frase de Jacques Vaché: "nada mata más rápidamente a un hombre que verse obligado a representar un país". *Rayuela* es además un universo: el humor, la audacia intelectual, la brillantez prosística, la seguridad narrativa de sus páginas concluyen en una realidad ya no desmentible ni olvidable: el territorio donde la razón antigua se confiese vencida, donde todos los *nousenses* tienen lugar, donde coexisten Lewis Carroll y Buster Keaton, los cronopios y el tiempo ilimitado. Swift y Breton. Así, *Rayuela* es, dentro de la serie de imposibilidades que van definiendo a nuestra literatura, la posibilidad de que la inteligencia y la aspiración a la unidad nos propicien y nos proporcionen una nueva, justa, necesaria razón, la razón de organizar el caos y la razón de desordenar las jerarquías, la siempre inevitable razón —entre otras cosas— del tercer mundo y su urgencia reiterada de razón.

Gacela

Al contemplar tu alegría
bajo la sorpresa de la lluvia,
en el refugio precario,
feliz a la vuelta del sol;
en la tierra como en el cielo
de tus ojos inteligentes,
animal prodigioso,
quiero ser real para siempre.

Animal prodigioso: marcha

Un brazo nada más no es cosa mala
si ves que el otro se convierte en ala.

Y para qué dos pies, no es cosa buena,
si a cuatro viva el alma suena.

Tener mil pares de ojos para ver-
te-ver-te-ver-te-ver.

Y dos espaldas para tanta gente
que sueña, pero sigue la corriente.

Haciendo guardia

El orinar del hombre hace pensar en gárgolas,
llaves de agua, mangueras.
En cambio, mientras te escucho
y las hojas secas crepitan,
pienso que crece la maleza,
que hay un venero en una gruta
que canta, aunque no escuche nadie,
y que la realidad
no me necesita,
que estoy a punto de entender no sé qué
y la brisa en los árboles se burla.

Animal insólito

Como la inteligencia viva cruza
el desenfado corporal
con que andas con tu cuerpo.
¿No decía Scheller que el pudor, etc.?
Pero un pedo insólito
le da al maestro la razón
y a ti la nobilísima vergüenza
de estar, ahora sí, desnuda.

Claro de luna

Fieras desnudas que la luna amamanta.
Cebras: instante de cerrar las persianas.
Panteras tristes en torno de su jaula.
Gemelos en el canguro de la cama.
Buhos: cada uno su lámpara.

Economía doméstica

Matrimonio: patrimonio.
Temor de Dios y del dinero.
Líbrenos Dios del demonio
de la aventura. Así te quiero.
A mano, fácil y decente.
Cosa segura, adolescente
pájaro en mano, sin dinero.

Aniversario

Todavía soplas
y jadeas, Justina,
como queriendo no apagar
las últimas velitas.

El Reverendo Malthus no encontró silla en la playa

Digamos que una vez por semana
y que en tres mil millones de habitantes
del globo hay un tercio en edad.

Digamos tres centímetros cúbicos.
Tres millones de litros por semana
riegan el paraíso terrenal.

La vida lleva el agua a su molino.
Se cosechan tres mil toneladas de humanidad.
Y todo es otra vez para semilla.
Si al menos se comiese esta especie carnal...

Campo nudista

Se necesita piel muy gruesa
para andar como un rinoceronte
mientras jirafas melancólicas
pasan con un collar de perlas.

O marfil de hipopótamo
para cepillarse enormemente los dientes
mientras las garzas por las piedras,
con fuerte olor a río,
vienen cuidando los tacones.

Vaya promiscuidad,
audacísimo gallináceo,
la de escoltar a tus hermanas desnudas
con red y tubos en el pelo.

Otra cosa, otra cosa buscamos.
No se deja domesticar.
Nos provoca y se esconde.
Libertad: libertad.

Inés Arredondo

En la sombra



Cada vez, un poco antes de que el reloj diera los cuartos, el silencio se profundizaba, todo se ponía tenso y en el ámbito vibrante caían al fin las campanadas. Mientras sonaban había unos segundos de aflojamiento, el tiempo era algo vivo junto a mí, despiadado pero existente, casi una compañía.

En la calle sonaban pasos... ahora llegaría... mi carne temblorosa se replegaba en un impulso irracional, avergonzada de sí misma. Desaparecer. El impulso suicida que no podía controlar. Hasta el fondo, en la capa oscura donde no hay pensamientos, en el claustro cenagoso donde la defensa criminal es posible, yo prefería la muerte a la ignominia. La muerte que recibía y que prefería a otra vida en que pudiera respirar sin que eso fuera una culpa, pero que estaría vacía. Los pasos seguían en el mismo lugar... no era más que la lluvia... No, no quería morir, lo que deseaba con todas mis fuerzas era ser, vivir en una mirada ajena, reconocirme.

Los brazos extendidos, las manos inmóviles, y toda mi fealdad presente. La fealdad de la desdénada.

Ella era hermosa. Él estaba a su lado porque ella era hermosa, y toda su hermosura residía en que él estaba a su lado. Alguna vez también yo había tenido una gran belleza.

Un ruido, un roce, algo que se movía lejos, tal vez en casa de ella, en donde yo estaba ahora sin haberla pisado nunca, condenada a presenciar los ritos y el sueño de los dos. Necesitaba que su dicha fuera inigualable, para justificar el sórdido tormento mío.

El roce volvía, más cerca, bajo mi ventana, mi corazón sobresaltado se quedaba quieto. Otra vez la muerte. Y no era más que un papel arrastrado por el viento.

Los que duermen y los que velan en el seno de una noche distinta para cada uno y que ignora a todos. Ni una palabra, ni una sonrisa, nada humano para soportar el encarnizamiento de la propia destrucción. ¿Qué significa injusticia cuando se habita en la locura? Enfermizo, anormal... palabras que no quieren decir nada.

El recuerdo hince en mí sus dientes venenosos; he sido feliz y desgraciada y hoy todo tiene el mismo significado, sólo sirve para que me sienta más atrozmente torturada. No es el presente el que está en juego, no, toda mi vida arde ahora en una pira inútil, quemado el recuerdo en esta realidad sin redención, ardidado ya el futuro hueco. Y la imaginación los cobija a ellos, risueños y en la plenitud de un amor que ya para siempre me es ajeno.

Sin embargo, me rebelo porque sé quién es ella. Ella es... quien sea; el dolor no está allí, no importa quién sea ella y si merezca o no este holocausto en que yo soy la víctima; mi dolor está en él, en el oficiente.



La soledad no es nada, un estéril o fértil estar consigo mismo, lo monstruoso es este habitar en otro y ser lanzado hacia la nada. Ya no llueve, mi cama, suspendida en el vacío, me aísla del mundo.

Caen una, muchas veces las campanadas. Ya no quisiera más que un poco de reposo, un sueño corto que rompa la continuidad inacabable de este tiempo que ha terminado por detenerse.

Amanecía cuando llegó. Entró y se quedó como sorprendido de verme levantada.

—Hola.

Fue todo lo que se le ocurrió decir. Lo vi fresco, radiante, Me di cuenta de que en cambio yo estaba ajada, completamente vencida en aquella lucha sin contrincante que había sostenido en medio de la noche. Casi quería disculparme cuando dije:

—Tenía miedo de que te hubiera sucedido algo.

—Pues ya ves que estoy divinamente.

Era verdad. Y lo dijo con inocencia. Yo hubiera preferido que el tono de su voz fuera desafiante o desvergonzado, eso iría conmigo, sería un reconocimiento, un ataque, en fin, me daría un lugar y una posición, pero no, él me veía y no me miraba, ni siquiera podía distraerse para darse cuenta de que yo sufría. Estaba ensimismado, mirando en el fondo de sí un punto encantado que lo centraba, le daba sentido al menor de sus gestos y a cuyo rededor giraba armonioso el mundo, un mundo en el que yo no existía.

El amor daba un peso particular a su cuerpo; sus movimientos se redondeaban y caían, perfectos. Esa extraña armonía de la plenitud se manifestaba por igual cuando caminaba y cuando se quedaba quieto. Lo estaba mirando ir y venir por la estancia recogiendo los papeles que necesitaría y metiéndolos en el portafolio. No se apresuró y sin embargo hizo las cosas de una manera justa y rápida. Levantó un brazo y se estiró para recoger algo del tercer estante, entonces vi con claridad que lo que sucedía era que para hacer el movimiento más insignificante ponía en juego todo el cuerpo, por eso alcanzaba más volumen y su ademán parecía más fácil. Pensé en los labriegos que aran y siembran con ese mismo ritmo que los comunica con todo y los hace dueños de la tierra.

—Me tengo que ir rápido porque me espera Vázquez a las nueve. ¿Habrá agua caliente para bañarme?

Cruzó frente a la puerta de la niña sin abrirla. Entró en el baño. Un momento después se asomó con el torso desnudo y me preguntó:

—¿Cómo ha estado?

—Bien.



—Bueno.

Cerró la puerta del baño y un instante después lo oí silbar.

Me daba vergüenza mirarlo. Sus manos, su boca: como si estuviera sorprendiendo las caricias. Pero él hablaba y comía alegremente.

Yo hubiera podido mencionarla y desencadenar así algo, pero no me atrevía a hacerme esa traición, quería que sin presiones de mi parte él se diera cuenta de mi presencia. Mientras me siguiera viendo como a un objeto era inútil pretender siquiera una discusión, porque mis palabras, fueran las que fueran, cambiarían de significado al llegar a sus oídos o no tendrían ninguno.

—Estás muy callada.

—No he dormido bien.

—Yo no dormí nada, como viste, y sin embargo me siento más animado que nunca.

Su voz onduló en una especie de sollozo henchido de júbilo, como si se le hubiera apretado la garganta al decir aquello. Sentí más que nunca mi cara cenicienta. Tuvo que aspirar aire hasta distender por completo los pulmones y las aletas de su nariz vibraron; estaba emocionado, satisfecho de sus palabras. Dentro de un momento iría a contarle a ella esta pequeña escena. Parecía liberado. La niña, la rutina, yo, todo eso se borró, y volvió a quedarse quieto y lleno de luz, mirando hacia adentro el centro imantado de su felicidad. Pasó sobre mí los ojos para que pudiera ver su mirada radiante. Y fue precisamente en esa mirada donde vi que todo aquello era mentira. A él le hubiera gustado que se tratara de una felicidad verdadera y la actuaba con fidelidad, pero seguramente si no estuviera yo adelante siguiendo con aguda atención todos sus gestos, no hubiera sido la mitad de dichoso. Había algo demoníaco en aquella inocencia aparente que fingía ignorar mi existencia y mi dolor. Pero le gustaba eso sin duda, y sentí, como si la viviera, la complicidad que había entre aquella mujer y él: la crueldad liberada. Inteligentes inconcientes, pecadores sin pecado, a eso jugaban, como si fuera posible. No pasaban ni por la duda ni por el remordimiento, y por eso creían que el cielo y el infierno eran la misma cosa.

¿De qué me servía saber todo eso?

Se levantó y fue al teléfono, marcó. Semisilbaba nervioso o impaciente.

—Bueno... Sí... No... Ahora salgo para la oficina... Muy bien, hasta luego.

Silbó un poco más fuerte.

—No vendré a comer. Vázquez quiere que sigamos tratando el asunto después de la junta.

No contesté. Sabía que ya no tenía que fingir que creía ninguna disculpa. Todo estaba claro.

Cuán extraños pueden parecer un pasillo conocido, un elevadorista del que se sabe el nombre.

En la calle tropecé con varias personas porque no veía bien por dónde caminaba, pero su contacto aunque fuera brusco no me conmovía, no me daba la sensación de que se hubiera producido; sentía como si el golpe se lo hubieran dado a otro, o quizá a mí, en sueños.

Ahora, a esta hora precisa él estará... para qué pensarlo. Tengo que ir a la farmacia a comprar las medicinas... Existe sin embargo una injusticia... yo podría ser esa mujer, esa aventura, o ese amor ¿por qué él no lo sabe? Toda mi vida deseé... Pero él no lo ha comprendido... Y después de la conquista ¿será ella también alguien sin significado, como yo? El sueño de realizarse, de mirarse mirado, de imponer la propia realidad, esa realidad que sin embargo se escapa; todos somos como ciegos persiguiendo un sueño, una intención de ser... ¿Qué piensa sobre sus relaciones con los demás, con esa misma mujer con la que ahora yace, intentando una vez más la expresión austera, perfecta? Es posible que ahora, en este minuto mismo la haya encontrado... ¿entonces?... ¡Hay, no haber sido *esa*, la necesaria, la insustituible... Un gusano inmolado, no he sido otra cosa; sin secreto ni fuerza, una niña como él me dijo el primer día, jugando al amor, ambicionando la carne, la prostitución, como en este momento; no yo la única, sino una como todas, menos que nadie.

Serían las cuatro de la tarde. El parque tenía un aspecto insólito. Las nubes completamente plateadas en el cielo profundamente azul, y el aire del invierno. No era un día nublado, pero el sol estaba oculto tras unas nubes que resplandecían, y la luz tamizada que salía de ellas ponía en las hojas de los plátanos un destello inclemente y helado. Había un extraño contraste entre el azul profundo y tranquilo del cielo y esta pequeña área bañada de una luz lunar que caía al sesgo sobre el parque dándole dos caras: una normal y la otra falsa, una especie de sombra deslumbrante. Me senté en una banca y miré cómo las ramas, al ser movidas por las ráfagas presentaban intermitentemente un lado y luego otro de sus hojas a la inquietante luz que las hacía ver como brillantes joyas fantasmales. Parecía que todos estuviéramos fuera del tiempo, bajo el influjo de un maleficio del que nadie, sin embargo, aparentaba percatarse. Los niños y las niñas seguían ahí, como de costumbre, pero moviéndose sin ruido, sin gritos, y como suspendidos en una actitud o acción que seguiría eternamente.

Sentí que me miraban y con disimulo volví la cabeza hacia donde me pareció que venía el llamado. Los tres pares de ojos bajaron los párpados, pero supe que eran ellos los que me habían

estado mirando y continuaban haciéndolo a través de sus párpados entornados: tres pepenadores singulares, una rara mezcla de abandono y refinamiento; esto se hacía más patente en el segundo, segundo en cuanto a la edad, no a la posición que ocupaba en el grupo, porque el grupo se hallaba colocado en diferentes planos en el prado frontero a mi banca.

El segundo estaba indolentemente recargado en un árbol fumando con voluptuosidad explícita y evidentemente proyectada hacia mí como un actor experimentado ante un gran público; en su mano sucia de largas unas sostenía el cigarrillo con una delicadeza sibarítica, y se lo llevaba a los labios a intervalos medidos, cuidadosos; sus pantalones anchos, café, caían sobre los zapatos maltrechos y raspados, y en la pierna que flexionaba hacia atrás apoyándola en el árbol, dejaba ver una canilla ru-



gosa y cenicienta, sin calcentines; la camisa que debió ser blanca en otro tiempo se desbordaba en los puños desabrochados dándole amplitud y gracia a las mangas, y un chaleco de magnífico corte, aunque gastado, ponía en evidencia un torso largo, aristocrático; pero todo esto no hacía más que dar marco y valor a la cabeza huesuda y magra de piel amarillenta, reseca, en la que cuadraban perfectamente la perilla rala de mandarán y los ojos oblicuos y huidizos, sombreados por largas pestañas. Nunca me miró abiertamente.

El mendigo más viejo estaba a unos pasos de él, sentado en cuclillas escarbando en un saco mugriento con sus manos grasosas, era gordo y llevaba una cotorina de colores chillantes, sacaba mendrugos e inmundicias del bulto informe y se los llevaba ávidamente a la boca con el cuidado glotón de un jefe de horda bárbara; en algún momento me pareció que tendía hacia mí sus dedos pegajosos con un bocado especial, y me hacía un guiño, como invitándome.

El tercer pepenador, el más joven, estaba perezosamente tirado de costado sobre el pasto, más alejado del sitio en que yo me encontraba que los otros dos; con un codo apoyado contra el suelo sostenía su cabeza en la palma de la mano, mientras con la otra levantaba sin pudor su camiseta a rayas y se rascaba las axilas igual que un mico satisfecho; cuando creyó que ya lo había yo mirado bastante levantó hacia mí los ojos y abriendo bruscamente las piernas posó su mano sobre la bragueta del pantalón en un gesto entre amenazante y prometedor mientras sonreía con sus dientes blancos y perfectos, de una manera desvergonzada.

Desvié la mirada y me estremecí. Me pareció oír un gorgoreo, como una risa burlona y segura que provenía del más joven de los vagabundos. No pude levantarme, seguí ahí, con los ojos bajos, sintiendo sobre mí la condenación de aquellas miradas, de aquellos pensamientos que me tocaban y me contaminaban. No podía, no debía huir, la tentación de la impureza se me revelaba en su forma más baja, y yo la merecía. Ahora no era una víctima, formaba un cuadro completo con los tres pepenadores, era, en todo caso, una presa, lo que se devora y se desprecia, se come con glotonería y se escupe después. Entre ellos y yo, en ese momento eterno existía la comprensión contaminada y carnal que yo anhelaba. Estaba en el infierno.

Impura y con un dolor nuevo, pude levantarme al fin cuando el sol hizo posible otra vez el movimiento, el tiempo, y ante la mirada despiadada y sabia de los pepenadores caminé lentamente, segura de que esta experiencia del mal, este acomodarme a él como a algo propio y necesario, había cambiado algo en mí, en mi proyección y mi actitud hacia él, pero que era inútil, porque entre otras cosas, él nunca lo sabría.



I have heard
Laughter in the noises of beasts that
(make strange noises.
T. S. Eliot

I

Era de noche cuando el mar se borró de los rostros de los
[náufragos como una expresión sagrada.
Era de noche cuando la espuma se alejó de la tierra como una
[palabra
todavía no dicha por nadie.
Era la noche, y la tierra era el náutico mayor entre todos
[aquellos hombres,
entre todos aquellos era la tierra
como un artificio de las aguas.

Y ahora, en los sitios no detenidos ya por la razón,
en la plaza interior de la Plaza Pública,
la brisa parece procrear ese lejano olor
de animales y prisioneros flechados o ya dispuestos por las lanzas,
o conducidos a la presencia de la mano que ordena y señala,
[sostenida por sus anillos y pulseras,
desde los sitios básicos del poder: necesidad y crimen.
¿En dónde están los hombres que dieron este grito de batalla y
[este grito de sueño?
¿Dónde están aquellos que condujeron la palabra
y fueron llevados por ella al sitio de la oración y a la materia del
[silencio?

Carencia fluctuando entre la piedra y la mano que va a producir
[en ella la sospecha de su alma;
habitante sombrío enmudecido bajo tus obras;
condúceme al himno disperso que flota ceniciento entre la
[podredumbre de las hojas.

Unta cada palabra mía con cada silencio tuyo,
mas no nos ciegue el chispazo de este mutuo lenguaje,
para que así las muertos asomen la mirada entre las brasas de lo
[dicho
y la frase se encorve por el peso del tiempo.

II

Jugó la selva con el mar como un cachorro con su madre,

bostezó el día glotón entre los senos de la noche,
en su acción de posarse buscó alimento la palabra,
sonó el acto en su propio vacío
como una dolorosa constancia de fuerza que el sueño del hombre
[no pudo medir.

Ahora juega la tarde un momento con los islotes de jacintos antes
[de abandonarlos
y el aire es todavía un venado asustado.
El sol es una mirada que se va devorando a sí misma,
todo jadea de un sitio a otro
y la hojarasca cruje en el corazón de aquel que al caminar la va
[pisando

Un pez está inmóvil bajo el peso de su respiración;
bajo la dura luz poniente fluyen las grandes aguas color
[chocolate,
sobre un tronco caído, una iguana
fluye succionada por otro tiempo, pero está inmóvil, no hay fuga
[en sus ojos más fijos que la profundidad del mar,
y el movimiento que la rodea es lo que petrifica sus señales.

La tempestad pesa como un dios que va haciéndose visible,
una bandada de truenos cruza el cielo,
la luz se está pudriendo; ya no quedan designios,
nadie escucha en la piedra los sonidos humanos donde la piedra
[ganó raíz de carne,
nadie se desgarrar con esa soberbia del mineral que tiene a la
[memoria cogida por el cuello.
Todo parece dormir igual que un dios que se torna de nuevo
[invisible
detrás de este tiempo, donde ahora se balancean y crujen
las ramas de los árboles.

Herid la verdad, buscad en vuestra saliva la causa de aquél y de
[este silencio,
pulid esta soberbia con vuestros propios dientes;
de nuevo la lanza en la mano del joven,
de nuevo la arcilla bajo la instrucción de la mano volviéndose
[al sueño y al uso del sueño,
de nuevo la escultura bebiéndose el alma,
de nuevo la doncella acariciada por la mano del anciano
[sacerdote,

En Tabasco, casi en la desembocadura del río Tonalá, existe un lugar llamado La Venta, donde fueron encontrados las cabezas monumentales y los restos de altares, de una antiquísima cultura de raíz olmeca.

Resulta inquietante, que en sitio tan terriblemente inhóspito —especie de isla cercada de marismas—, se hayan encontrado estos restos monumentales de roca basáltica. Aún es inexplicable el acarreo desde las estribaciones de la Sierra Madre del Sur —sitios donde esta roca se produce, y que sí ofrecían magníficas condiciones para vivir—, de esas toneladas monolíticas de basalto por selvas y pantanos, y el por qué fueron labradas y erguidas en tan extraño lugar.

de nuevo las frases del triunfo en los labios del vencedor
y en su voz el estremecimiento de su codicia y sobre sus hombros
[el manto de su raza.

Pero ya nada responde.

La selva transcurre vendada de lluvia,
todo yace enterrado en las grandes cabezas de piedra, todo yace
[ubicado en el ciego peso de la piedra;
en ese rostro congestionado de feroz ironía, en el fondo de ese
[rostro
de donde parece surgir, igual que una burbuja de alguien que
[respira allá adentro,
esa sonrisa que sube a viajar, quién sabe hacia dónde, entre el
[negror de los labios...

Todo está igual que el primer día, sin embargo;
la selva lo acecha todo, su velocidad está llena de pozos, hay
[túneles en espiral abasteciendo su mesa.

Todo está igual que el último día sin embargo,
la flor del maculí como una boca violenta y roja suspendida en
[el aire caliente,

la ceiba enorme atrapada por la fijeza de su fuerza,
y por las noches, entre el zumbido de los insectos, el olor
[dulzón y tibio de los racimos de flores del jobo,
y bajo las ramas de los polvorientos arbustos, el olor lejano del
[huele de noche.

Pero todo está detenido,
todo está detenido entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.
Pero nada está detenido,
todo está pasando entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.
Ciudad desordenada por la selva;
la serpiente rodeando su ración de muerte nocturna,
el paso del jaguar sobre la hojarasca,
el crujido, el temblor, el animal manchado por su muerte,
la angustia del mono cuyo grito se petrifica en nuestro corazón
como una turbia estatua que ya no habrá de abandonarnos nunca.

¿Quién escucha ese sueño por las hendiduras de sus propios
[muertos?

La fuerza de la lluvia parece crecer de esas piedras,
de allí parece la noche levantar el rostro salpicado de criaturas
[invisibles,
de ese sitio que ha retornado al tiempo vegetal, al ir y venir de
[la hierba.

Nada descansa pero todo duerme; todo lo que se pudre, inventa.
Esta doncella aún no concedida al placer,
aquellos ojos seniles que ruedan en su propia fijeza, a semblanza
[de un desterrado de sus recuerdos.
los consejeros del rey, los vencedores del tiburón,
los que sujetando al vencido con una soga al cuello, posaron
[sentados bajo el friso de los altares,
asentando sus cuerpos rechonchos en el interior de una concha
[de poder.

Nube de tábanos y grandes moscas de alas azules
rezumbando sobre la cabeza del predicador, sobre la boca del
[poeta,
sobre el manto estriado por la sangre de los esclavos;
una corona de tábanos y moscas sobre el nombramiento del
[mundo.

Todo duerme, todo se nutre de su propio abandono,
en el centro de la inmovilidad reside el verdadero movimiento.
El poder de la selva y el poder de la lluvia,
la garra del inmenso verano posada sobre el pecho de la tierra,
el pantano como una bestia dormida en los alrededores del sol;
todo come aquí su tajo de destrucción y delirio,
la luz se hace negra al quemarse a sí misma,
el cielo responde roncamente, el rayo cae como todo ángel
[vencido.

Mirad las cabezas de piedra bajo la lluvia
o bajo el hacha deslumbrante del sol igual que un verdugo
[embozado en oro.

Mirad los rostros de piedra en el campamento de la noche,
en la descomposición de la gloria, en la soledad de la primera
[pregunta y en su retorno después de la segunda.

Mirad las cabezas de piedra,
máscaras que ocultan su clave divina, su organismo atajado por
[el silencio.

Mirad los rostros de piedra junto a la boca impía del pantano.

Aquí están, aquí donde no representan ni señalan.
Aquí los triunfadores y los esclavos y el gemido del anciano y la
[primera sangre de la doncella,
están ya confundidos en una sola masa, en un solo bocado que
[mastica la selva indefinidamente.

Piedra caída en el agujero del sueño, no por su propio peso
sino por el peso que la realidad obtuvo del sueño,
¿cuándo hizo la vida ese gesto poderoso?
¿ante quién hizo la vida esta mirada hoy muerta?
¿qué deseo la tejió, qué ojos humanos la emplearon?

Este es el rostro, este es el cuerpo,
la carne que se hizo piedra para que la piedra tuviera un
[espejo de carne.
Animada por un soplo de piedra, la imagen de la piedra le dio
[nuevo peso a la carne;
y así se oye el peso de otro silencio y el peso de otra imagen en
[la actitud inmóvil del caimán;
aquí está la piedra despuntando en la carne,
aquí está la muerte eructando la piedra mientras hace la
[digestión de la imagen.

La piedra, la piedra, la piedra,
la piedra siempre agazapada
al final de todos los gestos de la carne del hombre.

III

Rompe el porvenir sus diques de estatuas,
lama que se extiende como un hormiguero verdinegro sobre la
[sapiencia de los altares devastados,
en el salitre de los muros derruidos aparece la sombra y el olor
[de la bestia,
entre el cieno de las inundaciones, los pejelagartos vuelven
[estúpidamente la cabeza hacia la eternidad
y comen bajo el brillo del sol en sus costados negros.

Nadie pasa, nadie sigue adelante en el reino de tanto
[movimiento,
en la basura de tanta vida, en la creación de tanta muerte.
Dioses dispersos entre las altas yerbas,
restos divinos de un festín humano bajo las hojas enormes del
[quequeste.

Ya no quedan palabras, ni flechas ni la persecución de las
[maderas,
ni llamados de caracol, ni brillo de puntas de lanzas,
sólo estas cabezas como flores monstruosas, erupciones oscuras y
[apagadas.

Ahora la verdad aparece con el zopilote,
sus alas negras baten como una lengua negra sobre el silencio de
[las cabezas de piedra,
y en el ruido de ese aleteo aparece el nuevo lenguaje,
las frases de la carroña al quitarse su máscara de esclava.

Llueve y la lluvia es el mito sangrante y blanco de todos los
[dioses muertos.
El agua escurre sobre las negras cabezas como una palabra
[perdida de lo que dice,
y después de la lluvia, otra vez los pájaros caminan por el cielo
como vigías olvidados, mientras se abren las puertas del
[amanecer
con un rechinar de goznes enmohecidos.

IV

Se abre la noche como un gran libro sobre el mar.
Esta noche, las olas frotan suavemente su lomo contra la playa
igual que una manada de bestias todavía puras.

Se abre la noche como un gran libro sobre la selva.
Los hombres muertos caminan esparcidos en los hombres vivos,
los hombres vivos sueñan apoyando las sienes en los hombres
[muertos,
y el sueño contamina de piedra sus imágenes.

Se abre la noche sobre ustedes, cabezas de piedra que duermen
[como una advertencia.

Se detiene la luna sobre el pantano,
gimen los monos.

Allá, a lo lejos, el mar merodea en su destierro,
esperando la hora de su invencible tarea.

Vicente Leñero



Pueblo rechazado

[Obra en cuatro tiempos]

Personajes: PRIOR

ANALISTA

OBISPO

CARDENAL 1

CARDENAL 2

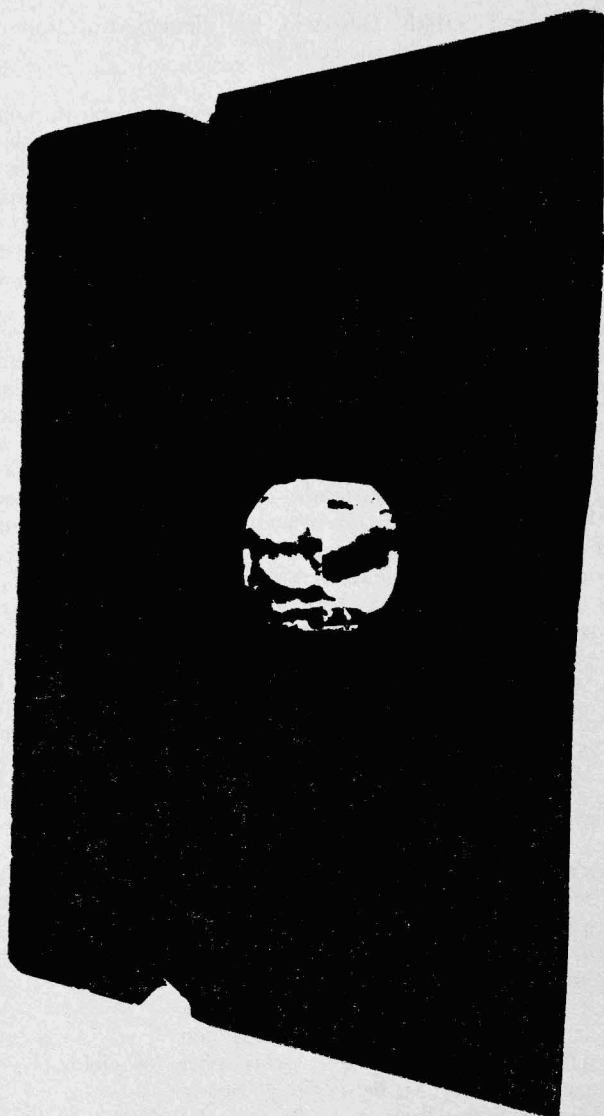
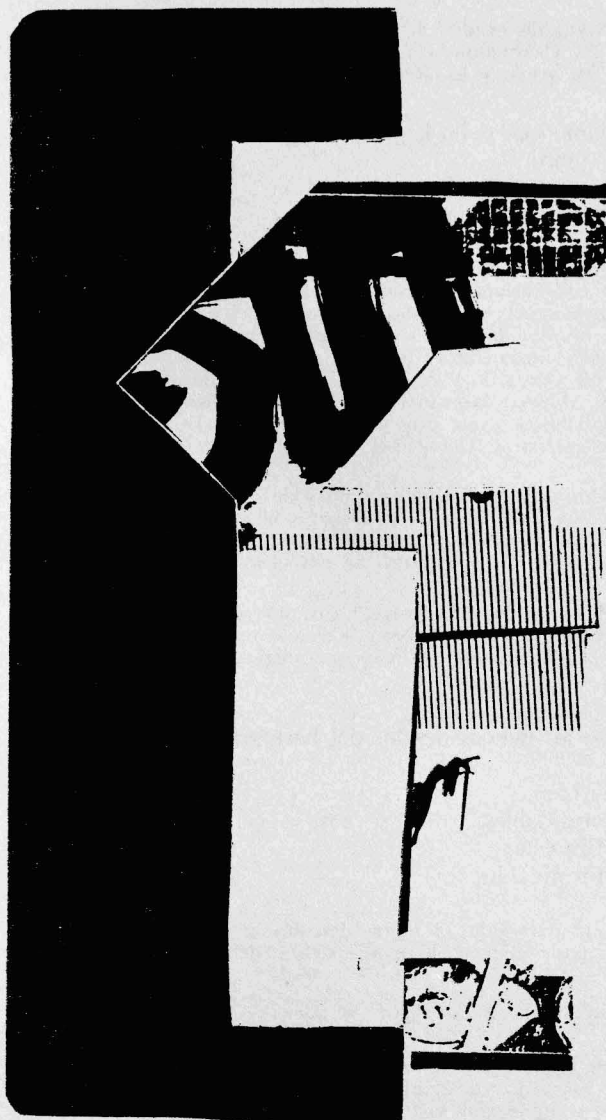
CARDENAL 3

CORO DE MONJES

CORO DE CATOLICOS

CORO DE PERIODISTAS

CORO DE SICOANALISTAS



Dibujos de García Ponce



Primer tiempo

Una luz vertical incide sobre una sobria mesa de madera que hace las veces de escritorio y altar, y que ocupa, durante toda la obra, el centro del escenario. El resto permanece a oscuras.

Fuera de escena, el CORO DE MONJES entona, en gregoriano:

CORO DE MONJES: Gloria a ti Padre por tu Hijo, en el Espíritu Santo. Ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

Después de un largo silencio, entran sigilosamente en el escenario —ahora en penumbra— los miembros del CORO DE CATÓLICOS. A la manera de un guía, un sacerdote los conduce.

SACERDOTE: Shhhh. Despacio. En silencio. Entramos en el sagrado monasterio de la colina.

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhh.

SACERDOTE: Ésta es la casa de un selecto grupo de hombres que para ser fieles a Dios, para mejor servirle y alabarle, han renunciado a todos los placeres del mundo. La más perfecta vida espiritual se vive aquí... Aquí se han gestado grandes iniciativas teológicas y grandes renovaciones litúrgicas. Aquí el arte religioso ha alcanzado expresiones sublimes. Miren los cuadros, observen las imágenes, la capilla, el altar. Han suprimido todo lo superfluo para dejar únicamente la sustancia... Y aquel cristiano que sediento de una vida más auténtica se llega al monasterio en busca de orientación, no regresa al mundo defraudado; aquí recibe la respuesta que disipa sus dudas, el consejo que impulsa su fe, el ejemplo que fortalece su esperanza... No imaginen hombres débiles; los monjes son almas templadas en la fragua del ascetismo. No viven de limosnas. Ellos mismos se ganan el pan trabajando la tierra, cultivando los huertos, fabricando imágenes. La oración y el trabajo son sus leyes, y la piedad y la sabiduría sus virtudes. Varones santos elegidos por Dios para iluminar nuestro mundo de tinieblas... Demos gracias por este monasterio. Mientras exista, podemos estar seguros de que el Señor vive entre nosotros.

Mientras el sacerdote hablaba, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se han dispersado por el escenario observándolo y examinándolo todo con admiración y respeto. Interrumpen sus cuchicheos cuando al fondo, semiocultos en la penumbra, se perfilan el PRIOR y el CORO DE MONJES. Entre ellos mismos, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se ordenan silencio y vuelven a reunirse en grupo. En melodía gregoriana, el CORO DE MONJES entona el salmo:

SOLISTA DEL CORO: Obras todas del Señor.

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor. Alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos.

SOLISTA: Ángeles del Señor,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Cielos,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Aguas todas que estáis sobre los cielos,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Sol y luna,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Estrellas del cielo,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

Al terminar el salmo, los monjes permanecen al fondo, en la penumbra, mientras el PRIOR avanza hacia el CORO DE CATÓLICOS.

CORO DE CATÓLICOS: [*Avanzando hacia él, efusivos.*] Dios lo bendiga, padre. Dios lo premie. Ha realizado usted una obra maravillosa. Su monasterio es una escuela de fe. Una fuente de espiritualidad. De sabiduría. De gracia. Dios lo bendiga, padre.

El PRIOR trata de evadir, de frenar de algún modo el entusiasmo del CORO DE CATÓLICOS. Cuando va a retirarse, un muchacho se desprende del grupo y le cierra el paso.

JOVEN: Dígame qué debo hacer para ingresar en el monasterio. ¡Quiero ser monje!

PRIOR: No es tan fácil como supones...

JOVEN: ¡Quiero ser monje!

Algo va a añadir el PRIOR, cuando fuera de escena comienza a escucharse una risa burlona que rápidamente va subiendo de tono hasta irrumpir en violentas carcajadas. El PRIOR y el CORO DE CATÓLICOS vuelven la mirada hacia el sitio de donde parece provenir la risa. Ésta prosigue, incontrolable, mientras desconcertados, temerosos, los miembros del CORO DE CATÓLICOS, incluyendo al muchacho, huyen lentamente. Al cesar las risotadas, el PRIOR se vuelve hacia el sitio donde se hallaba el joven, pero ya no lo encuentra. Cabizbajo regresa al fondo del escenario. También el CORO DE MONJES ha desaparecido.

Ahora son visibles, en penumbra, una serie de celdas y otras breves áreas del monasterio. El prior se dirige a ellas. Entra en la primera área donde un monje lee, atentamente, un grueso libro. El PRIOR se aproxima pero el monje no se da por observado.

Prosigue el recorrido del PRIOR. Entra en un taller donde varios monjes trabajan activamente, con herramientas de carpintería y herrería, en la elaboración de imágenes religiosas. El PRIOR examina un cuadro.

MONJE: Son los nuevos diseños del hermano. ¿Qué le parecen, padre?

PRIOR: Muy bien.

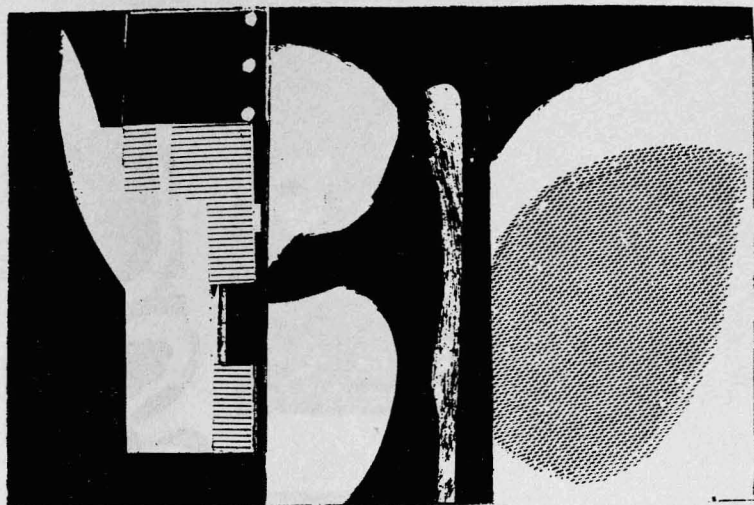
MONJE: Formidables, ¿no? Se van a vender mejor que las medallas. Mire éste.

PRIOR: Sí, formidables.

Al entrar en una celda, el PRIOR descubre a un monje ovillado en el suelo en posición fetal. El monje solloza débilmente.

PRIOR: ¿Qué ocurre?... ¿Qué te pasa?

No obstante que el PRIOR repite sus preguntas y trata incluso de levantar o hacer reaccionar al monje, éste no responde. Mantiene su posición y prosigue con sus sollozos. El PRIOR abandona la celda, pero se detiene meditando a poca distancia. Con un cesto bajo el brazo y silbando alguna tonada popular, otro monje cruza frente al PRIOR.



MONJE: ¿Ya vio qué aguacates se están dando este año, padre? Ahora sí parece que la providencia va a tratarnos muy bien. La huerta está cuajada, cuajada.

El PRIOR responde con un vago ademán de aprobación mientras el monje se retira silbando. Los sollozos del monje de la celda se acen-
túan.

El PRIOR se detiene frente a un área donde un monje conversa con su madre.

MADRE: ¿Duermes bien, hijito? ¿Te dan bien de comer?

MONJE: No te preocupes por mí. Aquí he descubierto mi verdadera vocación.

MADRE: ¿No has estado enfermo? ¿Te trata bien el padre?

MONJE: Es un santo.

MADRE: Cuidate mucho, hijito; te veo más delgado y más ojoroso. No exageres las penitencias, y acuérdate: si algún día quieres irte dímelo sin miedo, yo vendré por ti.

Tendido en el catre de una celda, un monje dormido se convulsiona como si fuera víctima de terribles pesadillas. El PRIOR se aproxima hasta el catre y trata de despertarlo.

MONJE: No no, por favor. No.

PRIOR: Despierta.

MONJE: No. No. No.

PRIOR: ¡Despierta!

El monje se despierta al fin, pero al descubrir la presencia del PRIOR su alteración se reaviva.

MONJE: Era usted. Lo vi. Traía una antorcha en la mano y prendía fuego a mi cama. Lo vi. Era usted. Quise detenerlo, pero no pude. Me arrojé la antorcha. Las llamas encendieron la celda... Salían por la ventana. Lo quemaban todo, todo. Y usted continuaba en medio del fuego, ardiéndose... Era horrible porque reía, reía y yo gritaba, y usted reía, reía, reía, reía... PRIOR: Olvidalo. Sólo fueron pesadillas.

El PRIOR trata de serenar al monje con un ademán paternal, pero éste lo esquivo rápida, automáticamente.

MONJE: ¡No me toque! [*Reaccionando, arrepentido.*] Perdón, padre. Perdóneme.

PRIOR: Sólo fueron pesadillas.

Cuando el PRIOR cruza por el centro de un área correspondiente a la biblioteca del monasterio, dos monjes leen, en voz alta y con acentos gregorianos, los textos de sendos libros.

MONJE 1: Así como hay un celo de amargura malo, que se para de Dios y conduce al infierno, así también hay un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna.

MONJE 2: Quien quiera pues que te apresuras por llegar a la patria celestial, practica con la ayuda de Cristo esta mínima regla de iniciación, y entonces finalmente llegarás con la protección de Dios a las cumbres más elevadas de doctrinas y virtudes.

Al entrar en la última celda, el PRIOR descubre en la penumbra a dos monjes sospechosamente abrazados. Uno de ellos se vuelve, y al ver al PRIOR sale corriendo. El otro permanece inmóvil durante se-

gundos. Luego cae súbitamente de rodillas y con el puño cerrado se golpea el pecho repetidas veces.

MONJE: Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR: Basta.

MONJE: Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR: ¡Basta he dicho!

El monje se arroja a los pies del PRIOR.

Al llegar al centro del escenario, el PRIOR se apoya en el escritorio-altar y hiende la cabeza, atribulado. No repara en el monje que segundos después llega hasta el lugar y en un minúsculo florero (único objeto que se encuentra sobre el escritorio-altar) introduce una rosa y se retira.

A coro, desde sus respectivas celdas totalmente a oscuras, los monjes entonan en gregoriano:

SOLISTA: Ten misericordia de mí, ¡oh Dios!

CORO DE MONJES: Ten misericordia de mí, porque a ti he confiado mi alma.

Me ampararé a la sombra de tus alas mientras pasa la angustia.

Invocaré al Dios altísimo,

al Dios que siempre me favorece.

Y él enviará desde los cielos quien me socorra y confunda al enemigo que me acosa.

Enviará Dios su misericordia y su bondad.

Relámpagos luminosos invaden el escenario. Círculos y figuras cromáticas danzan en torno al prior quien encandilado trata de seguirlos moviéndose en todas direcciones. La sorpresa, el pánico y la alegría se reflejan alternativamente en su actitud. Finalmente parece entrar en un arrebató místico.

PRIOR: [*Gritando.*] Dios mío. Dios mío, ¿por qué no me hablas ahora?

Mientras prosigue el juego de luces, se escucha, violenta, la risa burlesca de la primera escena.

PRIOR: Habla, Señor. Tu siervo escucha.

Entre el fenómeno luminoso, se perfila borrosamente la figura del ANALISTA. El PRIOR creará ver en él —aterrado— un ser sobrenatural, diabólico.

ANALISTA: No es Dios, imbécil, es su ojo enfermo el que lo turba.

CORO DE MONJES: No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR: ¿Quién me llama?

ANALISTA: Nadie lo llama, ¡despierte!

PRIOR: Es él. Es su voz. Es su acento.

CORO DE MONJES: No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR: Nuevamente tú. Me has encontrado al fin. De nada me ha servido cruzar el mar, atravesar fronteras, esconderme en el último rincón de la noche. ¿Qué quiere de mí?

CORO DE MONJES: Huye. Retírate. Escóndete.

PRIOR: ¿Qué quieres de mí? Por qué no me dejas en paz en mi monasterio, con mis hermanos, con mis oraciones, con mi



trabajo. Qué quieres. Qué deseas. Habla. Te lo exijo. ¡Te lo exijo!

ANALISTA: Si en realidad quiere enfrentarse al diablo, búsquelo en el fondo de usted mismo y lo encontrará. En el fondo de usted mismo. En el fondo del prójimo. En el fondo de las cosas. En el fondo de todo.

CORO DE MONJES: Huye. Retírate. Escóndete.

ANALISTA: Responda: ¿Las tinieblas están en el fondo de la luz?

CORO DE MONJES: Huye...

ANALISTA: ¿El frío en el fondo del calor?

CORO DE MONJES: Retírate...

ANALISTA: ¿El silencio en el fondo del ruido?

CORO DE MONJES: Escóndete...

ANALISTA: ¿Lo insípido en el fondo del sabor? ¿El enemigo en el fondo del amigo?... ¿La ignorancia está en el fondo de su conocimiento? ¿El odio está en el fondo de su amor? ¿La muerte está en el fondo de toda vida?

PRIOR: ¿Qué debo hacer para vencerte?

CORO DE MONJES: Huye huye huye huye huye huye

ANALISTA: Escrito está: si tu ojo te escandaliza, ¡arráncalo!

En medio aún de los fenómenos cromáticos, el PRIOR regresa al escritorio-altar. Allí se lleva una mano al ojo y encaja en él sus uñas. Emite un grito desgarrador.

Cesan los artificios cromáticos y una luz de día ilumina todo el escenario. Mientras el PRIOR permanece frente al altar, de pie, plegado sobre sí mismo, el ANALISTA —ahora perfectamente visible— recorre las áreas del monasterio. Los monjes que vimos durante la visita del PRIOR no han variado sensiblemente de postura. Todos observan atemorizados al ANALISTA quien efectúa un rápido recorrido moviendo negativamente la cabeza. Regresa hasta el escritorio-altar.

ANALISTA: A pesar de sus slogans publicitarios y de lo que dicen por ahí sus amigos católicos, esto no parece tener nada que ver con la casa de Dios, padre... Confío en que ahora ya puede distinguir con claridad, libre de ese ojo enfermo, lo que es realmente su monasterio. Una cueva de leprosos; un refugio de histéricos, de fanáticos, de homosexuales...

PRIOR: [irguiéndose, violento] ¡Y de hombres que buscamos a Dios!

ANALISTA: Que se lo inventan, para huir de sus problemas. Rebaño de eunucos, en el peor sentido de la palabra.

PRIOR: Hay eunucos, dice Mateo, que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que así mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos.

ANALISTA: Dudo mucho que alguno de éstos lo sea por amor al reino de los cielos... Perdóne si lo ofendo, pero quería conocer mi opinión y este es mi diagnóstico. Usted es libre de seguir engañándose y engañándolos.

PRIOR: Son treinta años de lucha. Treinta años. Toda mi vida buscando, buscando, buscando... Desde muy pequeño emprendí el camino. Dejé padres, familia, hogar. Soñaba con ser misionero y morir como un mártir en tierra de paganos, pero muy temprano aprendí que el verdadero martirio se alcanza todos los días, viviendo. En ningún lugar encontraba mi sitio, en ninguna fuente saciaba mi sed. Busqué aquí, busqué allá, siempre rebelde a las respuestas fáciles. Quería saber, penetrar la verdad, desgajarla... Necesitaba construir de nuevo la torre de Babel y cavar a gritos el cielo... Fue largo y penoso el camino hasta

la colina. Pero llegué. Llegué al fin y con estas manos consagradas que habían arañado el misterio, que se habían crispado frente al enemigo, que bendecían el pan de todos los días, construí la torre de Babel. Yo solo, terco, infatigable y soberbio levanté la casa del Señor. Esta casa.

ANALISTA: Muy conmovedor, padre.

PRIOR: Y ahora oigo decir que es simplemente una cueva de leprosos, un manicomio.

ANALISTA: Ésa es mi opinión.

PRIOR: Ésa es la verdad. En eso está a punto de terminar la obra de toda mi vida... Leprosario. Manicomio. De qué me vale negarlo. La nave se hunde. Mi búsqueda naufraga... ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hice mal? ¿En dónde estuvo el error? ¿Fue mi necedad? ¿Fue mi orgullo? ¿Fue mi pecado de soberbia?

ANALISTA: Fue su ceguera.

PRIOR: Pero ya no estoy ciego. Ya no lo estoy. He arrancado el ojo que me escandalizaba.

Hacia el final del diálogo anterior, los monjes que ocupaban las distintas áreas del monasterio salen lentamente de ellas y se congregan próximos al escritorio-altar. Sobre los últimos parlamentos, al principio en voz muy baja y luego en tono ascendente, entonan en gregoriano su lamento.

CORO DE MONJES: Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad...

PRIOR: ¡Ya no estoy ciego, hermanos! ¡He arrancado el ojo que me cegaba! ¡Ya no estoy ciego!

Los monjes prosiguen con sus lamentos.

ANALISTA: Solicitan su auxilio.

PRIOR: Yo soy el primero que lo necesita.

ANALISTA: ¿El de su Dios no le basta?

PRIOR: Necesito el de usted. Para llegar a Dios necesitamos ahora el auxilio de usted. Por eso lo he llamado.

El PRIOR se dirige a sus monjes. Cesan los lamentos.

PRIOR: Para penetrar en Dios, tenemos antes que penetrar en nosotros mismos, hermanos. Para dialogar con el padre tenemos que seguir el camino del Hijo que se encarnó en nuestra piel. Tomar su cruz y renunciar a todo. Renunciar al tesoro de nuestro miedo. Renunciar al consuelo de nuestro masoquismo. Renunciar al refugio de nuestra humildad. Renunciar al escudo de nuestra pureza, de nuestra obediencia, de nuestra mansedumbre. Renunciar incluso, si fuera preciso, a nuestra amada renuncia al mundo, hermanos.

CORO DE MONJES: Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos.

PRIOR: Lo necesitamos.

ANALISTA: Tal vez me necesita su vanidad.

PRIOR: Ayúdenos a renunciar a nuestra vanidad.

ANALISTA: No es fácil. No sería nada fácil para ustedes... Se equivoca si cree ver en mí quien lo sustituya en su papel de padre de estos huérfanos. Yo no vendría a trabajar por su causa. No creo en su Dios ni creo en su magia... Vendría a dejarlos más huérfanos aún... ¿Comprende cuál es el riesgo?

PRIOR: Acepto el riesgo.

ANALISTA: No, no comprende... Mis herramientas, el espejo que yo pondría frente a ustedes es capaz de ahuyentar todo lo

que puebla esta casa... En menos tiempo del que supone podría quedarse sin un solo monje, padre.

PRIOR: De qué nos vale ser eunucos si no lo somos por amor al reino de los cielos.

ANALISTA: Confía demasiado en su fe.

PRIOR: Mi fe es una búsqueda que no puede frenarse, que no tolera miedos, que no acepta derrotas... Necesito saber, bajar al fondo de mi propio infierno y enfrentar la verdad, cualquiera que ésta sea.

ANALISTA: Magnífico. Usted lo ha querido así. ¡Destruyamos el templo!

El PRIOR queda solo frente al escritorio-altar. Fuera de escena se escucha al CORO DE MONJES.

SOLISTA: Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios, de manera que pueda anunciar dignamente tu santo evangelio.

CORO DE MONJES: Danos Señor tu bendición.

SOLISTA: El Señor sea con ustedes.

CORO DE MONJES: Y con tu espíritu.

SOLISTA: Continuación del santo evangelio según San Lucas.

CORO DE MONJES: Gloria a ti, Señor.

SOLISTA: Y entrando Jesús atravesó Jericó. Había allí un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos, y rico. Hacía por ver a Jesús, pero a causa de la muchedumbre no podía, porque era de baja estatura. Corriendo adelante se subió a un sicomoro para verle, pues había de pasar por allí. Cuando llegó a aquel sitio, levantó los ojos Jesús y le dijo: Zaqueo, baja pronto porque hoy me hospedaré en tu casa. Él bajó a toda prisa y lo recibió con alegría. Viéndolo, todos murmuraban de que hubiera entrado a alojarse en casa de un hombre pecador. Zaqueo, en pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo. Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham; pues el hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.

En el centro del escenario en penumbra, el PRIOR realiza en voz alta su meditación.

PRIOR: Jesús, siempre he sentido simpatía por Zaqueo: No porque yo fuera pequeño, sino por su testarudo deseo de verte. Se dice que soy terco. Sin duda es verdad, y eso me ha causado muchos disgustos. Pero espero que mi terquedad, y muy especialmente mi obstinación en verte, en encontrarte, tendrá también buenos resultados. Jesús, yo estaba en medio de la muchedumbre: la muchedumbre de mis hermanos, la muchedumbre de mis amigos y conocidos, la muchedumbre de todos los que me rodeaban. Estaba en medio de la muchedumbre y sentía que ésta me impedía verte. No porque fuera pequeño, sino porque me creía pequeño. No sé si en tu tiempo se fijaban en eso, pero en nuestros días eso se llama complejo de inferioridad. Tal vez tu lo llamarías humildad. Me creía pequeño y, sin embargo, quería verte, quería encontrarte. Como Zaqueo, quise hacerme grande. Él subió a un sicomoro. Yo, aunque hubiera subido a cualquier otro árbol, nada habría conseguido. Tenía necesidad de una altura que no se mide en metros, tenía necesidad de una altura que se mide en confianza. Por eso dejé la muchedumbre; la muchedumbre de mi familia, la muchedumbre de mis amigos, y me fui a un alto lugar, a una montaña. Jesús, yo te buscaba en aquella montaña; Jesús, yo te he buscado en este monasterio, en esta montaña. Treinta años viviendo arriba del sicomoro. Y creía haberte encontrado. Creía que tú también vivías aquí y que yo vivía en tu compañía. Lo creía porque estaba subido en lo más alto posible, porque era terco. Ahora me ven sentado encima de la muchedumbre, encima de mis nuevos hermanos, encima de las multitudes que me rodean. Ahora ya no me siento pequeño, me siento grande. Eso se llama un sentimiento de superioridad. Tal vez tú lo llamarías orgullo, no sé si es lo mismo. Pero importa poco; estoy en mi monasterio, estoy trepado en mi sicomoro para verte... y tú no estás conmigo. ¿En dónde estás, Jesús? Responde. Tu silencio me inquieta. Treinta años en el monasterio, treinta años sobre el sicomoro es largo tiempo. Me parecía corto porque te creía cerca de mí, pero ahora no te veo. ¿Era una ilusión?, ¿era un espejismo? Jesús, tu silencio me da vértigo. Voy a caer. Responde. Dime que estás cerca. Dime que no en vano, durante treinta años, he permanecido en equilibrio sobre el sicomoro...



Segundo tiempo

El centro del escenario, el área que ocupa el escritorio-altar, se encuentra a oscuras. Un grupo de monjes se dirige hasta una plataforma circular en donde los aguarda el ANALISTA. Cuando ha ocupado en ella sus lugares, la plataforma comienza a girar. Tal vez se escuchan gemidos, murmullos, sollozos, mientras fuera de escena, un sector del CORO DE MONJES entona un salmo en gregoriano.

CORO DE MONJES: El Señor me apacienta, nada me falta,
en verdes prados me hace recostar.
Me conduce a las aguas donde descanse;
restaura mi alma.
Me guía por senderos rectos
por amor a su nombre.
Aunque camine en valle tenebroso
no temeré mal alguno porque tú estás conmigo.

Al primer grupo de monjes en la plataforma suceden otros. Como si fuera un carrusel, los monjes suben, giran y descienden. El ANALISTA permanece siempre arriba.

A poco tiempo de iniciarse la acción, el CORO DE PERIODISTAS y el CORO DE CATÓLICOS han entrado en escena; los primeros corriendo y dispersándose, con curiosidad febril, rumbo a todas partes. Integran el CORO DE PERIODISTAS un grupo de reporteros y fotógrafos que durante toda la escena desarrollan gran actividad. Los fotógrafos van de uno a otro sitio disparando sus cámaras sobre los monjes, sobre el analista, sobre algunas celdas, sobre el CORO DE CATÓLICOS. Libreta en mano, los reporteros registran y examinan el sitio. El corre y corre de unos y otros mantiene un ritmo aceleradísimo.

CORO DE PERIODISTAS: [desde su aparición] ¡Noticia, noticia!
El psicoanálisis ha entrado en el monasterio. ¡Insólito! ¡Increíble! ¡Extraordinario! ¡Noticia!, ¡Noticia! ¡Ahora un siquiatra confiesa a los monjes! ¡Indaga su vocación! ¡Explora sus sentimientos! ¡Noticia! ¡Noticia!

Ante la actividad desarrollada por el CORO DE PERIODISTAS, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se observan entre sí, desconcertados. Cuchichean como quienes se ponen de acuerdo.

CORO DE PERIODISTAS: [hacia el de católicos] ¿Qué opina la Iglesia? Queremos saber qué opina la Iglesia. Necesitamos orientar a nuestros lectores. Es nuestro deber. ¿Qué opina la Iglesia?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Consideran peligrosa la experiencia?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Saludable?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Prohíbe la Iglesia el psicoanálisis?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Van a contratar siquiátras para todo el clero?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Es cierto que el Vaticano no ha dado su autorización?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

Del CORO DE CATÓLICOS se desprende un sacerdote. Tal vez el mismo del primer acto.

SACERDOTE: Es inevitable. Llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE CATÓLICOS: Sí, llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE PERIODISTAS: Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar.

Reporteros y fotógrafos (los fotógrafos disparando sus cámaras) corren hacia el CORO DE CATÓLICOS. Los cercan.

SACERDOTE: Dios quiera iluminar nuevamente con su gracia el alma de los monjes, para que retomen la senda perdida.

CORO DE CATÓLICOS: Dios tenga misericordia del prior.

CORO DE PERIODISTAS: Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar.

SACERDOTE: [después de imponer silencio. Doctoral] Los criterios infalibles de la Iglesia no admiten discusión. En el diccionario de teología moral, publicado en 1952, el cardenal Felici declara: Difícilmente podemos excusar de pecado mortal a quien libre y conscientemente adopta y se somete al psicoanálisis.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Oooooooooohh!

CORO DE CATÓLICOS: Pecado mortal. Pecado mortal. Condenación eterna.

CORO DE PERIODISTAS: [reaccionando] Pero es sólo una opinión. La opinión de un cardenal. Han transcurrido diez años. La Iglesia ha rectificado.

SACERDOTE: ¡La Iglesia nunca rectifica! El 16 de julio de 1961, el Santo Oficio dictó un múnitum que sabía y enérgicamente con claridad meridiana, condena las experiencias del monasterio... [Leyendo] Hay que reprobear, dice el múnitum, la opinión de aquellos que pretenden que una formación psicoanalítica preceda a la recepción de las órdenes sagradas.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: O que los candidatos al sacerdocio o a la profesión religiosa deban someterse a exámenes e investigación psicoanalíticas propiamente dichas.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: Lo que vale también si se trata de asegurarse de la aptitud requerida para el sacerdocio o la profesión religiosa.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: Asimismo, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas no pueden consultar a psicoanalistas sin el permiso del Ordinario o por una causa grave.

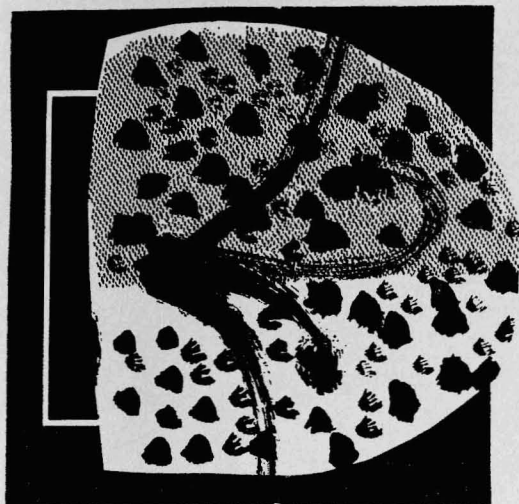
CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: [deja de leer] Por este motivo, porque el prior no ha acatado las disposiciones del Santo Oficio, y por otros graves cargos que pesan contra él desde la fundación del monasterio, el Santo Oficio ha iniciado un proceso en su contra. ¡El juicio de la Iglesia será el juicio de Dios!

CORO DE PERIODISTAS: ¡Noticia! ¡Noticia!

CORO DE CATÓLICOS: ¡Dios tenga misericordia del prior! ¡El Espíritu Santo le infunda la gracia del arrepentimiento!

CORO DE PERIODISTAS: ¡Noticia! ¡Noticia! ¡Noticia!



El PRIOR irrumpe en el escenario. Violento, colérico, se arroja contra el CORO DE PERIODISTAS y el CORO DE CATÓLICOS. Los dos grupos se dispersan. Éstos huyen. Aquéllos tratan de entrevistarle, de tomarle fotografías. El corre y corre es general.

PRIOR: [arremetiendo] ¡Raza de víboras! ¡Necios! ¡Hipócritas! ¡Sepulcros blanqueados!

REPORTERO: ¿Qué opina del mánitum?

PRIOR: [colérico siempre] ¡No he desobedecido! En este monasterio yo soy la autoridad... ¡Fuera de mi casa!

REPORTERO: ¿Piensa salir absuelto del proceso?

OTRO REPORTERO: Según el mánitum, sólo por una razón grave se puede recurrir al psicoanálisis.

PRIOR: El equilibrio síquico siempre es razón grave, ¡estúpido!

REPORTERO: Pero no está permitido imponerlo como condición.

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

buscaban sólo un refugio, se han marchado convencidos de que no existe refugio alguno que nos defienda contra nosotros mismos. Han regresado al mundo a luchar... Y los que permanecen, los auténticos eunucos por amor al reino de los cielos, son cada día más sanos, más productivos, más felices, más religiosos, más cristianos... Éstos son los frutos, y Roma no quiere verlos. No entiende mis razones.

OBISPO: Las entenderemos todos tarde o temprano. Ahora soplan nuevos vientos sobre la Iglesia.

PRIOR: Pueden ser vientos de tempestad.

OBISPO: Son de caridad y de comprensión. Tenga paciencia. No todos podemos correr al ritmo de su búsqueda... Usted nos lleva diez años de ventaja.

PRIOR: Hace veinticinco que murió Freud.

OBISPO: ¿Y qué son veinticinco años para la Iglesia? La Iglesia es prudente.

PRIOR: ¡Yo también soy la Iglesia!

OBISPO: La jerarquía de la Iglesia es prudente.

PRIOR: No. Es cobarde, es tímida, es perezosa. Se ufana de poseer la verdad y actúa como si nada poseyera, como si cualquier viento nuevo fuera a derribar sus paredes. Cristo las hizo de piedra y ellos las consideran de paja... No tienen fe en su fe. Tiemblan al oír hablar de ciencia y el nombre de Freud los pone histéricos. El Freud que habla del sexo, que les echa en cara su pánico ancestral ante lo que es el germen de la vida, los paraliza... No, monseñor, Roma no es prudente, Roma es cobarde... [abatiéndose] Cobarde como yo lo soy ahora... Discúlpeme, es el miedo el que dicta mis palabras. Tengo miedo de mis jueces, del proceso, de mi futuro.

OBISPO: Cristo lo tuvo ante el calvario.

PRIOR: Y lo crucificaron.

OBISPO: Pero resucitó. No lo olvide, padre. Cristo resucitó.

La oscuridad borra de escena al OBISPO. Una luz vertical se mantiene sobre el PRIOR. El CORO DE MONJES se insinúa al fondo, a medida que una suave penumbra invade el escenario.

SOLISTA DEL CORO DE MONJES: [en gregoriano] Hermanos, os doy a conocer la buena noticia: Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras, y fue sepultado y resucitó al tercer día... Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe... Lo que siembras tú no llegará a tener vida si no muere; y al sembrar no es el cuerpo venidero lo que siembras, sino un grano desnudo... Así también es la resurrección de los muertos; se siembra en deshonor, y resucita en gloria; se siembra en debilidad, y resucita en fuerza; se siembra un cuerpo natural, y resucita un cuerpo espiritual... Palabras de Pablo.

Cuando cesa la voz del CORO, entra el ANALISTA. La escena se desarrolla en la penumbra.

ANALISTA: [ante la depresión que manifiesta el PRIOR] ¿Es en verdad tan decisivo para usted ese proceso?

PRIOR: De su veredicto dependen mi paz y mi futuro.

ANALISTA: Mentira, su paz y su futuro dependen únicamente de usted. A menos que durante todo este tiempo, desde el principio, lo que haya estado buscando sea el aplauso de su Iglesia.

PRIOR: No.

ANALISTA: El título de innovador, el nombre de iluminado.

PRIOR: No.



ANALISTA: O de mártir, que con mucha frecuencia resulta más atractivo... El Galileo del psicoanálisis, el gran visionario incomprendido por su tiempo.

PRIOR: Jamás he buscado glorias ni martirios. Buscaba una solución, un remedio, un camino limpio para mis monjes.

ANALISTA: ¿Está seguro de que solamente eso buscaba?

PRIOR: Usted menos que nadie puede ponerlo en duda.

ANALISTA: Yo acostumbro ponerlo todo en duda, padre, empezando por su fe, por su Cristo, por su Iglesia, por su magia.

PRIOR: Contra esa magia nada puede. Yo mismo nada podría aunque intentara destruirla... Ahora sé que entre más busco, más encuentro; que entre más indago, más descubro; que entre

más paredes derribo, más sólida es la casa que levanto. La verdadera magia se halla escondida en el fondo de la magia.

ANALISTA: Eso es muy discutible.

PRIOR: No para quien busca a Cristo.

ANALISTA: Todo el que busca corre el riesgo de encontrar nada al final del camino.

PRIOR: Cuando lo que se busca existe por sí mismo, independientemente de quien busca, no hay ningún riesgo. Ésa es mi fe.

ANALISTA: Posiblemente una fe errónea.

PRIOR: Ninguna fe es errónea.

ANALISTA: Algunos la pierden.

PRIOR: Al que nada tiene, nada se le puede quitar. Usted lo sabe.

Lentamente, durante el diálogo, el CORO DE MONJES ha ido avanzando hasta llegar muy próximo al PRIOR y al ANALISTA.

ANALISTA: [señalando a los monjes] ¿Ellos también lo saben? No parecen muy convencidos de sus malabarismos, *padre... Mírelos.

El PRIOR se vuelve hacia los monjes mientras el ANALISTA desaparece. La luz total ilumina el escenario. Luego de un largo silencio, durante el cual el PRIOR examina al CORO con la mirada, un monje se desprende titubeante del grupo. Avanza con dificultad.

PRIOR: Si quieren decir algo, si tienen algún problema que plantear, hablen, los escucho. Para eso estoy aquí... [al monje que avanza] Sí. Habla. No tengas miedo.

MONJE: [titubeante.] He perdido la fe, padre.

PRIOR: [sonriendo paternal] Tonterías. La fe no se pierde como se pierde un pañuelo.

MONJE: [alzando cada vez más la voz.] He perdido la fe.

PRIOR: Cálmate. Atraviesas por una etapa que todos debemos sufrir y que sufrimos en algún momento. Una etapa muy importante de purificación.

MONJE: [gritando] ¡Le digo que he perdido la fe!

PRIOR: Lo que has perdido es una cáscara que la estorbaba.

MONJE: ¡He perdido la fe! ¡He perdido la fe! Tal vez fuera una cáscara, pero era mía, mi fe. Ridícula, ingenua, estúpida, como quiera llamarla, pero era la fe de mis padres, la de mis hermanos, la de mi familia, la que me trajo aquí para buscar a Dios y a quien he encontrado es a usted que me arrancó la fe. Yo creía en Dios, y en su iglesia, y en sus santos, y sólo necesitaba un lugar donde seguir creyendo en compañía de otros como yo que me ayudaran a creer y a confiar y a vivir. Y usted me obligó a dudar, a desconfiar, a morir. Ahora no tengo nada porque ya no tengo mi fe. ¡Dios lo maldiga!

El MONJE va a emprender la huida, pero el PRIOR lo detiene fuertemente de un brazo.

PRIOR: Escúchame, no te vayas.

MONJE: ¡Suélteme!

PRIOR: Escucha.

MONJE: [forcejeando] ¡Suélteme!

Otro monje se desprende del grupo y corre en apoyo de su compañero.

OTRO MONJE: ¡Suéltelo!

El monje segundo empuja violentamente al PRIOR. El primer monje huye. El segundo reacciona. Retrocede, atemorizado.

OTRO MONJE: Perdón, padre; perdón.

Todo el CORO DE MONJES empieza a retroceder buscando la salida del escenario. El PRIOR avanza hacia ellos mientras habla en tono que trata de ser convincente.

PRIOR: Lo que sembramos no llegará a tener vida si no muere, y al sembrar no es el cuerpo venidero lo que se siembra, sino un grano desnudo... Así también es la resurrección de los muertos; se siembra en deshonor, y se resucita en gloria; se siembra en debilidad, y se resucita en fuerza; se siembra un cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual... Palabras de Pablo a los corintios.

A pesar del intento verbal del PRIOR, el CORO DE MONJES ha salido de escena. El PRIOR regresa, solo, al escritorio-altar.

PRIOR: Treinta años en el monasterio, treinta años sobre el sicomoro es largo tiempo. Me parecía corto porque te creía cerca de mí, pero ahora no te veo, Jesús. Tu silencio me inquieta. Respóndeme. ¿Voy a caer?

VOCES FUERA ESCENA: Zaqueo, Zaqueo, Zaqueo, Zaqueo... Zaqueo, baja pronto...

PRIOR: Sí, te escucho, te escucho... [animándose por la respuesta] Bajo rápidamente, bajo rápidamente porque me llamas, porque has llegado, porque me dices que vas a quedarte en mi casa. Tú no tienes casa, me dices, las raposas tienen su guarida, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza... Pero Jesús, y este monasterio, y esta Iglesia, ¿no son tu casa? ¿Acaso no es lo que me ha sostenido durante toda la vida? ¿la fe de que vivía en tu casa?... ¡Y me dices ahora que baje, que tú no tienes casa y quieres quedarte en la mía!... En mi casa, ¡pero si es una buena noticia! Conmigo, ¡pero si eso me llena de alegría! ¿Conmigo, en mi casa, tal como es, en medio de la multitud, en medio de mis amigos, en medio de mis hermanos y hermanas? ¿En mi casa donde se trabaja y se juega, en mi casa donde uno pasea y va al cine, en mi casa donde se duerme en buenos lechos, en donde se come buen pan, en donde se bebe buen vino? ¿En mi casa donde la gente se ama y tiene hijos? En mi casa, ¿es ahí donde te quedas?, ¿es ahí donde te veré?... Sí, espera un momento: ahora mismo bajo y te recibo.

CORO DE CATÓLICOS: [como un murmullo, sin que puedan distinguirse claramente las palabras] Soberbio, Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje... Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje...

PRIOR: Escucho ruido. ¿Serán los gritos de bienvenida de la multitud, de mis amigos, de mis hermanos y hermanas?

CORO DE CATÓLICOS: *[más fuerte, con mayor claridad]* Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje... Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje...

PRIOR: No, es un ruido de voces irritadas. La multitud murmura. ¿Contra quién? ¿Será contra ti porque vas a hospedarte conmigo, con un pecador? ¿No es pecador el monje que baja de su montaña, que se mezcla de nuevo con la muchedumbre? ¿O será contra mí?... ¿Qué he hecho? Te buscaba, oí tu voz y bajé, es verdad, pero estoy dispuesto a dar la mitad de mis bienes a los pobres. A todos estos fariseos que murmuran estoy dispuesto a darles la mitad de lo que soy, estoy dispuesto a amarlos...

Durante todo el parlamento, las voces del CORO DE CATÓLICOS no han cesado de repetir, en un sordo murmullo, su estribillo. Ahora estallan, mientras los miembros del Coro avanzan por la escena en compacto grupo.

CORO DE CATÓLICO: ¡Ha vendido el monasterio al enemigo! ¡Le ha abierto las puertas de su casa! ¡Le ha convidado su pan! ¡Ha compartido su lecho! ¡Ha escandalizado a su pueblo! ¡Ha desobedecido a su Iglesia!

PRIOR: ¡Mentira! ¡No he desobedecido! ¡Puedo demostrarlo!

CORO DE CATÓLICOS: Su negro expediente se halla en Roma.

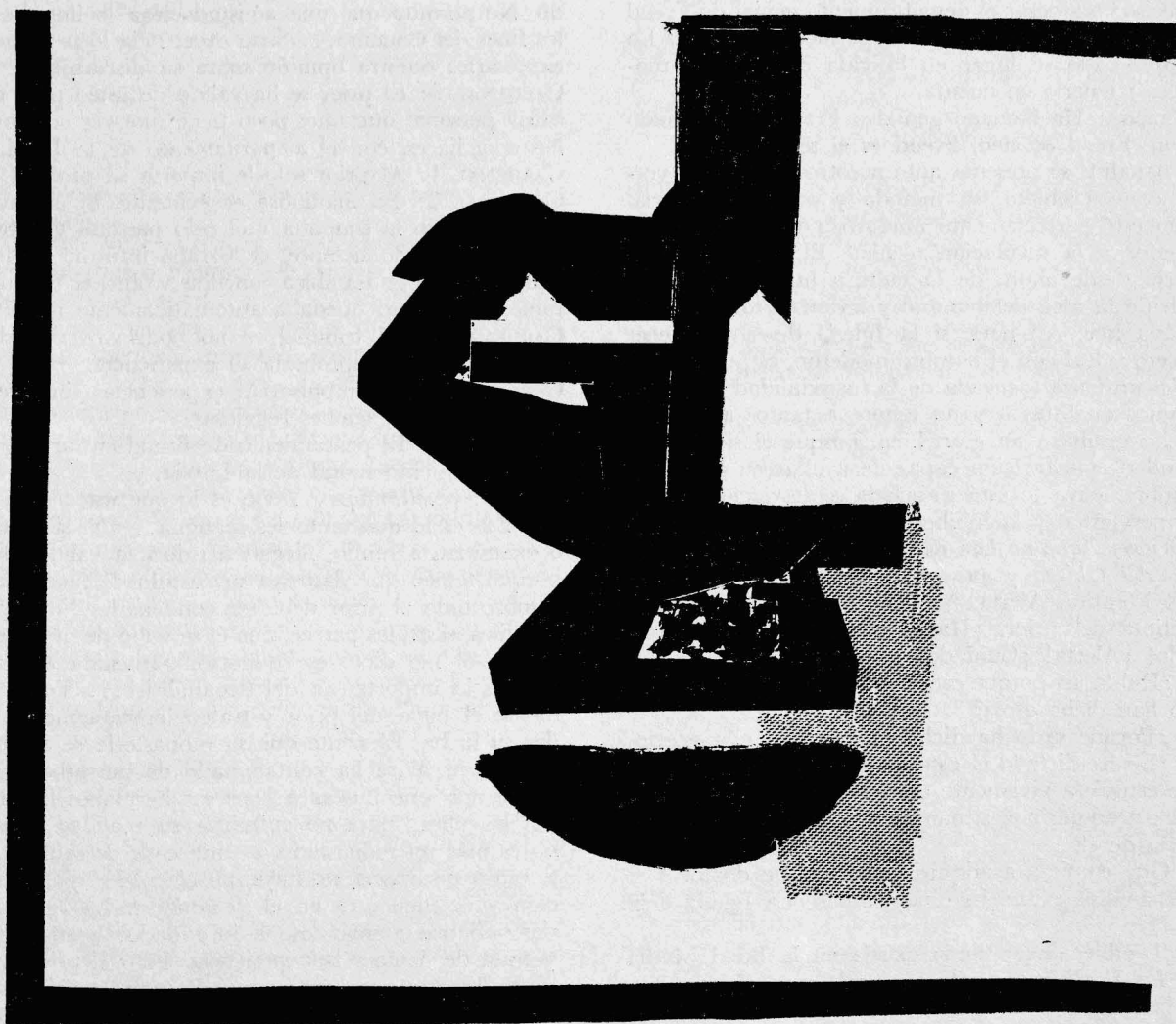
PRIOR: ¡Tengo derecho a defenderme!

CORO DE CATÓLICOS: Graves son los cargos. Fraude. Perversión. Herejía. Blasfemia. Engaño. Escándalo.

PRIOR: ¡Tengo derecho a defenderme!

CORO DE CATÓLICOS: *[tronante]* Que empiece el proceso. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso...

PRIOR: *[gritando, para hacer oír su voz entre el clamor ininterrumpido del coro]* ¡Tengo derecho a defenderme! ¡Tengo derecho a buscar! ¡Tengo derecho a equivocarme!



Tercer tiempo

Al fondo del escenario, en el centro, se desarrolla una asamblea del Concilio Vaticano II. De los asambleístas, sólo son visibles tres cardenales, los tres jueces del PRIOR. El OBISPO habla ante la asamblea. Su voz comienza a escucharse antes de que se ilumine el escenario.

OBISPO: Es inexacto hablar del ateísmo como de una actitud del mundo moderno. Sería más exacto hablar de un modo nuevo de presentar el problema de Dios. De donde sería preciso preguntarse primero, ¿qué es el hombre? Y la respuesta debería ser buscada en una interpretación personalista... [*la luz invade la plataforma donde se desarrolla la asamblea*] Por no formular sistemáticamente esta pregunta, el texto conciliar ha silenciado el problema propio del hombre moderno que atañe profunda y directamente al sicoanálisis.

CORO DE CATÓLICOS: [*pronuncian la palabra, entre murmullos, como si fuera una palabra prohibida*] El sicoanálisis. El sicoanálisis. El sicoanálisis.

OBISPO: Es preciso considerar el descubrimiento genial de Freud a la altura de los descubrimientos de Copérnico y Darwin. Lo inconsciente ha tomado su lugar en la vida del hombre moderno y es preciso tenerlo en cuenta.

CORO DE CATÓLICOS: Ha llamado genial a Freud. Ha llamado genial a Darwin. Freud es ateo. Freud es el sexo.

OBISPO: El sicoanálisis se presenta ante nosotros como una verdadera ciencia, con su objeto, su método y su propia teoría. Que todavía no esté perfectamente maduro, no debe llevarnos a juzgarlo inferior a la revolución técnica. El discurso analítico forma parte desde ahora de la cultura humana; impone una renovación de la idea del hombre y levanta problemas insospechados hasta hoy. Así pues, si la Iglesia desea establecer un diálogo sincero y leal con el hombre moderno, es preciso que abandone su desconfianza —nacida de la incredulidad casi dogmática de algunos analistas— y no ignore a tantos auténticos analistas. De ello resultará un gran bien, porque el sicoanálisis posee una virtud de purificación capaz de ayudar en gran medida a los hombres cuya fe está mezclada a desviaciones psicológicas que la pervierten y la inhiben.

CORO DE CATÓLICOS: [*que no han dejado de murmurar durante la intervención del Obispo y que ahora estallan, en tremendo griterío*] Falso. Mentira. Alerta. No sabe lo que dice. Miente. Delira. Es víctima del prior. ¡Habla para defenderlo! ¡Sólo para defenderlo! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡Peligra la fe!

CARDENAL 1: ¿Habla así porque está convencido de lo que dice o porque se lo han dicho otros?

CARDENAL 2: ¿Porque se lo ha dicho el prior del monasterio?

CARDENAL 3: ¿Le ha dictado él este discurso?

OBISPO: Si no estuviera vivamente convencido de la importancia que empieza a adquirir el sicoanálisis en nuestro mundo de hoy, no hablaría de él.

CARDENAL 1: Que empiece a adquirir, usted lo ha dicho.

OBISPO: El sicoanálisis existe. Es una realidad. La Iglesia debe abordarlo.

CARDENAL 2: También la alquimia existía en la Edad Media.

CARDENAL 3: La Iglesia no puede avalar lo que aún no pasa de ser una experiencia.

OBISPO: La Iglesia debe impulsar las experiencias, fomentarlas y comprender con alegría las aventuras que emprenden sus hijos para descubrir la verdad.

CARDENAL 1: ¿La aventura de ese prior, por ejemplo?

CARDENAL 2: Su gran amigo.

OBISPO: Sí, la aventura de ese prior, mi gran amigo.

CARDENAL 3: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

CARDENAL 2: O para usted, que no le gusta el latín: Platón es mi amigo, pero más amiga la verdad.

OBISPO: Él busca la verdad.

CARDENAL 1: La Iglesia posee la verdad.

OBISPO: No toda la verdad.

CARDENAL 3: El Espíritu Santo asiste y sopla continuamente sobre el trono de San Pedro.

OBISPO: ¡El Espíritu sopla donde se le antoja!

CARDENAL 2: Tenga cuidado, monseñor. Tenga mucho cuidado. No permita que una amistad ciega lo impulse a desvirtuar los fines del Concilio... Si su excelencia lo permite, quisiéramos expresarles nuestra opinión sobre su discurso.

CARDENAL 3: El prior se ha valido de usted para defender una causa personal que muy poco tiene que ver con las constituciones conciliares, con el *aggiornamento* de la Iglesia.

CARDENAL 1: Al prior sólo le importa su proceso.

CARDENAL 2: La maniobra es evidente. Si a través de usted, aprovechando la simpatía y el celo pastoral que Su Excelencia le ha dispensado siempre, él lograba infiltrar sus ideas sobre el sicoanálisis en la asamblea conciliar y obtener una reacción favorable, su proceso quedaba automáticamente resuelto.

CARDENAL 3: El tribunal ya no podría condenarlo.

CARDENAL 2: Se aprobaría su experiencia.

CARDENAL 1: Se impulsarían experiencias similares en el seno de otras congregaciones religiosas.

CARDENAL 3: El pensamiento de Freud entraría a formar parte del pensamiento moral de la Iglesia.

OBISPO: [*exaltándose*] Y eso es lo que ustedes no pueden tolerar. Eso es lo que tanto les repugna... Ni siquiera lo discuten o examinan a fondo, niegan a priori la validez del sicoanálisis porque temen que destruya su castillo de fantasmas. Ante todo y sobre todo el prior debe ser condenado. No hay más... Admitamos, si así les parece, que él se valió de mí, que de un modo u otro él me dictó ese discurso. ¿Invalida eso su contenido? ¿Niega la importancia del sicoanálisis?... Tomen por un momento el lugar del prior y traten, cristianamente, de comprender su lucha. Él siente que su monasterio se derrumba. Que la vida monacal se ha contaminado de perturbaciones psicológicas y que más que buscar a Dios sus hermanos huyen de él, ocultan la cabeza para no enfrentar su realidad religiosa. Aquello no es más un monasterio, es una casa de salud... El prior no se cruza de brazos, no huye, no cierra los ojos. Busca una solución y la encuentra en el sicoanálisis. La Iglesia lo mira con desconfianza ateniéndose a infundados y anacrónicos temores, y trata de detener la experiencia. Pero el prior no puede detenerse, ha sembrado un grano y frenar de golpe su crecimiento, abortar el fruto, le resultaría un crimen... Recurre entonces a



todas las estrategias legales a que tiene derecho. Solicita mi confianza y yo se la entrego libre y voluntariamente porque reconozco su derecho y porque creo en él. Y me sería muy difícil dejar de creer en un hombre que lucha por continuar su búsqueda dentro de la Iglesia, comprendiendo: siempre dentro de la Iglesia.

CARDENAL 1: Él aprendió desde pequeño que fuera de la Iglesia no hay salvación.

CARDENAL 2: Según lo que usted ha dicho, se podría pensar que es el prior quien hace un favor a la Iglesia al ofrecerle el psicoanálisis.

OBISPO: Piénselo así. No me ha entendido mal del todo.

CARDENAL 3: Pero se podría pensar también —insisto— que en realidad a usted no le interesa defender al psicoanálisis, sino defender al prior.

OBISPO: Salvando a un hombre se salvan sus ideas.

CARDENAL 1: Y se condenan, condenándolo.

CARDENAL 2: Difícilmente se salvará. Ha incurrido nuevamente en desobediencia. Se le prohibió regresar al monasterio, y ha regresado.

El CARDENAL 2 señala hacia un extremo del escenario por donde aparece el PRIOR. Viste con ornamentos de celebrante y se encamina al escritorio-altar en el que todo está dispuesto para la misa. Un grupo de monjes se congrega en torno. Las voces del CORO DE CATÓLICOS, murmurantes, se mezclan con sus primeras oraciones.

CORO DE CATÓLICOS: Regresa. Regresa. El prior regresa al monasterio. Ha desobedecido nuevamente a Roma. Ha huido de sus jueces. Sorprendió al Obispo, pero no sorprendió al Concilio. Menos a su tribunal. El proceso se retarda. El escándalo cunde. Recemos por él.

PRIOR: Gloria a ti Padre por tu Hijo, en el Espíritu Santo.

CORO DE MONJES: Ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

PRIOR: Subiré al altar de Dios.

CORO DE MONJES: Del Dios que es la alegría de mi juventud.

PRIOR: Júzgame tú, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada. Librame del hombre inicuo y engañador.

CORO DE MONJES: Pues tú eres, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado, y por qué he de andar triste mientras me aflige el enemigo?

PRIOR: Envíame tu luz y tu verdad. Ellas me han conducido a tu monte santo y a tus tabernáculos.

CORO DE MONJES: Y me acercaré al altar de Dios. Del Dios que es la alegría de mi juventud.

Mientras el prior inicia la celebración de la misa (celebración que no se interrumpe en todo el transcurso del acto y que se lleva a cabo paso a paso, ocupando el principal foco de atención), el CORO DE PERIODISTAS irrumpen en escena.

CORO DE PERIODISTAS: Ha regresado. Ha regresado. Ha regresado el prior. Queremos saber. Queremos informar. Que hable el analista. Que hable. Que diga. Que opine. Que declare.

Corren hasta el ANALISTA. Lo cercan. Casi lo apresan, mientras los fotógrafos le disparan sus cámaras.

ANALISTA: Nada tengo que opinar. Las decisiones de Roma no me atañen. Estoy al margen de sus leyes.

REPORTERO: Pero los monjes no.

OTRO REPORTERO: ¿Es verdad que es ateo?

ANALISTA: Soy psicoanalista.

REPORTERO: No es católico.

ANALISTA: Soy psicoanalista.

REPORTERO: ¿Puede un no católico entender problemas de monjes?

ANALISTA: Los problemas de los monjes son problemas humanos.

REPORTERO: Problemas de fe.

ANALISTA: Problemas humanos con expresión religiosa. Problemas de amor y de odio. [Señalando a los distintos reporteros] Como los suyos, como los suyos, como los suyos...

REPORTERO: ¿Por qué prohíbe Roma el psicoanálisis?

ANALISTA: No me interesan las prohibiciones de Roma.

REPORTERO: ¿Porque destruye la vocación?

OTRO REPORTERO: ¿Porque libera el sexo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que usted está vaciando el monasterio?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que tolera el homosexualismo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que envía a los monjes al prostíbulo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que les combate su fe?

ANALISTA: Les hago abrir los ojos. Los enfrento a ellos mismos.

REPORTERO: Les impone una visión materialista.

OTRO REPORTERO: Ha reemplazado su fe en Dios por una fe romántica en el hombre.

ANALISTA: El que no tiene fe en el hombre, no puede tener fe en ningún dios.

REPORTERO: Usted no tiene Dios.

ANALISTA: Me basta con el hombre. Con el hombre que rebasa infinitamente al hombre cuando logra sacudirse los fantasmas y liberarse de sus demonios. Yo no creo en la divinidad de Cristo, pero soy más cristiano que usted y que aquellos.

El ANALISTA señala hacia el CORO DE CATÓLICOS. Los periodistas corren hacia ellos, disparando cámaras.

CORO DE CATÓLICOS: No lo interroguen. Es un demonio. Es un ateo. Es un marxista. Acabará con ustedes como acabó con el prior. Destruyó a los monjes. Sopló sobre ellos la vieja tentación de la Biblia: seréis como dioses, seréis como dioses. Les dio a probar la fruta del árbol prohibido. La ciencia del mal. Exaltó su orgullo. Despertó sus bajos instintos. Shhhhhhhhhhhhhhhhh. Silencio. Silencio. Es tema prohibido.

CORO DE PERIODISTAS: Queremos saber.

CORO DE CATÓLICOS: Ya se sabe demasiado.

CORO DE PERIODISTAS: Nada se sabe aún sobre la decisión de Roma.

CORO DE CATÓLICOS: Jamás publicará Roma toda la verdad. La mantiene en secreto. La guarda bajo llave.

CORO DE PERIODISTAS: Todos saben que ha prohibido el psicoanálisis.

CORO DE CATÓLICOS: No es sólo el psicoanálisis. También lo que hay detrás del psicoanálisis. Y aún más. Y aún más. Shhhhhhhhhhhhhhhhh. Silencio. No publiquen nada. No escandalicen al pueblo. No interroguen al diablo.

Opuesto al CORO DE CATÓLICOS, ha entrado el CORO DE PSICOANALISTAS. Algunos reporteros y fotógrafos corren hacia él. El PRIOR continúa con su misa.

Cuarto tiempo

En la plataforma posterior del escenario, el PRIOR comparece ante los tres cardenales, sus jueces.

CARDENAL 1: Hoy, en la fiesta de San Venancio Mártir, obispo de Dalmacia que padeció en tiempo de Decio hacia el año 250 de nuestra era cristiana, la comisión cardenalicia nombrada por nuestro Santo Padre para juzgar el caso del prior del monasterio, emite su veredicto.

CARDENAL 2: Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3: Bajo pena de suspensión *a divinis ipso facto*, el prior no deberá sostener, en público ni en privado, la teoría y la práctica sicoanalítica que él mismo reconoce como un sicoanálisis propiamente dicho, en sentido estricto.

CARDENAL 1: El prior no deberá exigir, ni siquiera sugerir a los candidatos a la vida monástica, una formación sicoanalítica.

CARDENAL 2: El prior deberá utilizar el sentido propio de los términos y mostrar la mayor prudencia en el enunciado de los principios morales y teológicos.

CARDENAL 3: Por haber regresado al monasterio a pesar de la prohibición de la congregación de religiosos, el prior deberá purgar la pena simbólica de ocho días de suspensión *a divinis ipso facto*, con ejercicios espirituales, en la abadía de San Jerónimo.

CARDENAL 2: Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3: Vete hijo mío, y no peques más.

Los cardenales se retiran. El PRIOR permanece en el estrado, convertido en la abadía. Entra en oración.

PRIOR: Jesús, ya no sé qué hacer. Treinta años he vivido en lo alto de mi sicomoro, de mi montaña, de mi monasterio, porque creía que vivía en tu casa. Y entonces toda esta multitud sólo tenía elogios para mí. Pero ahora, cuando creo escuchar tu voz que me invita a descender, cuando quiero ir a vivir a mi casa, porque me dices que quieres quedarte conmigo, me rodea un inmenso murmullo de reprobación y no sé qué hacer. Dime dónde quieres que viva, Jesús: ¿en tu casa o en mi casa?... Y tú al fin me respondes ahora: Zaqueo, ya te lo dije, hoy debo quedarme contigo. Te lo repito, Zaqueo: en tu casa... Sí. Empiezo a comprender. Comprendo ya. Tú no tienes casa aquí, sobre la tierra. Sólo tienes las casas de los hombres. Poco te interesa cómo es mi casa: que sea la de abajo o la de arriba, en medio de la muchedumbre o lejos de la multitud, allá donde se canta o donde se calla, allá donde hay niños o ahí donde sólo hay un padre. Poco te importa todo eso. Sólo una cosa te importa, Jesús, que sea mi casa: la casa donde yo pueda crecer, la casa donde pueda florecer, la casa donde pueda ser más yo mismo, la casa donde pueda vivir. A mí me toca ver si para eso tengo necesidad de vivir abajo o arriba, en medio de la multitud o lejos de ella, allá donde se canta o donde se calla, allá donde hay niños o ahí donde sólo hay un padre. Debo escoger bien mi casa, porque también será la tuya. Porque tú eres el hijo del hombre y tienes tu casa en todas las casas de los hijos del hombre... Pero si canto en todos los tonos, en los ocho tonos gregorianos, de la mañana a la noche, desde

vigilias hasta completas: ¡ésta es la casa del Señor!, ¡ésta es la casa del Señor!, y yo no estoy ahí, si mi espíritu se halla en otra parte, si pasea por la casa de mi prójimo envidiando su lecho y su mujer, su pan y su vino, su trabajo y su descanso, entonces me equivoco, no estoy en la casa del Señor, estoy en una cueva de ladrones. Si en la casa en que habito me atrevo a escribir: casa de Dios, monasterio, y me imagino que automáticamente entras en mi casa y te quedas conmigo, Jesús, me equivoco: los demonios también escribieron sobre su casa: casa de Dios, y tú nunca te engañas... Sí, bajaré pronto del sicomoro porque hoy vas a quedarte conmigo. Bajaré de las nubes a donde me lleva la imaginación, bajaré del cielo en donde pretendo volar sin alas de pájaro, bajaré de la nada donde me refugio para no tener que vivir mi vida. Bajo ya, Jesús... Tú no eres un loco, tú no vuelas como los pájaros ni anidas en los sicomoros; tú eres todo y ese todo no deja lugar donde puedas refugiarte para no vivir tu vida. Tienes los dos pies sobre la tierra, Jesús. Y yo pondré mis huellas en tus huellas y me dejaré conducir a tu casa. Ya la conozco, es la mía, es mi propia casa.

El PRIOR desciende de la plataforma y regresa a la parte baja del escenario donde se han vuelto a distribuir, como en el primer acto, las áreas y las celdas del monasterio. Nadie las ocupa cuando el PRIOR realiza por ellas su recorrido. Ahí lo encuentra el ANALISTA, con quien el PRIOR dialoga sin interrumpir su recorrido.

ANALISTA: Nuestro show ha terminado, padre. Llegó el momento de levantar la carpa y salir de aquí... Ellos terminaron vendiendo. Lo llegué a presentir pero aún tenía esperanza de que ocurriera algo inesperado, un hecho providencial de esos en los que usted cree. Pero no, lógico, nada ocurrió. Han cortado de tajo nuestra hermosa experiencia... ¡Éste es el fracaso total! PRIOR: [quien hasta ahora proseguía el recorrido, sin prestarle atención] Desde muy joven yo solía decir que en los hombres, en las almas, el fracaso es como el invierno sobre los campos, prepara siempre una nueva primavera.

ANALISTA: No veo qué primavera pueda suceder a esa sentencia. ¿La primavera es la suspensión *a divinis ipso facto*?

PRIOR: ¡Latinajos!... Nadie puede renunciar a sus principios ni a sus convicciones porque traicionaría a la verdad... Y es mi verdad la que me obliga a seguir adelante.

ANALISTA: Entonces: ¿suspensión automática de todos sus derechos como clérigo! Excomunión quizá... No, no creo que eso pudiera soportarlo usted. Aún sigue prendido al cordón umbilical de su madre Iglesia. Para romperlo...

PRIOR: [interrumpiendo] ¡No se trata de romper! ¡La herejía no cabe en un hombre como yo!... Se trata de superar ciertas fórmulas accidentales de nuestro tiempo, y encontrar nuevas fórmulas que nos permitan actuar conforme al Espíritu... Obedecer la médula del mandato, no su cáscara. Ser fieles al llamado ecuménico del Papa bueno.

ANALISTA: Quien no está conmigo está contra mí, dijo Cristo.

PRIOR: Para seguir con él, con él y con su Iglesia, debo sostenerme firme en mis principios... Ahora todo está claro para



mí, completamente claro. No se llega a la solución de una nueva fórmula aplicando sistemas antiguos... Se nos ha dicho: cristianos: dialoguen con todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los credos. Ahora yo digo: hermanos, amigos, monjes, no dialoguemos simplemente con palabras: vivamos en diálogo con todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los credos... [Se vuelve para mirar las celdas. Actúa en ellas conforme a lo que dice] Ésa será la vida de mi casa... ¡Fuera hábitos!, ¡fuera imágenes!, ¡fuera cánticos!, ¡fuera costumbres!... Mi casa no tendrá título alguno... Cristo vendrá a hospedarse en ella y Cristo no necesita de cristos... Abramos las puertas a los hijos de todos los hombres porque el hijo de todos los hombres ha llamado a nuestra casa... [Corre por todo el escenario buscando a los Monjes] ¡Hermanos!... ¡hermanos!, ¡hermanos!, he regresado ya... Les traigo una buena noticia. ¡Cristo resucitado viene para hospedarse aquí!... ¡Hermanos!

ANALISTA: Tal vez se han ido todos. Probablemente adivinaron o conocían ya sus intenciones y les faltó valor para dar con usted un salto tan grande.

PRIOR: No es posible... [Gritando] ¡Hermanos!, ¡hermanos!, ¡hijos!

ANALISTA: Eso sí que lo echaría todo a perder, ¿no es verdad? Sin ellos, usted y yo, haríamos un papel estúpido. Usted, sobre todo. Yo me regreso a mi mundo y tarde o temprano terminaré olvidando la aventura... Lo que pierdo es, después de todo, menos de lo que pierde usted.

El PRIOR sigue buscando en las celdas. Recorre todo el escenario.

ANALISTA: Son ellos los que le dan la fuerza.

PRIOR: ¡Ellos la reciben de mí!... ¡No necesito de nadie! Yo solo construí esta casa y yo solo puedo volver a levantarla desde sus cimientos.

Al fin, al fondo del escenario, se perfila en la penumbra el CORO DE MONJES. Permanece atrás.

PRIOR: ¡Ahí están!... Hermanos...

El PRIOR avanza hacia ellos, pero muy pronto se detiene en seco, a medio camino.

ANALISTA: ¿Por qué vacila? ¿Teme ahora que no estén de acuerdo con una decisión que usted tomó sin consultarla con ellos?

PRIOR: [al ANALISTA] A nadie le exigiré nada... [Avanza al fin, con decisión] Hermanos. Hermanos, hijos míos... [Los mira a todos largamente] A nadie le exigiré que me siga. A nadie le exigiré que renuncie a sus votos... Son libres para actuar como mejor les dicte su conciencia. Yo les he dado la libertad. ANALISTA: [aproximándose al PRIOR] Recuerde que aún le llaman padre.

PRIOR: Muchos otros también me llamaban padre, y se fueron.

ANALISTA: Probablemente a éstos les ha faltado valor.

PRIOR: Para seguirme es para lo que se necesita valor.

ANALISTA: No cuando la voluntad se ha puesto en manos ajenas. En las de usted o en las mías, es lo mismo.

PRIOR: ¡Miente, son libres! ¡El análisis los ha hecho libres!

ANALISTA: Olvide el orgullo y acepte su propia responsabilidad. Acepte la obligación de decidir por ellos. Es lo que ellos están aguardando de usted.

PRIOR: De nada habrían servido entonces estos años.

ANALISTA: Porque han servido es por lo que usted debe tomar la decisión. No se aflija. En realidad ya lo hizo.

PRIOR: [trata de hablar, le faltan las palabras] Hermanos... hermanos, les traigo una buena noticia...

ANALISTA: Están con usted. Van a seguirlo.

Los monjes avanzan hacia el PRIOR. Visten sin el hábito, a excepción de tres que permanecen inmóviles y salen luego del escenario.

PRIOR: No todos.

ANALISTA: Es mejor así. De ese modo puede aceptar con mayor humildad la soberbia.

Conmovido ante los monjes, el PRIOR abre sus brazos y hace ademanes de estrecharlos. En voz baja habla con ellos, alegre, mientras el ANALISTA desaparece. Se congregan en torno al escritorio-altar y allí continúan conversando animadamente durante toda la siguiente escena. Permanecen ajenos al CORO DE PERIODISTAS y al CORO DE CATÓLICOS.

CORO DE PERIODISTAS: El monasterio rompe con el Vaticano. El Prior funda una nueva orden. Los monjes renuncian a sus hábitos. Escándalo. Escándalo. El Prior se convierte en un laico. Desobedece para seguir obedeciendo. Cambia la Iglesia por el psicoanálisis. Noticia. Noticia. Escándalo. Escándalo.

CORO DE CATÓLICOS: El Prior no es Galileo. El Prior no es un iluminado. El Prior es un rebelde. El Prior es un hereje. El Prior es un apóstata, blasfemo, ¡miserable! ¡Que se diga toda la verdad!

REPORTERO DEL CORO: ¡Yo la sé! ¡Yo la sé!

CORO DE CATÓLICOS: Que hable el periodismo.

REPORTERO DEL CORO: El monasterio es un centro de depravación. Una cueva de enfermos sexuales.

CORO DE CATÓLICOS: Enfermos, herejes, traidores.

REPORTERO DEL CORO: El Prior los iniciaba en prácticas aberrantes y expulsaba a los indóciles.

CORO DE CATÓLICOS: Blasfemos, invertidos, apóstatas.

REPORTERO: Los obliga a lecturas pornográficas. Los embriaga. Los droga, los estafa.

CORO DE CATÓLICOS: Renegados, drogadictos, miserables.

REPORTERO: Todo está corrompido en la colina. No merecen sus lágrimas ni sus rezos. La Iglesia no ha perdido un apóstol, católicos; la Iglesia se ha librado de un loco.

CORO DE CATÓLICOS: Excomunión. Excomunión. Excomunión. Excomunión.

El grito del CORO DE CATÓLICOS, al que se une el CORO DE PERIODISTAS, resuena largamente como una artillería. Callan de golpe cuando entra a escena el OBISPO. Católicos y periodistas se miran entre sí, cuchichean con referencia al obispo a quien señalan, pero ante quien retroceden atemorizados. Salen finalmente, mientras el OBISPO avanza hacia el escritorio-altar. También los monjes salen.

OBISPO: Pudo haber evitado este escándalo, padre.

PRIOR: Yo no traje el escándalo.

OBISPO: Llamó a los buitres para que se arrojaran contra usted. Han llenado de lodo su casa.

PRIOR: Sólo di testimonio público de mi fe y de mi búsqueda.

OBISPO: Se vanaglorió de su rebeldía.

PRIOR: No me he rebelado contra Cristo, sigo con él por el nuevo camino al que me lanzó Roma. Algún día estaré sumamente agradecido con mis jueces y con mi tiempo por haberme

cerrado una puerta... Sólo en esa forma descubrí que junto a una puerta que se cierra, siempre hay otra que se puede abrir, sin necesidad de hacer explotar la casa.

OBISPO: Pensé que al menos lo consultaría conmigo, como antes, como cuando luchamos juntos en el Concilio... ¿Acaso tenía miedo de que le recomendara obediencia, sumisión?

PRIOR: ¿Eso me habría exigido?

OBISPO: Exigir, no. Sugerir, tal vez. Dialogar es la palabra... Yo no tengo derecho a juzgarlo.

PRIOR: Me juzga ya en su corazón, y me condena.

OBISPO: Comprenda, padre, ya no soy un hombre joven ni puedo cambiar fácilmente mis hábitos, mi estilo y mi manera toda de ser. Faltaría a mi conciencia si tratara de romper los esquemas mentales que me inculcaron desde pequeño y que me impiden abrirme por entero a conceptos tan nuevos como los que usted sostiene ahora... Emprendo un nuevo camino, dice, un nuevo camino que está dentro y fuera de la Iglesia al mismo tiempo, paradójicamente... No sé. No lo entiendo... No puedo fácilmente comprenderlo un cura como yo. Pero eso no significa que niegue valor a sus teorías, que las deseche sólo porque me son ajenas, desconocidas, extrañas... Trato de ser justo. Trato de respetar su libertad y de buscar en sus intenciones al Espíritu que nos habla. Porque el Espíritu sopla donde lo tiene a bien. Y yo quisiera pensar que ha soplado sobre esta colina.

PRIOR: Me basta con que piense y se convenza de que actúo con absoluta sinceridad... Y dé por cierto que ninguna charla previa entre nosotros habría hecho variar mi decisión. No, no me olvidé en ningún momento de mi amigo el obispo. Es únicamente que esta aventura debo emprenderla solo, con mis hermanos.

OBISPO: Y con el Analista.

PRIOR: El Analista significa la soledad.

OBISPO: Podría significar el error.

PRIOR: También el triunfo.

OBISPO: Temo por usted, padre; oigo chillar a esos buitres y me aterro. Temo que la incomprensión de nuestros hermanos hacia esta experiencia nacida de buena fe, fruto de una búsqueda legítima, engendre en ustedes una confianza desmedida en algo que podría convertirse en un sustituto de la religión... Si así llegara ocurrir el mismo psicoanálisis, dentro de cualquier esfera religiosa, resultaría perjudicado. Lo está resultando ya, tal vez.

PRIOR: No lo creo. No comparto su opinión. Pienso todo lo contrario. Este encuentro entre la fe y el psicoanálisis fortalecerá a ambos, despejará muchas incógnitas, vencerá a los demonios que todos llevamos dentro y que nos impiden heredar el reino.

OBISPO: No olvide las palabras de Cristo, padre. El pasaje de Lucas... Cuando un espíritu impuro sale de un hombre recorre los lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo se dice: Volveré a la casa de donde salí. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, y vienen a ser

las postrimerías de aquel hombre, peores que sus principios... No quisiera que ese espíritu impuro que el psicoanálisis ha arrojado de usted, regresara con otros siete.

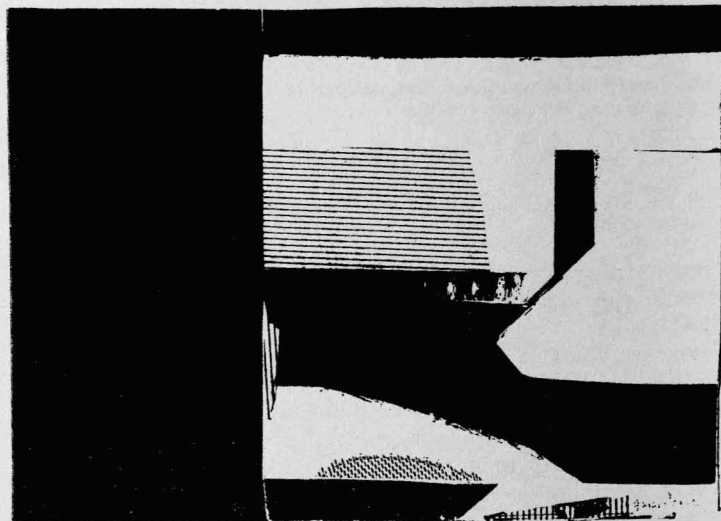
PRIOR: ¡Los arrojaríamos también! ¡Volveríamos a luchar y a comenzar desde el principio! Siempre.

OBISPO: Tenga cuidado.

PRIOR: Tengo coraje y fe. No necesito más para el camino.

El CORO DE MONJES reaparece, al fondo del escenario. El OBISPO sale lentamente. PRIOR y monjes quedan solos en el foro, mirándolo irse.

Oscuro final.





Atravieso el patio esquivando niñas en medio de rugidos bárbaramente ensordecedores, ululaciones y gritos de placer y dolor que estallan al comienzo del recreo, entre miradas escrutadoras, resolviendo problemas como el cambio de un peso si compran dos dulces, tratando de contestar preguntas como cuántos años tenías cuando eras chico, Dios come, qué come y a qué hora come, o haciendo a un lado pecosas que me detienen en la cancha de volibol o inclinándome para oír a una morenita que, ¿me regalas los timbres?, jala y jala mi saco y casi me arrebató la correspondencia... Ya saben, hay que esperar al cartero en la puerta, pues llega a eso de las diez y las niñas hacen desaparecer las cartas si no está uno allí para impedirlo. Y como no sé la respuesta teológica ni las otras, saco una de las cartas de Jobías y le regalo el sobre a la filatélica. A mí, a mí, gritan otras niñas y a mí y ya se imaginan, cosas que se dicen antes de arrancar todos los timbres de la correspondencia. Luego tengo que defender a una escuincla perseguida por unas que la orillaban a acercarse a las palmeras para asustarla allí, pues otras se habían encaramado, en fin, y comienzo a enterarme: en Copacabana no se encuentra papel de baño y asombra la proliferación de bidets; todos dicen media en lugar de seis, que es media docena, y no se entiende nada cuando al dar un teléfono dictan treinta y siete cuarenta y dos treinta y media, o cuando alguna adolescente responde diez y media a la pregunta sobre su edad. Y Teodoro Tevomito, Tereso y Terrancio, Teodoro y Tepepam, Tecatito, gritan catorce niñas desesperadas, las de cuarto están soltando el agua de la alberca, y bueno, después de arreglar eso, fingir persecuciones y pasear vigilante, comprobando que las niñas se inclinan cuando les empiezan a crecer los senos, como protegiéndolos, enconchándose, leo que en Copacabana también hay lotería, que ha llovido poco y es una friega porque racionan la luz y donde vive Joby hay elevador y 99% del sector urbano consta de edificios con más de diez pisos.

Tres por seis dieciocho dice una niña al atrapar a otra que escapaba entre mis piernas, haciéndome perder el equilibrio, y ah de fracaso y luego una nueva carrera, ahora las dos detenidas por un instante para no transgredir las barreras de reglamento, junto al edificio de secundaria, volviéndose para seguir persiguiendo a otras niñas, mientras en Brasil los enchufes son redondos y las batucadas resuenan en las calles y la comida se dispone de manera diferente, siempre al centro de las mesas, un plato de frijoles negros y uno de arroz, carne, papas a la francesa, ensalada, guaraná, en fin, todo dispuesto para que cada quien elija y se sirva en su plato la cantidad que quiera, de lo que quiera y cuantas veces quiera.

Son cuatro cartas de Jorobas que han llegado de golpe y medio las leo hasta que suena el timbre clausurando el recreo

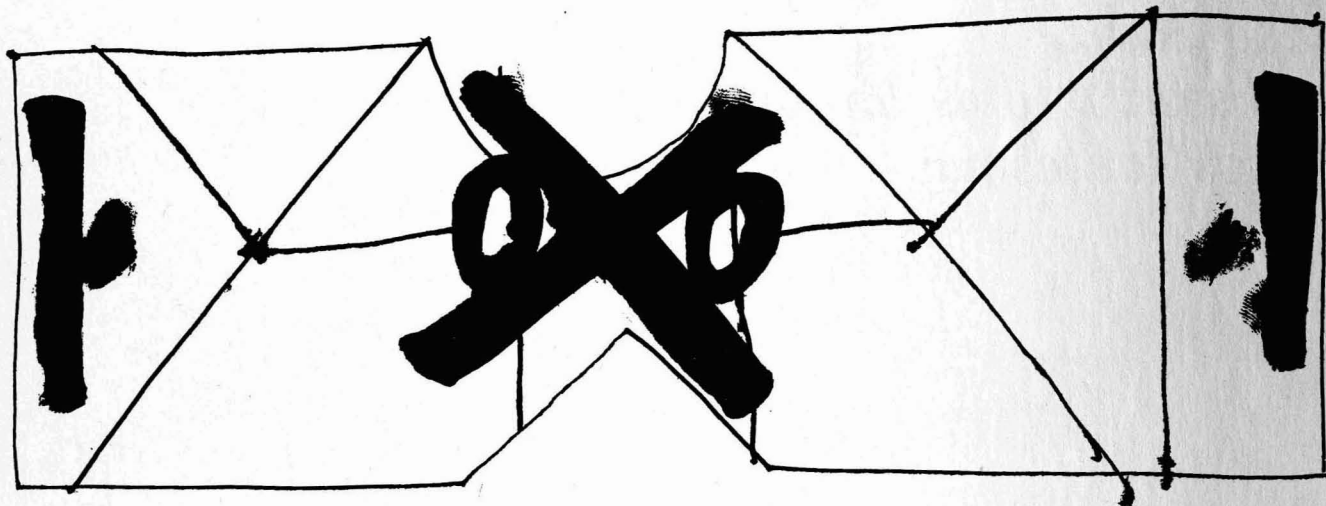
y tengo que ir a desprender niñas de la cooperativa, niñas que se aferran desesperadamente a las moneditas con las que no pudieron comprar nada, golosas o hambrientas o caprichosas, y yo saco una cajita con chicles y les doy a todas, una me introduce un peso en el pantalón y no la veo a tiempo y digo no, estos dulces los regalo, no los vendo, y pregunto quién dio este peso y muchas dicen yo, yo, y las tengo que empujar a las filas pues las monjas ya se pasean como villanas del ring, severas y gigantescas entre las filas todavía inquietas por unos segundos hasta que aparece la Directora y se hace el silencio.

Otra particularidad, cuenta Jorobas, está en el idioma. —En vez de contestar simplemente con un sí, se contesta con el verbo en presente y en primera persona. —¿Me puede decir su hora? —Puedo. —¿Me pasas el salero? —Paso. —¿No llamas al mesero por favor? —Llamo. —Y así hasta el cansancio. —Y como aquí hay frecuentemente racionamientos de luz se economiza. —En los pasillos de los edificios está conectada a botones en forma de timbres. —Los oprimes y se prende la luz del pasillo, pero después de un minuto se apaga sola. —Esto asegura que nadie la deje encendida innecesariamente. —Los carros transitan por la ciudad con las luces de cuartos; sólo en las esquinas o para rebasar usan la luz completa; las altas son para carretera. —Hay una tienda que se llama Casa da Borracha pero no es un bar lleno de señoras, sino una tienda de artículos de hule; otra, se llama Bolsas Malas y vende bolsas de cuero y maletas, no bolsas defectuosas, lo que no es sino un prólogo para que se entiendan mis confusiones lingüísticas: “español no es portugués”. —En una farmacia pedí alka-seltzers y la dependiente me dio uno suelto. —Yo pregunté ¿no tiene paquete? y ella sudó frío y no supo qué contestar. —El Ruso iba conmigo, me disculpó y aclaró, se llama pacote, y luego, en un aparte, paquete, aquí en Brasil, quiere decir menstruación.

Aquí en Brasil no hay divorcio. —Si te casas aquí y te divorcias en otro país, al volver aquí continúas casado y te pueden acusar de bigamia. —La palabra voce, que Dona siempre traducía por usted, equivale más bien a tú, o al vos de los argentinos. —Para las personas desconocidas o de respeto se usan las fórmulas El Señor, La Señora, v. gr. ¿el Señor quiere desayunar?, y ya me aburrí de hacer diez mil veces el mismo chiste. —Un brasileño: ¿El Señor está contento? Yo: No sé, no soy católico. —Un brasileño: ¿Qué dice el Señor? Yo: No sé, hace mucho que no voy a la iglesia.

Pero las filas desaparecen poco a poco del patio y tengo que subir a pasar a los invitados. No fumen, eviten hablar demasiado alto y firmen al entrar; identificaciones en la mano, please.

Todos se sientan en la angosta habitación pintada de negro, alfombrada y encortinada de negro, iluminada apenas con una



pequeña luz verde. Entré por la escuela, dice un estúpido, y tuve que hacerme pasar por padre de una de las chicas: me siguió el juego por diez miserables pesos. Putillas desde chiquillas, dice otro. Y pido silencio. ¿A qué hora empieza esto? No respondo. Todos los que han venido más de una vez guardan silencio. Después de La Cripta, así le dicen unos, o El Aleph, nos van a separar nuestras ocupaciones, para qué comprometernos en una complicidad que forzosamente tiene que ser sórdida. Es una idea de F12, pues aquí todos prescinden del nombre. Un nuevo código del amor, dice Fernández Moreno, D2 significa dance with me, J19 quiere decir why. Y el cara de foco: entra tambaleándose y apenas puede firmar por los temblores. Avanza cubriéndose la cara con un pañuelo que también pretende aislarlo de su hedor a orines. Y yo en un rincón con muchas cartas en la mano, pantalón de pana, megacinturón y camisa de mezclilla: el arquetipo del portero de escuela. Junto a M5, un abogado que se masturba con las manos en los bolsillos, y frente a K24, el más viejo de todos: lo sorprende quitándose cerilla de las orejas con un lapicero. A veces viene a hablar con las monjas. El maestro, dice, olvida a menudo que el lenguaje es ese fuego interior dado al hombre para penetrar en la realidad del mundo. Pobre tipo. Hace pedazos en tres minutos a Fidelino de Figueiredo pero trabajo en una burocracia. Ahora se mueve un karatista, va a estornudar y afortunadamente ve mi mano que dice afuera. Ajajá, conque policía y en La Cripta. Empieza a oler a sudor, hay poca ventilación. Recuerden, digo, NADA de ruidos. Si necesitan algo basta con que se levanten, yo los guiaré hasta la salida para que puedan hablar allí y decir lo que quieran. En el piso de abajo hay minigitorios.

Apago la luz y corro la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta cortinas, con toda sangre fría. Antes no podía dominarme, temblaba como esos pájaros carpinteros de pasta que descienden vibrando de un alambre enroscado.

Es significativo que no pueda describir lo visto, pero explicable, pues los espectadores salen siempre callados o hablando de cosas como los postulados de Rousseau y Cousinet. El objeto de los niños no es instruirse, sino aprender a trabajar (F12). No, esos problemas se los dejo a mi agente en Nueva York (M5). Se debería abolir el libro común de lectura (el cara de foco). Equis va a ser un gran jugador aunque algunos se sorprendan, corre muy bien la cancha, juega los noventa minutos y apoya con facilidad desde lejos (el karatista). La música de Glück está llena de ruido y extravagancia (K24). O los nuevos. ¿Qué días se puede venir? ¿Puedo traer un amigo? Somos íntimos, nos vemos siempre en el Veranda.

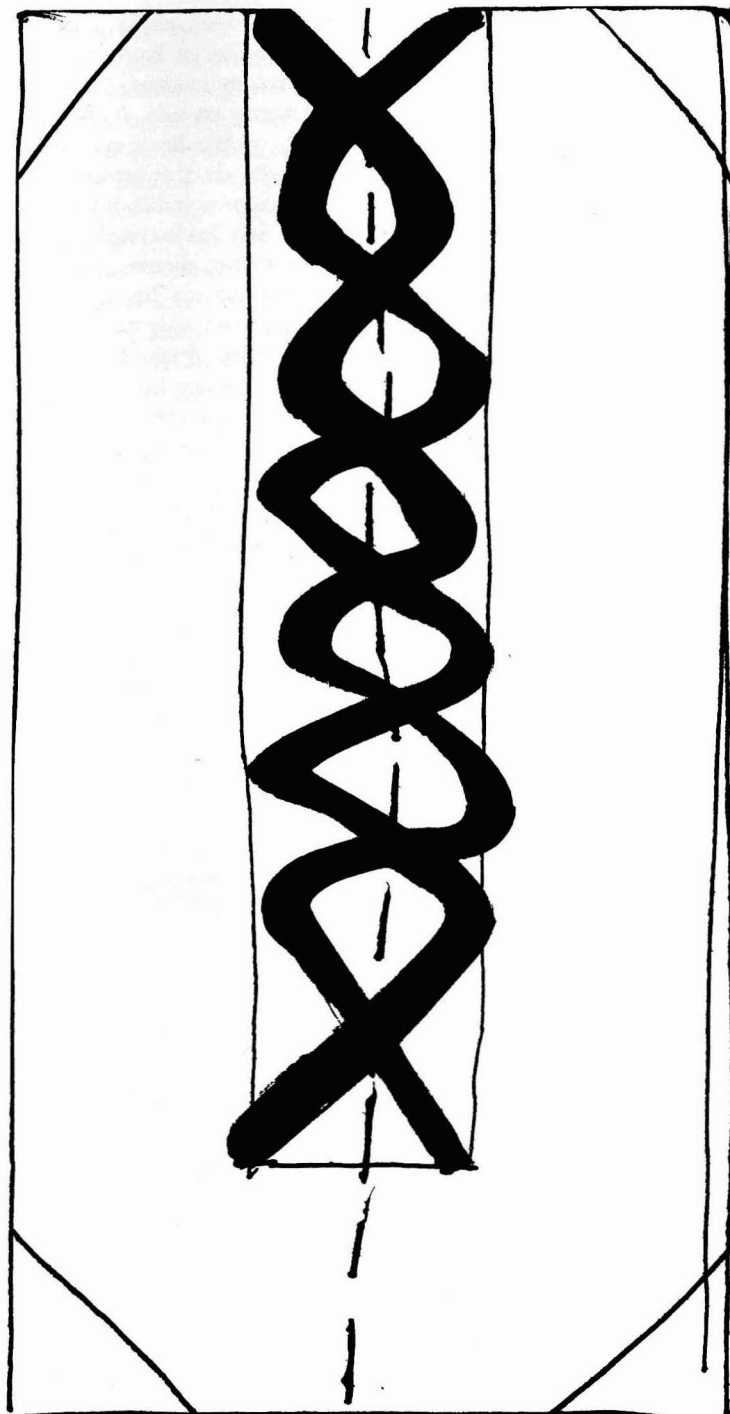
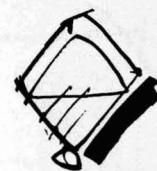
Generalmente los fotografiamos así, amables, solícitos, al pie

de la escalera o en el cuarto negro, dispersos inhábiles, ni anes-
tesiados ni eufóricos, siempre con la ropa un poco fuera de lugar, como salidos de esas muchedumbres alimentadas por el furor y el delirio, la ira o el espanto, o como adormecidos por una droga o una inaceptable agonía, sorprendidos después, desarmados, tímidos, cuando la ictérica mano de Papá la Oca les muestra la foto, los amenaza con un ¿quieren ver la película?, o los aterriza aún más con un periódico falso donde están los nombres de todos y fotos de la casa, el cuaderno y firmas y niñas de la escuela, un periódico que puede salir alguna vez, claro... Son demasiado estúpidos, demasiado enfermos, demasiado morbosos, demasiado imprevisores, demasiado cobardes, demasiado capaces de contentarse con un espectáculo que no los colma, demasiado como nosotros mismos.

Miércoles 26 o algo así.

Son las 12:30 A.M., es decir DE LA NOCHE. —Hoy fue un día poco movido. —En la mañana fui a la playa pero no conocí a nadie. —Después almorcé con la mamá del Ruso (a las 3 P.M.) y me vine a la casa a Ver Ventanas con los binoculares. —No vi nada interesante. —Me dormí un rato con los lentes puestos. —Desperté, leí ensayitos de Thion, Barthes, Lévi-Strauss y Godelier, escribí durante dos horas y salí. —Hablé a casa del Ruso. —Había salido. —Eran las 9 P. M. —Fui a buscarlo a casa de Aloysio y no estaba, pero llegó después. —Salimos pronto, mientras Aloysio y Roxana veían 77 Sunset Strip. —El Ruso tenía una cita pronto y nos despedimos. —Yo me metí al primer cine que encontré y caí en El Increíble Hombre de Vietnam, con Dany Saval. —Me senté junto a una mulata muy linda, como de 17 o 19 años, en pantalones. —Junto a ella, del otro lado

estaba un viejo como de 50 o 60 años (sin exagerar), agarrándole las piernas y manos. —Supuse que sería su amante. —Empecé a rozarle el Brazo Desnudo con mi brozo desnudo. —Me vio y rió conmigo. —Le puse el codo en el Costado, cerca de los Senos y ella, de vez en vez, volteaba, me veía y reía. —Entonces saqué de la bolsa un papel con mi nombre y teléfono escrito y se lo puse debajo del Codo para que lo agarrara, pero con el Brazo Izquierdo ella no podía hacer un movimiento taaaan indiscreto, y la Mano Derecha la tenía atrapada el viejito. —Entonces doblé un poco más el papel y se lo puse en el dobladillo de la manga de la blusa. —Ella lo sintió, se volvió para verme y sonrió. —Terminó la película. —Prendieron las luces. —La vi bien y me vió bien. —El viejo se levantó y vió el brazo de Ella, el papelito que emergía notoriamente, y buscó algo alrededor suyo. —Tuve que escabullirme y salí del cine con bastante miedo, junto a un grupo de muchachos a quienes traté de interesar en la hora exacta para que



parecieran mis amigos. —Bueno, basta mañana... —Si me mata ese anciano ya saben que los quiero mucho a todos, a ti y a Donají principalmente y a mi mamá también. —Tobías.

El patio está lleno de envolturas de gelatinas y lo tengo que barrer, pero no ahora, sería un desperdicio: faltan la salida y la entrada a clases, por la tarde, y el recreo por la tarde y la última salida. Helen, Cristina, Yuri y Angélica, todas de primaria, se quedan hasta que anochece, juegan con Trusa. Los padres no tienen para pagar servicio de camión, viven lejos y pasan por ellas al salir de sus trabajos. Cristina es bonita y muy limpia; sus estrechos zapatos relucen. Prefiere estar sentada y contar cosas. Miente siempre. Helen es hija de un matrimonio desavenido; en las clases le llaman la atención por no estar al corriente con la colegiatura; más parece una enana que una niña. Yuri y Angélica son convencionales, obedientes a todo lo que el buen papá televisión les dice. Juegan a pellizquitos o a palmadas y, si no estoy por ahí, se atravien hasta a pintar cosas en el suelo con pedazos de yeso que desprenden de la pared: aviones deformes, carreteras, casilleros con nombres de países de insólita ortografía. A través de la barda de hiedra y las puertas de lámina se escuchan el ronronear de los motores de autos que pasan, el chirrido de los frenos cuando los sorprenden los topes, el cambio a primera o segunda velocidad, a veces, cuando salen de la última fila de topes y reanudan su mecánico deslizamiento.

A las doce es la clase de ballet y subo a ver a Trusa. Ella y Chofelia no se bañan con las demás. Desde la mañana visten de mallas, quizás para no perder tiempo poniéndoselas en clase, y es por eso que *los espectadores* nunca las han visto. Hacen ejercicios y no hay niñas más graciosas que ellas pronunciando coupe, o battement glisse, o cound de pied, o dessous. Los cuerpecitos en mallas rosas, gráciles como cuellos de flamencos. Y vaya si he visto flamencos. Durante un año comí todos los días con el gordo en un restorán que ya se quemó, sentados frente a dos pajarracos apuestos y bellos. Como Agasiz a uno de sus alumnos, según Ezra Pound, el Cosmosarro me pidió que los describiera. Son unos flamencos. Ya lo sé, pero tú eres escritor, descríbelos. Y no los he descrito pero los vi durante comidas y comidas y sé que son horrendos, lo que no pasa con Trusa, bella hasta en el trono, de vez en cuando un movimiento animal, glissade, sissone, assemblé, la cabecita de porcelana, grande y oval, la mandíbula maciza, casi varonil, el cabello cayendo en punta como serpentinas, como en esas medusas dibujadas por Julio Ruelas, una expresión de indolencia, semidormida, la boca siempre húmeda murmurando palabras inaudibles, moviéndose apenas. Es indeciblemente llamativa, no tiene necesidad de alzar un dedo para atraer o ser deseada.



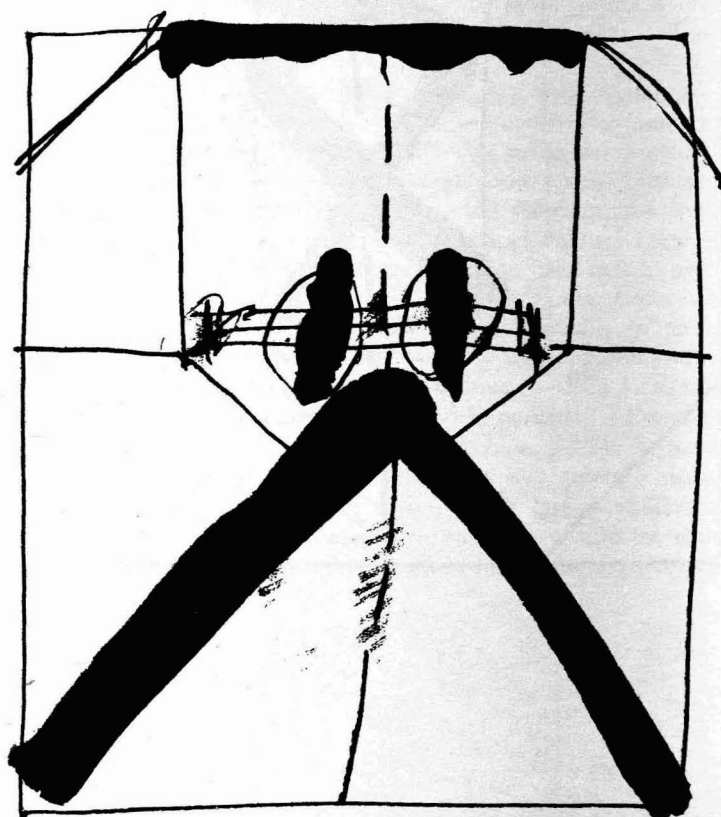
Y sin embargo se agarra con firmeza de la barra y eleva muy despacio los brazos, las piernas, se inclina, flexiona unos y otras, se suelta y gira sobre sí misma, siempre uno o dos movimientos atrás de sus compañeras. Y al final de la clase, cuando todas las adolescentes de secundaria y bachillerato se reúnen a platicar de novios y música ruidosa, ella se despide de Chofelia y corre a casa, no a jugar, ni siquiera a ver televisión o a comer algo. Se cambia el uniforme por un vestidito de marinerito y vuelve al patio, a pasear por los pasillos solitarios alejada de todo eso, con su immaculado traje de piqué blanco y los senitos saltarines abultando la tela bajo la pechera azul marino.

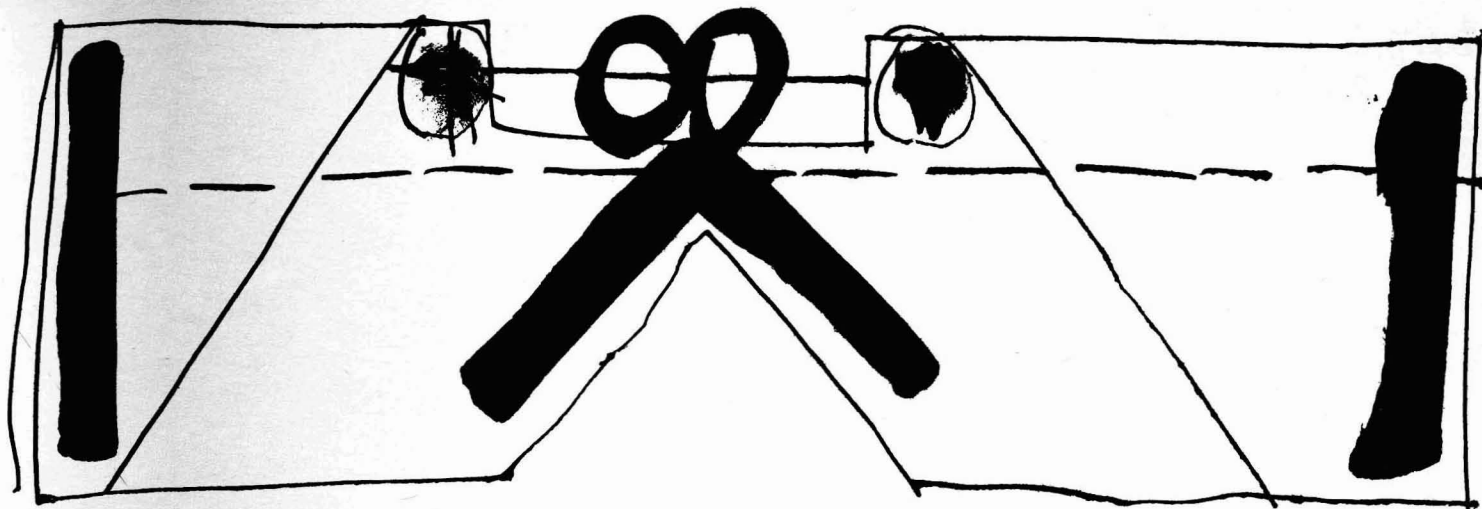
La alcanzo allí, a espaldas de los salones de prepa. Aún hay luz de día y las palmeras añoran el antiguo paisaje del barrio, las dunas de sus antepasados, un poco mechudas, un poco viejas y oxidadas a la luz del último sol. En el patio, Yuri le grita a Helen tú no sabes nada de Dios. Ni tú tampoco, dice aquella. Cómo no, yo voy a la iglesia, dice Yuri y se desmorona y queda tendida en el patio. Angélica corre aullando como ambulancia... Llegaron cartas de Brasil. ¿Y qué? dice Trusa sin dejar de mirar maternalmente a las niñas. ¿Quieres leerlas? pregunto y saco la papeliza del bolsillo. No, pero si quieres léemelas tú. ¿Y Yin? Salió desde en la mañana. ¿No sabes dónde fue? No, creo que tiene novio, en las noches sale y llega como a las cuatro o cinco, antes de que amanezca.

Me encaramo en el barandal deteniéndome firmemente de los barrotes metálicos con las piernas trenzadas. Las niñas, abajo, caminan. Se abrazan y cantan qué te ha dado esa mujer que te tiene tan engréido. | Parecen amigas de toda una vida y no hace ni un mes que se conocen. Pero ya está grande, ¿no crees? ¿Quién? dice Trusa. Tu hermana, ya está grande, opino, para pudosidades. ¿Qué es eso? Para falsos pudores. Y qué es pudor. No me digas que no sabes. Bueno, sí, lo entiendo, pero dime qué es, cómo se lo describirías a Leticia, por ejemplo, o a Jobías. Bueno, sé describirlo: no me atrevería a andar desnudo por las calles. Eso no es una descripción, descripción es... Sí, ya sé lo que es, y te escribiré un ensayo de cuatro páginas si respondes varias preguntas del modo más ingenioso posible. ¿Qué preguntas? Come Dios, qué come y a qué horas come. ¿Yo qué sé! Caquitas de pajarito, pienso, pero digo, no se trata de saber, sino de responder. ¿Y si no puedo? Me das un beso. ¿Y si puedo? Te lo doy. ¿Y tu nieve de qué la quieres? Bueno, yo a cambié te voy a describir el pudor. Mejor léeme una de las cartas y yo dejo de interesarme en descripciones. Y se acerca y apoya en el barandal recargándose en mi antebrazo.

Ayer, día seis, aparte de ir a la playa, en la mañana no hice nada importante. —Me prestaron una guitarra y hasta

después del Carnaval voy a devolverla. —Hoy en la mañana fui a la playa otra vez, pero no solo, sino con el Ruso, su hermana, su cuñado y los niños. —La playa es enorme, como ya te había dicho, y hay millones de personas en ella. —No hay sillas como en Acapulco, así que cada quien lleva su petate, es decir, su estera, su sombrilla y su radio de transistores y se acomoda en algún lugar. —Cerca de nosotros había un grupo de cuates con cinco niñas preciosas, una de ellas increíble, como de 17 años, ojos azules, tez blanca, pelo negro, dientes preciosos y todo. —Le estuve echando ojitos pero no me hacía caso y seguía platicando con sus amigos. —De vez en cuando se metía al mar, siempre acompañada. —Una hora después se puso su bata y se fue con una amiga. —Entonces los cuates se fueron también, pero diez minutos después ella regresó a tomar Sol. —Como quería quemarse bien, se quitó los tirantes y estuvo acostada así. —Cuando se incorporó el traje se le cayó tantito y pude ver parte de sus senos blanquísimos. —Después se acomodó los tirantes y fue a remojarse. —Yo me levanté y la seguí. —Empecé a hacerle plática. —Era portuguesa, pero desde chica vino al Brasil. —La observé: me pareció más bonita que Sandra, aunque de otro tipo. —Le pregunté su teléfono y me dijo que no tenía. —Le pedí que nos viéramos más tarde o al otro día y me dijo que MAÑANA SE IBA A PETRÓPOLIS y que vuelve hasta marzo. —Le pregunté su domicilio pero





dijo que no me lo podía dar pero que ya nos encontraríamos otro día porque el mundo es muy chico. —Total me la Pelé (gran futbolista brasileño).

En la tarde toqué un poco la guitarra y dormí otro poco. —Decidí hacer mi primer estudio de caso pero me obligaron a ir al Carnaval. —Algunos iban disfrazados y todos bailaban en plena calle. —La orquesta estaba integrada por dos trompetas, un sax alto, un trombón de pistones, una tuba, un platillo y tambores. —Todos tocan en unísono, excepto la tuba, y eso tiene la ventaja de que cada pieza dura treinta minutos o más. —Sin mentirte. —Cuando alguno se cansa deja de tocar y siguen los demás, al cabo es unísono. —El baile, más que baile, parece un ejercicio como el que hacen los boxeadores saltando la reata. —El Ruso consiguió dos niñas para nosotros. —La mía tenía un cuerpazo como el de Coleen, delgada, las piernas largas, cintura preciosa, en fin, y la cara y el peinado de Marina Vlady. —Hice todo lo posible por conquistarla, pero aparte de saber que vivía a media hora de Copacabana, en coche, supe que su novio era su vecino desde hace seis años. —Total, me la pelé nuevamente. —De ahí fuimos a cenar algo y luego a casa, desde donde te escribo a las cuatro de la mañana del sábado.

¿Qué te parece? preguntó a Trusa y uy, se me durmió la pierna, ayúdame a bajar. Tiro las cartas. Ah, ¿también con dibujitos? Y es que el ocioso de Jorobas se dibujó a sí mismo al final de una hoja colgando un teléfono y diciendo chao. A veces, digo y trato de ver algo en la semioscuridad nocturna, a veces sí, hace caricaturas, y mira, allí va Donají. Sube a encender las luces, ¿verdad? Sí, y además comienza su hora de escaleras, sube y baja para no engordar. Pero aparte lleva dieta, ¿no? Sí, pero puede engordar en cualquier momento, acepto, conociste a Sarro ¿no?

Bajamos porque tocan el timbre. Es la madre de Cristina y las cosas de Cristi están a la vista pero ella no. Trusa corre a buscarla y la encuentra en un baño jugando con jabón y papeles mojados. Pobrecita, dice la señora y vámos, te vas a resfriar, la toma de la mano iluminada momentáneamente por los faros de un coche que pasa. Yuri y Helen todavía están aquí, pero no tardan en venir por ellas. La familia de Yuri se lleva a Helen, parece que le dan de merendar, la bañan o algo así, quieren adoptarla. Conversamos con ellas y cuando se van acompaña-me le digo a Trusa y me atrevo a tomarle la mano. Corremos por el patio y en el cuarto de trebejos, casi sin aliento, le cuento mientras recojo la escoba, la jerga y las demás cosas, que Patricia ayer en la mañana se escondía aquí, detrás de la cortina, y Luly, sigo aclarándome la garganta con una tocesita, llamaba a las niñas vengan a ver al chango, al chango, y las más babosas entraban y Patricia les caía encima haciendo ges-

tos con todo y cortinas, ¿te imaginas? Pero Trusa está negada para recrear cualquier cosa, nada le hace gracia y como se sabe amenazada por el quehacer opta por desvanecerse, huye a pasear su tuerpecito adolescente por lugares donde la escoba no vaya a levantar polvo.

Y barro, trapeo, limpio y tiro papeles y papeles. De vez en cuando en un baño descubro un modess, un tampax... Los músculos palpitan bajo las mangas de la camisa y mi respiración se oye agitada. Es un ejercicio bárbaro este del vaivén de la escoba.

En la Dirección casi no hay nada que hacer, nada más se sacude y se vacían los cestos, se revisan los cajones por pura curiosidad y se descansa en los sillones de cuero. Cuando me siento aquí veo una gran composición, algo como un plano magistralmente trazado, donde hasta la firma del artista queda incorporada al diseño. Es un cuadro que se voltea cuando viene Papá la Oca, una reproducción barata de una serigrafía, creo, de Miroslav Sutej: del otro lado tiene una foto de Papi como Presidente de Consejo, delante de un águila que devora una serpiente incomible.

En este mismo sillón me encontró Elsa. Terencio, dijo y se acercó lánguidamente. Yo tenía un plumero en la mano. ¿Quiere abrocharme este collar? Lo hice y ella apoyó su cara en mis manos. La detuve y me hundí, sin permitirle decir nada, en sus labios pintados, como quien se hunde en un cenote sagrado lleno de secretos y a pesar de amenazadoras leyendas. Me gustó mucho su manera de tirarse blandamente sobre el sillón, y la habilidad con que respondía a las caricias, y luego, cuando me atoré con un zíper, su expresión de incredulidad. Pero de pronto se levantó, se metió vertiginosamente en el vestido al revés olvidando tirado por allí un gran moño rojo antes de desaparecer... Eran los últimos días de clases y tardé buen tiempo en saber que esa escaramuza, esa conducta inexplicable al principio, el repentino ofrecimiento y la disponibilidad para el amor, y la huida, no habían servido más que para distraerme.

Entre tanto

Virginia Grondona Palanza
María Eunice Martínez Gordon
Ana Laura Lanata-Chávez
y Guadalupe Gómez Sucre

robaban las formas de los exámenes de la habitación adjunta. Gajes del oficio, como diría Elías Howe. Así que este año pienso difundir la noticia ampliamente para inspirar nuevas adeptas. Bueno, siempre desvarío cuando barro. Marcel Schwob no era portero de escuela y Cyril Connolly tampoco...

Tamar y Amnón

Amnón me besó en la boca y me penetró. Su lengua en mi lengua, sus manos en mis senos; con su pierna derecha me enlazaba fuertemente. El lecho era de sexo y la alcoba, las sábanas jadeaban, mientras yo me dividía entre el furor y el gozo. Amnón me había capturado entre gemidos. Mi padre me entregó a él por la complacencia blanda con que aceptó el señuelo de los panes. Porqué Amnón se fingió enfermo y me llevó a su aposento y desoyó mis palabras cuando destrozó el vestido rayado de las vírgenes.

Con un forcejeo postrero me separé de mi hermano, pero era ya tarde y la lascivia se me había adherido la piel en gruesas gotas precisas e invulnerables.

Su rostro en cambio trocó el amor en odio.

David y Betsabé

Yo soy David. He sido rey y he mandado a los ejércitos, pulsé largamente la cítara y maté a Goliat el gigante. Soy un rey que entona los salmos y con tristeza advierto que mi voluntad ha flaqueado.

No puedo olvidar a Absalón; sé que su rebeldía vulneraba al Estado y desataba los lazos sagrados, pero Absalón era mi hijo y su muerte me persigue cuando cabalgo entre las encinas: beso su rostro como cuando lo besé después de una ausencia de dos años. Muchas causas me dio de enojo y atentó contra mí y mató a mi

hijo Amnón para vengar a Tamar su hermana hermosa. Absalón creció, se hizo hombre, tuvo fuerza de espíritu y se enfrentó a su pueblo en solitaria venganza. Cuando su muerte se me hace insostenible, ese recuerdo me calma y dirijo mis pasos al valle para ver la columna postrera, piedra filial de un desconsuelo.

Pero lo que no se olvida es la muerte del hijo que no crece y muere niño, del hijo que Jehová persigue para castigarme en la carne de mi cuerpo. Me estremezco de dolor y de lascivia; lágrimas que acarician mi rostro bajan quedamente de mis ojos. Betsabé era hermosa y yo la ví desnuda. Sus doncellas la envolvían en lienzo perfumado y yo acariciaba sus formas desde mi escondite en la terraza. Las mujeres la preparaban para que compartiese el lecho con Urías el hitita.

Felizmente estábamos en guerra.

Hice llamar a Betsabé que me miró con la dócil mirada de las mujeres de mi pueblo. Entré en ella separando sus muslos duros y lisos y gocé de la cama que usurpaba.

Urías regresó de la batalla y guardó mi puerta. Mi aborrecimiento creció con mi amor y mis miembros se dolían de la ausencia.

Del campo me llegaron mensajeros y con orden breve coloqué al hitita al pie de la muralla. Su muerte me liberó del odio. Betsabé se limpiaba de culpa guardando un duelo negro. La llamé de nuevo y todas las noches la miro, acaricio su cuerpo y sus espaldas y separo sus muslos duros. Todas las noches mi gozo se divide en voluptuosidad de pieles y en remordimiento tenaz de la memoria.

Absalón

*... y tomando en su mano tres dardos
los clavó en el corazón de Absalón.*

En lo alto de una encina, aprisionado por la madera y traicionado por su caballo, Absalón esperó la muerte. A lo lejos la vía del tren, la vía paralela y lejana como todas las vías de la superficie terrestre. Esperó, colgado, medio somnoliento, a que se acercara la muerte, reviviendo su vieja historia anquilosada en las páginas de un libro sagrado. Esperaba los dardos que lo clavarían en eterno traspaso irónico y veía el paralelismo de las líneas que corrían sin que ningún ruido turbase su tranquilo silencio. Líneas que atravesaban los durmientes como su corazón sería atravesado por los dardos, semejante en todo a un San Sebastián italiano, atado con serenidad a un árbol imaginario, traspasado de flechas simétricas que dejan escurrir hilos de sangre perlada y magnífica. En esa posición seguía esperando. Reiniciaba un pasado que se abría en dos grandes vertientes fijas: la ausencia del amor que descendía aislado y lo demás, la venganza que abultaba y hacía correr a los mulos y devolvía los rumores de los consejos que le daban hombres astutos y callados. Secretos de guerra que se escondían en los pozos y venganzas acumuladas en la entraña torva. Las vivencias nunca se juntaban. El recuerdo de los momentos en que el amor se inició con

violencia cuando veía pasar a Tamar, vestida con la túnica graciosa de las vírgenes; el recuerdo de la violación que le hizo esconder a la hermana; el recuerdo de Tamar que llenaba su cabeza de ceniza y guardaba entre la lengua los gritos.

Absalón recordó su silencio. Un silencio que lo persiguió como un gran hierro pulido, jamás cortado aunque lo cercenara el odio.

Guillotinado por la madera y el recuerdo, Absalón dejaba transcurrir un tiempo largo entre la muerte cercana y la memoria bifurcada. Curioso puente que lo bajaba de la encina para transportarlo a otras edades vividas, instalando el recuerdo en un silencio concreto que afinaba la espera. Volvió a mirar el rostro de su padre que se había negado a contemplarlo después de perdonar con rencor la muerte del hermano, hijo furtivo de alguna concubina. Miró de nuevo a la gente que acudía, con sus cuitas, al palacio, esperando que David los consolara, y miró sus ojos que miraban a la gente y su boca que se abría para decir palabras halagüeñas. Miró a los ejércitos que se le unían como se junta la arena a las orillas del mar; miró las arcas y el tabernáculo y la ciudad sagrada y miró la encina.

El azogue de la muerte disolvió las líneas tajantes para devolverlo al árbol. Sintió los dardos que laceraron su cuerpo, invirtiendo la imagen, para recrearla en un árbol distinto, colorín de múltiples y alargados brazos que concentran en sus puntas florecidas las rojas impresiones de la sangre que empieza a coagularse.



Vagamente recuerda la muerte de su madre. En primer lugar, se alzó la figura de la tía Berta. Con palabras cortantes seleccionó las ropas de duelo y sus miradas glaciales se encontraron por todas partes. Antes de que su madre muriera, Baby nunca tomó en consideración a la tía Berta: una señora extremadamente delgada, que hablaba poco, para regañar, quejándose en todo momento del desorden en la familia de Baby.

—Pueden decir lo que quieran, pero lo que Cecilia —la madre de Baby— está haciendo con *esa niña* es incalificable —la tía dio un sorbo a su delaware y continuó—; naturalmente, Cecilia siempre ha estado un poco zafada. Tuvo mucha suerte al casarse *tan bien*, pero desde la muerte de Christian, Cecilia y esa niña van de mal en peor. Qué ocurrencia meterla en esa escuela... ¿cómo se llama?

—Helena Herlihy Hall —precisó tímidamente Teresa: siempre quiso estudiar allí.

—Sí, *ésa* —nuevo sorbo al refresco.

Ahora bien, a Baby le sorprende no haber oído nunca decir a su tía si yo educara a esa niña, conmigo esa niña encontraría el buen camino, etcétera. Por eso le sorprende, aún más, que al morir su madre haya pedido que la tía Berta se encargase de cuidarla y (¡Maldita sea! —escupe al suelo Baby) de administrar su herencia.

La tía dijo en otra ocasión:

—Me parece muy dañino que le digan Baby... No sé, es un nombre frívolo, insensato.

En cambio, siempre le encantó que el padre de Baby se llamara Christian, por ser un nombre muy varonil (—¡Vieja payasa! —comenta Baby), muy sonoro y tan cristiano (—Me dan ganas de vomitar —agrega). A Baby no le importaba su apodo ni el nombre de su padre (—Déjenme en paz y podrán llamarme como quieran —enfatisa Baby dando una bocanada descomunal a su cigarro): ahora ya se acostumbró.

Baby tenía doce años cuando murió su madre. Lloraba más a causa de la sorpresa que por el dolor. Recuerda cómo fue guiada por la tía Berta. Mano huesuda, seca, rosario que colgaba. En el entierro Baby lloró muchísimo, aferrándose a la falda negra de su tía. La mano huesuda alcanzó a rozar la cabeza de Baby, antes de ser capturada por su familia en sus deseos de consolarla.

Pero tampoco oyó decir a su tía ahora que está a mi cuidado esa niña sabrá lo que es decencia, o algo por el estilo. Si simplemente, Baby vio azorada cómo acomodaron su ropa, y sin darse cuenta, se encontró interna en el Motolinía, donde estudiaba su prima Teresa.

—Hice todas las canalladas que se me ocurrieron —ríe Baby—, inventé a Tere a fumar, a ponernos medias, a pasar el

tiempo contemplando las callecitas de la colonia del Valle. Si las mugrosas monjas no nos expulsaron fue por el aprecio que le tenían a doña Berta. Las monjas siniestras eran iguales a mi tía.

Observen a Baby: con risas malignas induce a Tere y a otras muchachas e invitan a una nueva educadora. —Nada más un refresquito, para que no se sienta sola aquí; después de todo tenemos casi la misma edad.

La educadora acaba de terminar sus estudios y está a prueba en el Motolinía. Al instante advierte que el refresco es casi puro ron, pero se siente de tal modo aterrorizada que bebe sin chistar. Finalmente recorre toda la escuela.

—¡Monjas rateras, me pagan cuatrocientos pesos y trabajo como mula, Dios las va a castigar, brujas!

Ante las niñas de primaria alza su vestido y muestra las pantaletas.

—¡Señorita, esto es bochornoso!

Baby aplaude.

La madre directora, furiosa, se quejó ante doña Berta y Baby recibió una carta muy extensa (“estás endemoniada el hecho de que yo no esté ahí perviertes a tu prima el nombre de la familia, mi hermana Cecilia se moriría de vergüenza no tienes casta”) y la castigó prohibiendo que saliera los fines de semana (—Qué chiste, jamás había salido un fin de semana —aclara Baby, y agrega: —Aunque raspaba, cuando fui al baño me limpié con la carta). También reprendía a Teresa (en menor escala). Teresa es hija de la tía Ester y siempre estudió en el Motolinía.

Baby terminó sus estudios de comercio (a los diecisiete años porque no hizo secundaria) y la tía no pudo encontrar pretextos para evitar que Baby viviera en Acapulco, donde reside la familia.

En Acapulco, Baby se negó a trabajar o a estudiar algo más. Tuvo que convivir con su tía y sólo los fines de semana veía a Tere, que trabajaba como secretaria en el hotel Caleta.

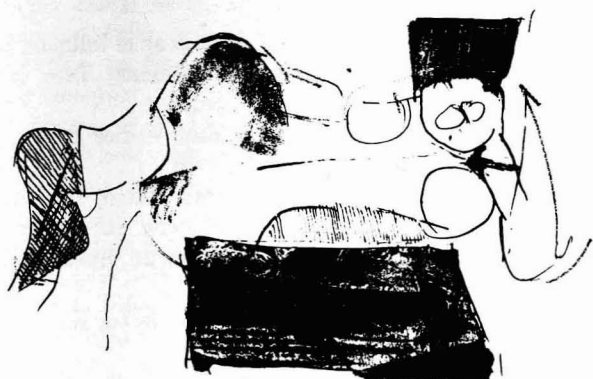
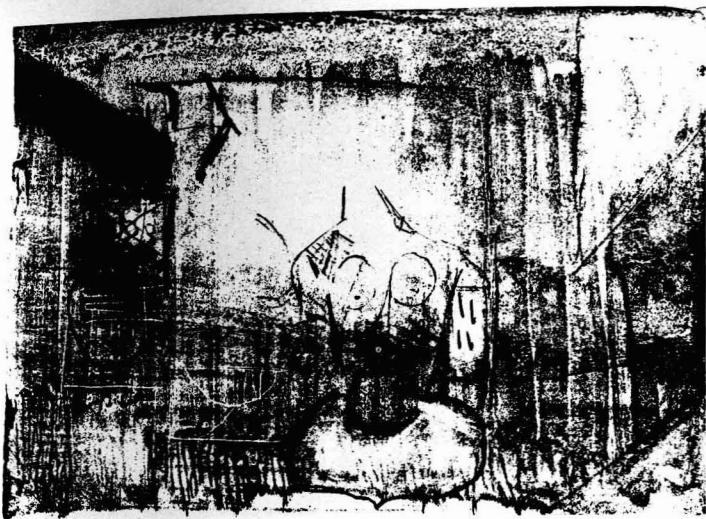
Se levantaba muy tarde. Su diario cigarro antes del desayuno terminó por neurotizarse, a la tía. Pidió que le compraran un coche, y como no se lo concedieron, prácticamente requisó el desartado hillman que perteneciera a su madre y que tenían ruleteando. Todos los días, aun fuera de temporada, iba a la playa donde se reunían los muchachos.

Baby se llevaba con todos pero sólo toleraba la plática de Jorge.

—Es un estúpido —decía—, pero chistoso.

En su casa la acusaban de incorregible, descocada, güila, etcétera, pero la verdad es que Baby era muy puritana. De acuer-

* Del libro que próximamente publicará Joaquín Mortiz, *Inventando que sueño* (Drama en cuatro actos).



do, de vez en cuando se besaba con Jorge, pero —eso no cuenta —dice Baby con regocijo.

Iba a fiestas, se desvelaba a menudo y respondía con monosílabos a los regaños de su tía. Fumaba ráleigh con filtro y bebía vodka martinis. Sin embargo, raramente pudo eludir la misa de las nueve (domingo tras domingo).

Llegó un momento en que dejó de hablar con su tía y toda comunicación mutua fue a través de sirvientas y familiares.

De vez en cuando, Tere tartamudeaba para pedirle que mejorase sus relaciones con la tía.

—Mira, Tere, eres media retrasada mental, pero me *caes* bien, así es que cierra la alcantarilla que tienes por boca y nunca menciones a esa arpía.

—Cómo eres, Baby.

La tía Ester, inexorablemente, vaticinaba una vez a la semana:

—Baby, estás pecando contra la ley de Dios y de san Pedro y san Pablo. Tienes que hacer las paces con Berta, la estás matando, ¿no lo comprendes?

—¡Basta ya —explotó Baby una vez—, o dejan de estar molestándome o les doy de patadas! Que si no comprendo. ¿No comprenden ustedes que está robando mi dinero, que es una malvada, que quién sabe qué le dio a mi madre para que le diera poderes sobre mí? ¡Me vomito en la vieja infeliz, me dan ganas de enterrarle las uñas en los ojos y sacárselos y tirarlos al suelo y pisotearlos!

Calma, Baby.

Baby acostumbraba caminar por la playa, sola, en los días en que no había mucha gente. En un momento determinado se dejaba caer.

Baby hizo montoncitos de arena y mecánicamente los tiró al mar.

—Escucha tía —dijo al mar—, no puedes engañarme tan fácilmente. Estás acostumbrada a manejar a toda la familia, pero conmigo no vas a poder. Déjame decirte, nada más. Descubrí ya *todo*. Envenenaste a mi mamá. La envenenaste. Cuando estaba agonizando la obligaste a firmar ese mugroso papel que te concede mi patria potestad y la administración de mi lana. Mi mamá se agitaba, se rasguñaba la garganta, te veía sin poderte creer capaz de acariciarla. Porque eso hiciste. La asesinaste. Y ahora quieres matarme a mí. Todo lo descubrí bien, ¿verdad? ¡Por qué te quedas callada, estúpida! ¡Niégalo si te atreves! ¡Conmigo no vas a poder!

Baby escupió al mar.

—Pero deberían imaginar lo que me dijo una vez —especifica Baby, con la mirada en las colchas, un poco pálida.

Con gran frialdad, Berta dijo:

—Mira, *niña*, he hecho todo lo posible porque nos llevemos bien, pero es imposible, Dios lo ha visto. Estás endemoniada. No quiero saber nada de ti. No puedo dejarte tu dinero hasta que cumplas veintiún años|

—¿Ajá?

—Tú lo sabes. Ya nada más falta año y medio. Durante ese tiempo, ¿quieres irte a los Estados Unidos o a donde se te de la gana?

—Sí, pero hasta que el dinero sea mío. Antes lárgate tú y déjame en paz.

—Qué cínica, ¿no? —comenta Baby—; además, esa vez yo tenía mi regla, no pude ir a la playa porque el kótex se notaba. No quería ver a nadie. Estaba furiosísima.

Jorge, la Malena, el Chupatesta, Rodolfo, Tomás y Baby fueron a El Rebozo. Tomás era hijo del presidente municipal y se sentía el gran don Juan de Acapulco. Sacó a bailar a Baby, mientras que Jorge los observaba fríamente, agitando su vaso para que los hielos chocasen.

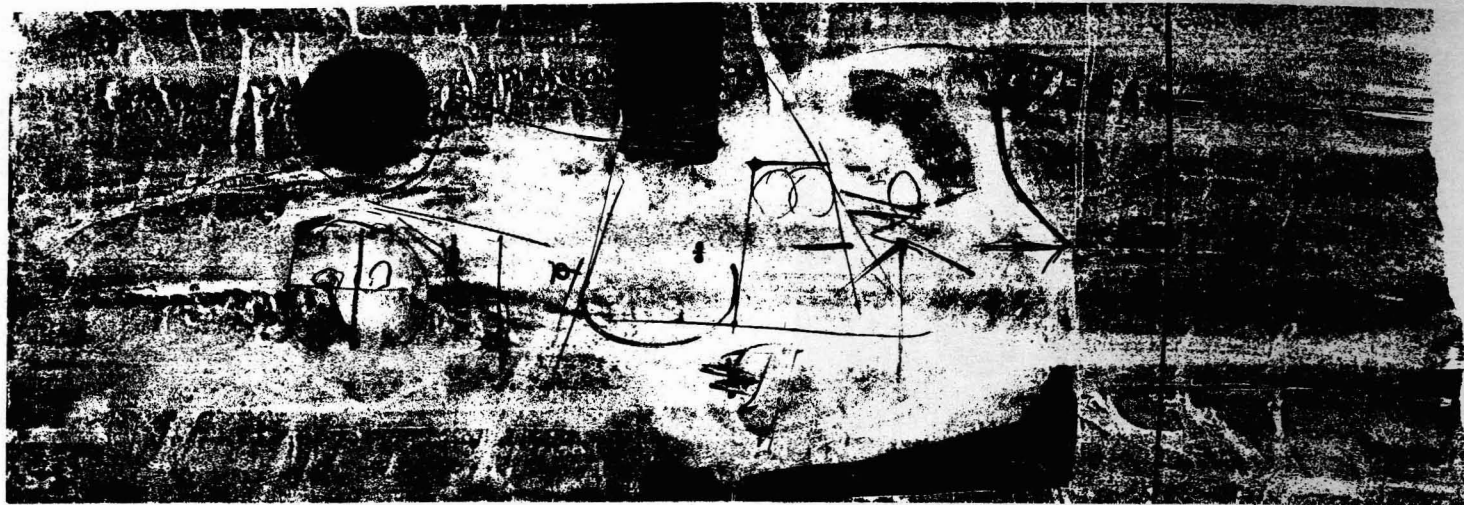
Al poco rato, Baby regresó ceñuda. Tomás sonreía y sacó a bailar a Malena. El conjunto tocaba una rumba desde ocho minutos antes. Baby acabó de un trago su vodka martini. Jorge se acercó.

—Qué pasó, Baby.

—Nada.

—¿Te dijo algo Tomás?

—No.



—¿Se te pegó?

—Siempre bailamos así.

—¿Te agarró abajo?

—No.

—Oye, ¿pasamos la noche juntos?

—No.

—Ándale.

—No estés moliendo, payaso.

Jorge inició una narración pormenorizada y larguísima acerca de sus padres: querían ponerlo a trabajar. Aburrida, Baby salió a la playa.

—Esto no se queda así, tía —dijo al mar.

—Ya no sabía qué hacer —explica Baby, mientras la enfermera le tiende un jugo de naranja—. Ya estaba hasta el copete de todo...

Cuando la tía Berta murió (ataque cardíaco, diagnosticaron los médicos) la sorpresa fue general. Berta se veía fuerte, nuda, con mucha vida aún. El velorio fue en la casa y Baby se negó a salir de su habitación. Cada cinco minutos, una tía, una prima tocaba en su puerta. Tienes que estar presente. Sal. Dios te castigará.

—¡Váyanse al diablo! —masculló Baby, pálida, acurrucada en la cabecera de la cama, sin dormir, oyendo los ruidos de los asistentes al velorio. Todo Acapulco acudió.

Al otro día.

Simplemente salió del cuarto, y tras ella, sus tías y primas la observaban, chismeando con seguridad.

—De cualquier manera, no me importaba —explica Baby alisando las sábanas—, podían decir lo que quisieran sin que a mí me importase.

Idiotas, se dijo, no son más que unas idiotas.

Se puso un bikini negro, una blusa roja y pasó por la ventana, para que la vieran. Allí, comprendió que no sabía qué hacer. Voy a la playa. Se encaminó hacia una cabina telefónica. Un veinte, zumbidos, voz con sueño.

—Jorge.

—Sí, quién es.

—Baby.

—Arajo, Baby, ya ni friegas, qué horas de hablar.

—Son las doce y cuarto.

—Es muy temprano.

—¿Me acompañas a la playa?

—Oye, ¿qué no se murió tu tía?

—Fíjate que sí.

—¿No la van a enterrar hoy?

—Eso supe. Pero está bien, si no quieres ni modo. Chao.

—Espérate, no te aloques.

—Entonces, me acompañas?

—Sí.

Empezó a buscar un taxi. Se le ocurrió sacar el hillman, pero tendría que regresar a la casa. Repentinamente, Tere la alcanzó. Baby maldijo a los taxis de Acapulco.

—Nunca aparecen cuando se les necesitan —dice Baby.

—No seas mala, tienes que ir al entierro.

—Tere, a pesar de tus cosas me caes bien. Mejor párale.

—¿Te das cuenta de lo que haces? Anoche no estuve en el velorio, ya ahorita mi mamá y mi tía Cruz están diciendo lo peor.

—Pues que lo digan, manita, ojalá sus entierros sean pronto para tampoco ir.

—Entonces no piensas, de veras no piensas ir al entierro.

—No. Mira la blusa que me puse. Voy a la playa, ¿no quieres venir?

Tere permaneció inmóvil cuando Baby subió en el libre.

Jorge no habló del asunto y ella no pudo menos que agradecerlo. En la playa encontraron a los muchachos (—Ellos, claro, se sorprendieron al verme —cuenta Baby, observando un frasco con medicinas), quienes hicieron algunas preguntas. Baby respondió con evasivas.

Subieron hasta el restorán, donde todos pidieron cervezas y ella un vodka martini criminalmente seco, por favor. El conjunto abofeteaba con su pretensión de surf, pero nadie se puso exigente.

—¡Oye, Baby —aulló Tomás—, vamos a festejar tu nueva riqueza con un surfazo!

Baby no se molestó del todo, pero, ceñuda, se levantó a bailar. Tomás bailaba luciéndose, sin dignarse ver a Baby. Algunos turistas tomaron fotos y comentaron these guys are really hot shots. Baby tomó asiento, fatigada, cuando Jorge decía lo de siempre.

—Las gordas, no lo nieguen, han emigrado de los Acapulcos. ¿Dónde están los hermosos tiempos en que había golfas hasta debajo de la mesa? Yastamos verracos!

—¡Vieja tu móder! —gritaron.

En vista de eso, Jorge contó sus peripecias en su último trabajo como bellboy en El Presidente. Casi se puso triste. Jorge conoce a Baby desde la infancia.

—Jorge —insiste Baby— también es un tarado.

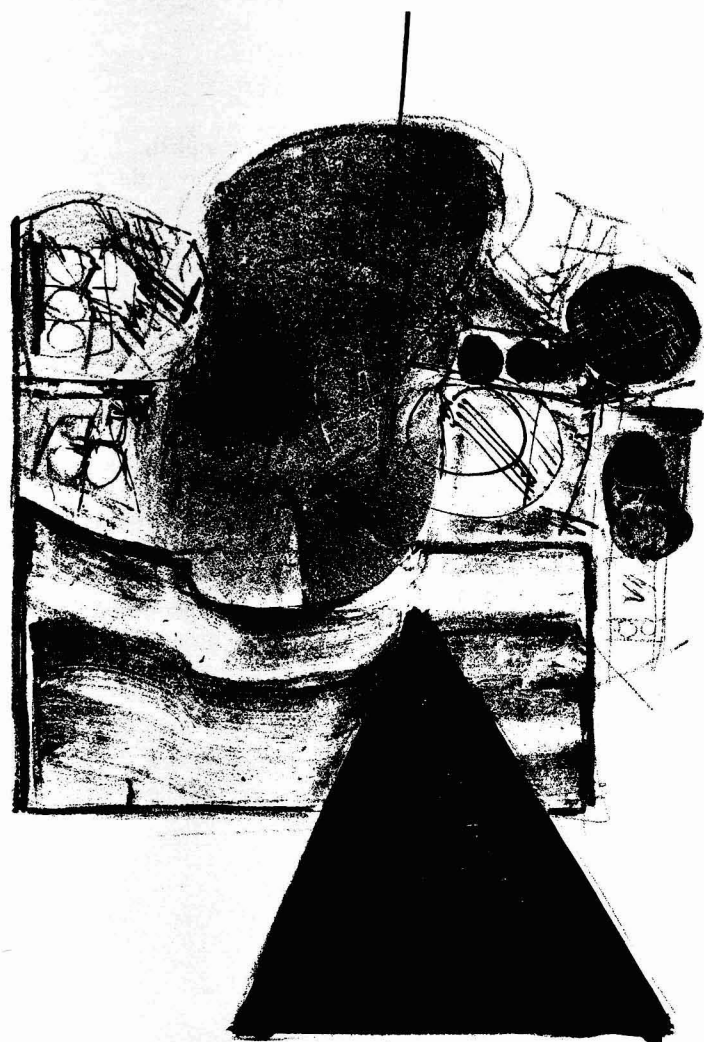
Bajó a la playa. Vio a las olas desbaratarse en sus pies con violencia reprimida. La necesidad de caminar mucho (—Hasta cansarme) la invadió. Iba alejándose de las zonas concurridas, caminó y sólo se detuvo al encontrar que la playa se interrumpía en unas rocas.

Se dejó caer. Sus dedos jugueteaban con montoncitos de arena y sonriendo amargamente los arrojaba sobre sus piernas. No quiero pensar nada, ahora soy libre, ahora me alejaré de mi cochina familia, seré lo que se me antoje, podré saber qué se me antoja, prefiero estar sola, vivir tranquila, vivir tranquila, vivir tranquila... Pero no se sentía tranquila, estaba erizada por los nervios, el agua que lamía sus piernas la martirizaba.

—Me sentí *mal* porque, al levantarme, la arena se había pegado a la blusa, al bikini y a las piernas —sonríe Baby, jugando a tapar y destapar el frasco lleno de medicinas.

Después se sintió furiosa porque unos tipos la miraban con insistencia, a lo lejos. Caminó unos pasos y volvió a sentarse, recargando la cabeza en sus rodillas, sintiendo que sus ojos cosquilleaban y que acabaría llorando.

—¡Vieja loca, deja de hacerte taruga! —gritó Jorge, pero se arrepintió al instante. —Perdóname, Baby —dijo al acercarse. Idiota.



Regresaron juntos al restorán, donde ya se retiraban para ir a casa de Tomás. Todos bebieron como locos. (—Yo me quedé en un rincón, sentada en el suelo, con un vaso en la mano —dice Baby). Se negó rotundamente a bailar y con bromas hirientes hizo que se alejara todo aquel que quiso acompañarla.

Baby se descubrió bastante borracha cuando Tomás subió en una mesa.

—Me acaba de hablar Rodolfo desde la cárcel, al muy menso lo agarraron presolín por dizque faltas a la decencia. Se impone sacarlo, ¿no?

Tomás se encaró con alguien que parecía ser el juez.

—Amigo, sabemos que por maniobras de alta política entamaron a nuestro zanjita Rodolfo Radilla y venimos a exigir su inmediata libertad.

El pretense juez respondió que el joven Radilla debía pagar una multa de mil pesos (—¡Mil pesos! —aullaron todos) porque se le sorprendió en plena playa cometiendo faltas a la moral con una muchachita que había logrado huir.

—Ya estaba muy mal —explica Baby—, sólo recuerdo que Tomás amenazó con avisarle a su papá.

A regañadientes el juez puso a Rodolfo en libertad: fue recibido con aplausos y trompetillas. Baby, perfectamente ebria, no había soltado su vaso.

—Propuse un brindis, ¿se imaginan? —dice Baby sonriendo con modesto rubor, aún con las medicinas en la mano.

Baby los siguió hasta los autos y tomó asiento entre Tomás y Rodolfo, quien dijo:

—Oye, ¿qué no se murió tu tía?

Ella le miró los ojos, con la mente ida, parpadeando húmedamente, hasta que al fin pudo musitar:

—Sí, tengo que ir al entierro.

—Sí, eso dije —reconoce Baby, mirando las sábanas.

Pidió que detuviesen el auto y bajó a la calle, tambaleándose y con deseos de vomitar.

Un taxi.

El entierro ya había terminado y sobre la tumba de la tía Berta había numerosos ramos de flores. Baby no supo qué estaba haciendo allí. Viendo la tierra amontonada, olorosa, con flores baratas encima, sintió el mareo.

—Palabra que no pude aguantarme, no pude, no pude, no pude —susurra Baby aferrándose a las sábanas: la enfermera se coloca a su espalda.

Intentó contenerse sin lograrlo y vomitó largamente sobre las flores (—Vomitó como retrasada mental —precisa Baby), después, se dejó caer en el suelo, musitando hacia la tumba:

—Querida tía, ahora estamos en familia; explícame todo.

Y quedó en el suelo, esperando que su tía iniciara la plática.

Carlos Valdés



Una tarde calurosa de verano

Era una tarde calurosa de verano, y las moscas zumbaban en el aire. Comencé a sentirme amodorrado. El canario cantaba en su jaula, pero dejó de hacerlo cuando apareció el gato. Regresaba de dar un paseo, y maullaba como un nene a punto de morirse de hambre.

El gato entró en la cocina; mi madre lo acarició y le dio unos pellejos. Verlo comer me desagradaba, pero no lograba apartar mi vista de él. Yo estaba recostado sobre el sofá. Cuando llegaba de la calle, me ponía un traje que me agradaba por lo viejo, y por lo suave que se había puesto con los años.

La mayoría de las tardes me quedaba en casa. Le decía a mi madre que era para acompañarla; pero en realidad me gustaba entregarme al ocio, a pesar de que cuando anochecía, me sentía insatisfecho y triste.

Sólo hasta que el gato terminó de comerse la última piltrafa, pude cerrar tranquilamente los ojos. El murmullo del agua del fregadero me ayudaba a adormecerme, y los objetos del cuarto se iban borrando de mi vista; pero en ese momento mi madre dejó la cocina. Me enderecé un poco; ella extendía sobre la mesa una baraja de puntas desgastadas, para jugar al solitario.

La tarde era demasiado calurosa; sin embargo, me esforzaba en leer el periódico; temía que mi madre, al verme desocupado, me mandara a dar una vuelta a la calle. A pesar de mis esfuerzos, el periódico fue a aterrizar entre mis zapatos.

Todavía el periódico no dejaba de crujir, cuando oí que mi madre me decía:

—Si estás tan aburrido, y no tienes nada que hacer, ¿por qué no te marchas al cine?

Me pareció que la veía por primera vez, aunque llevaba el vestido oscuro de siempre, y su voz tenía la dulzura habitual.

No me atreví a contradecirla francamente; pero tampoco quería obedecerla. Me puse a inventar una excusa; pero recordé que le había pedido a Ricardo Ruiz, un compañero de oficina que me visitara.

Trataba muy poco a mis compañeros de oficina. No me atrevía a reunirme con los que charlaban alrededor del botellón del agua, o en los excusados. Sólo admiraba de lejos a los audaces que se exponían a un regaño de los jefes.

Sin embargo, una vez me había atrevido a acercarme a una compañera de trabajo. En la oficina conocía sólo de vista a Margarita. Una tarde la encontré en un autobús, y la saludé con timidez. A pesar de que se pintaba mucho los ojos, los tenía bonitos, y me miraba alentadoramente. No sé lo que sucedió; aunque soy tímido, me sentí arrastrado y enredado por mis palabras. Olvidé la esquina donde debía bajarme. La muchacha también parecía fascinada.

La invité a dar un paseo. No esperé a que aceptara, sino que la tomé del brazo, y casi la obligué a bajar.

Nos sentamos en la banca de un jardín. Le hablé a Margarita de mí mismo; pero no del Tomás Navarro de todos los días, sino de un muchacho ideal que había inventado en mis ocios. Aun me atreví a contarle pensamientos y sensaciones que nunca le había comunicado a nadie. También le hablé de mi madre: se la describí como una vieja de pelo blanco que se había sacrificado por pagarme los estudios, y la adoraba tanto que por no dejarla sola, casi nunca salía a pasear.

Hacía mucho rato que Margarita guardaba silencio. Los dos, sin palabras, decidimos que habíamos nacido el uno para el otro; pero de pronto sus manos me parecieron feas, vulgares. Sin embargo, hice un esfuerzo y continué pensando, como si mi madre me lo hubiera ordenado: "Ella es la mujer de tu vida." Hasta logré olvidar las manos de Margarita, y miré sus ojos que seguían siendo bellos a pesar del maquillaje.

Aproximé mi cara hasta pegarla contra la suya. Su mejilla, vista de cerca, resultaba fea y ridícula. Mi pasión se evaporaba por momentos. Desesperado murmuré: "Margarita." Mi voz me sonó falsa y cursi; sin embargo, ella había oído música celestial, y, sin poder contenerse, me besó. Con los ojos cerrados me entregué a las sensaciones que nacían de mis labios, y que se derramaban por mi cuerpo.

En aquel jardín había oscurecido por completo. Los faroles demasiado débiles no lograban alumbrar a través de las ramas de los árboles. Ya no podía distinguir si las manos de Margarita eran vulgares, o si su cutis era áspero.

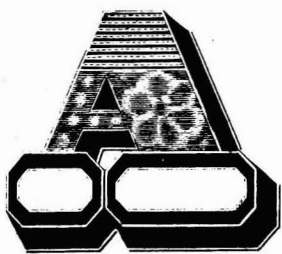
Ella parecía completamente dichosa, y yo me dejaba llevar. Caminamos sobre el césped aplastando las flores que caían de los árboles.

Ella se descalzó para sentir bajo sus pies las flores regadas sobre el césped. Su ejemplo me hizo vencer mi timidez e imitarla. Caminamos felices, con los zapatos en la mano, unidos por el brazo, aplastando las flores.

—¿Me amarás así, siempre como esta noche?

Mientras mis pies descalzos pisaban el césped, pensaba que aquella experiencia amorosa justificaba toda mi vida, y que garantizaría mi felicidad en el porvenir. El Tomás de todos los días se transformaba en un muchacho de personalidad deslumbrante. Al principio aun a mi madre le sería difícil reconocerme. Pero empecé a estornudar, y entre estornudos me puse los zapatos. Me había arrepentido de mi audacia, temía coger un resfriado, y que mi madre me regañara.

Después de recorrer unas calles, Margarita me llevó a un modesto edificio de apartamentos. En la puerta mostré una



sonrisa nueva, que no le conocía, y no supe cómo interpretarla.

Me detuve en el estrecho cubo de la escalera. La muchacha sin desanimarse, me empujó por el brazo.

—¿Qué les diré a tus padres? —le pregunté cuando llegamos al segundo descanso de la escalera.

—No te preocupes. Sólo voy a presentarte, luego podrás marcharte —me aseguró cuando subíamos el tercer tramo de la escalera.

La dulzura de su voz me recordó la de mi madre. Frente a la puerta del departamento, durante un instante imaginé que mi madre y Margarita eran la misma persona, también por un segundo tuve la esperanza de poder huir; pero la puerta se había abierto.

Entramos en una estancia llena de gente, y todas las miradas se fijaron en mí.

—Es mi novio —exclamó Margarita con alegría de niña que encuentra una flor en el paseo.

Sus palabras me sorprendieron: no había tenido tiempo de acostumbrarme a nuestras relaciones.

Cuando las conversaciones se reanudaron, Margarita desapareció misteriosamente. Volví a ser el muchacho tímido de siempre. Mis ilusiones eran demasiado frágiles para resistir el ambiente vulgar de la habitación; pero no pude continuar el hilo de mis pensamientos. Un hombre calvo, en mangas de camisa, con gran cortesía me ofreció un vaso de soda con aguardiente y un cigarrillo.

No acostumbraba fumar; pero no me atreví a negarme. Me molestaba su amabilidad, y hubiera preferido que me ignorara. Luego se acercó un hombre alto y flaco, también en mangas de camisa. Después de soltar una carcajada, me contó el chiste más conocido del mundo.

Todos los presentes regañaron al bromista y le rogaron que me dejara en paz. La oposición sólo sirvió para enardecerlo. Mientras se señalaba el pecho, gritaba en tono de falsete:

—El tío malo me espantó el último novio que tuve.

Soltó una carcajada vulgar y estruendosa, y continuó la farsa de regañarse mientras hacía pucheritos; pero una mujer (seguramente su esposa por los gestos y las palabras dominantes) se llevó por un brazo al bromista. No lo vi más, porque las espaldas de un grupo lo ocultaban; pero aún podía escuchar sus carcajadas que no habían logrado silenciar las súplicas ni las amenazas.

El señor calvo pretendió borrar la mala impresión de la broma: me aseguró que el tío era el payaso de la familia. Después se dedicó a alabar a Margarita.

A pesar de mis esfuerzos no encontraba qué responder; trata-

ba de disimular mi embrutecimiento arrojando bocanadas de humo. Varias personas fumaban y el humo nublaba la habitación. Al fin regresó Margarita, pero mi alegría se convirtió en rubor: se había ausentado para retocarse los labios, y creí que los presentes descubrirían que habíamos estado besándonos. Sin embargo, Margarita no parecía preocupada.

Me llevó frente a un hombre que se balanceaba en una mecedora. Parecía que el inválido había aprendido a resignarse; me recibió con frases de simpatía. Estreché una caricatura de la mano de Margarita, y procuré abreviar el contacto de la mano paterna.

Después Margarita me llevó delante de una señora. Descubrí que era su madre porque tenía el mismo cutis áspero que Margarita. Estaba tan aturdido que no encontraba palabras, y hasta la respiración se me dificultaba. Me sentía sucio y tenía deseos de lavarme; pero aún debía cumplir con el ritual de la despedida. Cuando terminé de saludar a los presentes, las manos me sudaban. Yo mismo abrí la puerta, y bajé de un tirón las escaleras.

Aquello había sucedido hace algún tiempo, y lo estuve recordando antes de comunicarle a mi madre:

—No puedo salir porque vendrá un compañero.

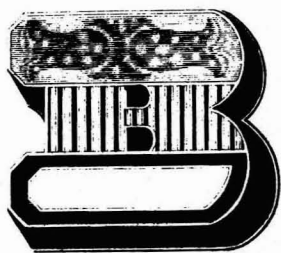
Ella continuó con su solitario. Yo sabía, aunque no lo había hecho aún, que siempre tenía alguna objeción; sólo debía esperar para oírla. Entre tanto, yo echaba miradas inquietas a mi alrededor. Por todas partes se veían los recuerdos, cachivaches que ella había estado acumulando durante años, y que no vendería a ningún precio. Me imaginaba que Ricardo Ruiz los miraría con desdén.

Mientras esperaba el comentario desfavorable de mi madre, pensé que junto a ella no era feliz. A pesar de su dulzura continuamente me recordaba mi carácter apocado, y me aconsejaba portarme con decisión. Además, me contradecía siempre: si yo deseaba salir a la calle, se quejaba de abandono; en cambio, si me dedicaba a leer, ella quería que fuera de paseo. Me sentía como un pájaro al que le cortan las alas.

Recordé mi torpeza para reemplazar la cinta de la máquina de escribir. Mi lentitud me molestaba: creía que los jefes pensaban que perdía el tiempo deliberadamente. Ricardo me sacó de un aprieto. Apenas se inclinó sobre la máquina, y sólo necesitó cinco o seis movimientos, que juzgué propios de un malabarista.

Ricardo, en la oficina, saludaba hasta a los mozos de la limpieza. Aunque apenas contestaran a su saludo, él no perdía la sonrisa. No se mostraba orgulloso, y se portaba con sencillez; no trataba de humillar a los otros, pero tampoco se rebajaba.

Cuando me enteré que Ricardo era sobrino del gerente de la



compañía (había empezado a trabajar en el departamento de empaques, y recorría las secciones para conocer a fondo el negocio, porque con el tiempo sería el sucesor del gerente) comprendí que los otros empleados no se apartaban de Ricardo por desprecio, sino por respeto. Reconocían en él las cualidades de los que nacen para jefes.

Me puse a considerar mi situación: ir al trabajo se había convertido en un suplicio después de mi aventura con Margarita; no me atrevía a confesarle que mi amor no resistía el visto bueno, ni el ambiente vulgar de su familia. Necesitaba que alguien me asegurara que obra bien al huir, y si no, que me enseñara cómo vencer el temor al encuentro. Mi madre no era la persona indicada. Entre mis conocidos sólo Ricardo Ruiz me inspiraba confianza; pero había ido posponiendo la entrevista.

Entre tanto, un día al salir del trabajo, me encontré a Margarita, no a la muchacha dulce que había besado en el jardín, sino un alma en pena que regresaba a vagarse.

El fantasma de Margarita hizo un gesto que anunciaba recriminaciones; sin embargo, el gesto, temible pero humano, tuvo la virtud de calmarme. El fantasma se convirtió en una mujer enojada. Mi pánico disminuyó a un plano casi tolerable; pero continuaba sintiendo miedo. Veía fijamente su boca, y no era capaz de oír nada, fascinado por el movimiento de los dientes, los labios y la lengua.

De pronto una especie de clarinada me retumbó en la cabeza, y los oídos se me destaparon. Margarita me hablaba con rencor; pero como esperaba grandes insultos, su reprimenda me pareció inofensiva. Me desconcertaba más el grupo de curiosos que se habían detenido a escuchar.

Sus reproches me abrumaban y me sorprendían. Sin embargo, soportaba todo en silencio, porque mentir significaría reconciliarme, dejarme dominar por la familia de la muchacha. Para congraciarme con ella, tendría que ir a su casa, sonreír estúpidamente, simular, oír chistes malos, en una palabra ingresar en el clan. Además, mientras no hablara, Margarita por lo menos no se llevaría una victoria completa, al confirmar la justicia de sus reproches.

Me admiró su facilidad para derramar lágrimas. Me parecieron ridículos los lagrimones que le arruinaban las líneas de carbón que enmarcaban sus ojos. Con tristeza reconocí que era incapaz de sentir lástima por ella.

Por fortuna advirtió la presencia de los curiosos que se divertían con sus lágrimas, y se marchó balanceando sus caderas penosamente a causa de los tacones altos. Al quedarme solo, únicamente sentí indiferencia.

Mi madre sacaba las barajas del montón, y las acomodaba en ordenadas columnas. Me dediqué a observar a unas moscas

que se perseguían. El zumbido se apagó cuando se estrellaron contra una pared. La perseguidora, gorda y de alas verdes perdió la pista. La pequeña y desnutrida perseguida aprovechó el momentáneo aturdimiento de la otra para ocultarse en los pliegues de una cortina.

Lo había pensado mucho, y decidí que en mi casa, delante de mi madre, era el lugar más conveniente para una entrevista. Deseaba que se enterara de lo que jamás me atrevería a contarle. Ante Ricardo no se animaría a hacer comentarios desagradables. Además, difícilmente ella podría contradecirlo. Para convencerme me bastaba recordar la figura deslumbrante del sobrino del gran jefe, frente al que los empleados de la compañía bajaban la vista.

Por la mañana había aprovechado un momento en que Ricardo afilaba un lápiz. Le pedí que nos reuniéramos esa tarde en mi casa, y aceptó sin vacilaciones; si se hubiera resistido un poco, habría tenido tiempo de arrepentirme. Era la primera vez que sentía disgusto con él.

—Invité a un compañero —la espera me había molestado, y preferí hablar a seguir aguardando—. Cuando lo conocí, yo no sabía que era sobrino del gerente de la compañía; si hubiera estado al tanto, no me le habría acercado, para que los otros no pudieran creerme adulator... Quizá no puedas imaginarte cómo se portan; y no me refiero a nadie en especial. El miedo los vuelve abusivos. Estar abajo no es agradable, y abusan, porque siempre encuentran con quién desquitarse. También existe el recurso de meterse en un rincón; pero es difícil pasar inadvertido. No te lo cuento para que me tengas lástima, sino para que comprendas por que creo amigo a Ricardo. El no se burla de mí, y quiero que lo conozcas...

Ella me permitió hablar; quizás juzgó conveniente que me desahogara, y después trataría de demostrarme que me hallaba equivocado.

—Dudé antes de invitarlo —continué diciendo—: tienes que reconocer que vivimos en una casa pobre, y no le quedará otro remedio que compadecernos. Pero que me conozca de veras, y que juzgue si merezco su amistad. De otro modo lo estaría engañando... Prométeme que tratarás bien a Ricardo; no me refiero a la cortesía, sino a que seas amable de veras.

Me replicó sin perder su habitual dulzura:

—Parece que vendrá a visitarnos un príncipe; pero tengo edad y tacto suficientes para tratar a cualquier persona. Sólo no me enoja, porque eres un chiquillo, y te contradices tú sólo, si quieres causar buena impresión, ¿qué esperas para cambiarte esa chaqueta y esos pantalones deshilachados?

Nunca me perdonaba los detalles desagradables; pero oculté mis pensamientos y dije solamente:



—Yo he vivido mucho contigo y te conozco de sobra; pero él únicamente estará aquí un rato. Sólo deseo que le enseñes tu lado bueno, que se sienta feliz de haber venido, o que al menos me quede la seguridad de que hicimos lo posible.

—A tu edad se piensa que para no ser hipócrita hay que desearse; pero a la gente le disgusta que le muestren las intimidades.

—Si de algo sirve un amigo es para que lo conozcamos y nos conozca.

Ella me preguntó con su característica dulzura:

—¿Cuándo llegará el día en que no exageres? Se pueden hacer confidencias pero convertir en jueces a los amigos es contraproducente. Con el tiempo comprenderás que sólo en la familia se encuentra el verdadero apoyo moral...

De la conversación me había quedado una impresión desagradable. Había tratado inútilmente de preparar el terreno. Me sentía arrepentido de haber invitado a Ricardo. Recordaba a Margarita; sí, pero la posibilidad de encontrarla me parecía demasiado remota.

Me dediqué a escuchar los pasos que subían por la escalera, y no me tranquilizaba hasta que se alejaban de mi puerta.

El ambiente del cuarto me ahogaba porque me parecía demasiado tranquilo, con sus muebles pasados de moda, sus jarrones limpios y bien alineados, las imágenes de los santos, y los paisajes recortados de revistas. Mi madre podía haberle servido de modelo a los artistas que colaboraban en las revistas femeninas, de las que había unos ejemplares cuidadosamente ordenados sobre la mesa de centro. Bajo el mueble el gato se desperezaba clavando sus uñas en el tapete.

Mi madre olvidó su dulzura, y pegó un grito enérgico; pero el gato continuó afilándose las garras. Cuando se cansó de hacerlo, adoptó un aire ofendido, y se refugió entre mis piernas. Miré con desprecio al gato; pero su extraño carácter lo volvía indiferente al cariño y al desdén: restregaba su lomo una y otra vez contra mis piernas. Me desesperaba el cosquilleo que me producía la piel del animal. Por consideración a mi madre lo aguanté un rato, pero no pude más y le di un puntapié. El animal se alejó maullando. Ella lo sacó de abajo de la mesa, en donde se había refugiado. Mientras acariciaba su lomo, lo mimaba con palabras dulces.

El animal se puso a ronronear. En ese momento lo odiaba pero lo olvidé cuando tocaron en la puerta.

Los golpes se repetían a intervalos prudentes, pero no me decidía a abrir; había esperado tanto que ya no podía creerlo.

Mi madre examinó cuidadosamente al visitante. La elegancia de Ricardo Ruiz me hacía parecer un vagabundo. A mi madre le halagaba la posición social que revelaba el traje de mi amigo.

Ella regresó a la mesa, se dedicó a jugar un solitario. Nosotros nos acomodamos en el sofá, y conversamos despreocupadamente. De vez en cuando ella simulaba retocarse el peinado, y nos espiaba por el espejo que colgaba de la pared.

Después de la turbación del primer momento, me había serenado. La presencia de mi amigo me bastaba para sentirme protegido de cualquier pensamiento o palabra de mi madre; aun su espionaje me parecía inofensivo.

El gato se aproximó a Ricardo; ni aun la impertinencia del animal que buscaba los halagos de la visita, me molestó.

Mi madre apreció el buen trato que mi amigo le daba al animal. Para mostrar su gratitud, trajo una botella de licor de naranja. Ella misma lo preparaba, pero ocultaba su origen casero con una etiqueta extranjera. Sacó tres copas de cristal cortado que reservaba para las solemnidades. Temí que a mi amigo le disgustara el licor; pero manifestó que era excelente.

Me sentí muy agradecido con mi madre; no siguió su costumbre de criticar al vicio, cuando Ricardo encendió un cigarrillo. Yo no había aprendido a fumar porque a ella le desagradaba; sin embargo, para complacer a mi amigo, aunque aborrecía fumar por el mal sabor que me quedaba en la boca, hubiera sido capaz de imitarlo; pero la visita transcurría felizmente, y no deseaba arriesgarme.

Mi madre le preguntó a mi amigo por su familia.

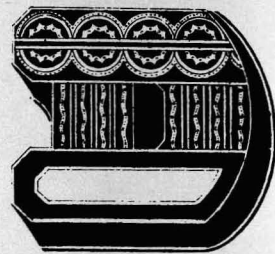
Me disgustó el rumbo que tomó la conversación. Sus revelaciones me sorprendían. Nunca me habría atrevido a interrogarlo; pero por la inoportuna curiosidad de mi madre, me enteraba de que la familia de Ricardo no tenía dinero. Su único pariente rico era el tío de la compañía.

Me disgustaba que Ricardo hablara francamente. Para mí era sagrada la existencia de mi amigo, y me parecía una desvergüenza que sin reticencias revelara el misterio. Yo no quería oírlo, y me distraía haciendo girar entre los dedos mi copa con el licor amarillo, del que sólo había probado una gota. Me sorprendió que algo tan bello tuviera un sabor tan desagradable.

El canario cantaba sin advertir el peligro. El gato se agazapaba bajo la jaula, y con paciencia calculaba la distancia que la experiencia le había demostrado insalvable. Cuando el canario advirtió el acecho, se puso a brincar. En su desesperación derramaba el agua del bebedero y el alpiste.

A pesar de que mi madre sabía que nada podría sucederle al canario, le inquietaba el acecho.

Me divertía la situación: Ricardo hablaba de sus parientes, pero a pesar de su cordialidad continuaba siendo un extraño: a mí no me interesaba su familia, y a mi madre le importaba más la suerte del canario. Pero yo y mi madre éramos igualmente extraños. Mientras ella se preocupaba por la perversidad



del gato, a mí sólo me importaban los reflejos de la luz sobre la copa. Me dije que si les hubiera caído un rayo habría permanecido indiferente. “No —pensé—; no me da igual, sino que me gustaría verlos negros y carbonizados.” Apreté con odio la copa; sin embargo, tuve miedo de que al quebrarse me hiriera. Abrí la mano y conté mentalmente: “uno, dos, tres...” Como piedra arrojada a un pozo, la copa tardaba eternidades en estrellarse; pero después, el odio me abandonó tan rápidamente como se había producido en mi interior.

Ella se olvidó del gato, y Ricardo se quedó inmóvil y callado. Junto a él, yo, con las rodillas algo separadas y la cabeza inclinada, miraba el charquito de licor amarillo. En el espejo de la pared se reflejaba el cuarto, y el charquito amarillo que se iba extendiendo.

El gato abandonó la caza; lo vi aparecer en el espejo, y aproximarse con pasos tímidos a la mancha que crecía. La curiosidad lo empujó a meter las narices en el charquito; pero al sentir las narices mojadas se asustó, y desapareció del espejo y del cuarto.

Antes de marcharse a buscar un trapo para limpiar el piso, mi madre me dirigió una mirada de reproche. Junto con la copa se rompió la armonía del cuarto. Aunque mi madre no había hablado, Ricardo advirtió su enojo. Por otra parte, él no podía descifrar mi silencio, ni sabía por qué me había quedado inmóvil, fascinado con los pedazos de cristal que brillaban entre el licor derramado. Cuando mi madre se arrodilló para limpiar el piso, le dije a Ricardo:

En el aparador se encontraba segura la copa; pero mi madre la sacó para que brindáramos a tu salud. Nunca antes había usado sus copas para agasajar a un amigo mío. Como quien dice he roto un copa en tu honor. Sí, porque no se me escapó; lo hice de propósito —a medida que hablaba me sentía embriagado con mis palabras, como si me hubiera bebido toda la botella de licor—; y la he quebrado para demostrarte que te agradezco que hayas venido —mi madre había suspendido la limpieza, y me escuchaba de rodillas, abriendo unos ojos asombrados y furiosos; sin embargo continué—: te has puesto a charlar con mi madre, como ni yo mismo soy capaz, y te agradezco que hayas tratado de congraciarte con ella. Hasta has estado bebiendo por cortesía; sí: a nadie le puede gustar semejante brebaje... Ves, me sobran motivos para quebrar la copa en tu honor.

Mi madre se sentó distraídamente en un sillón. En sus manos conservaba el trapo; no advertía que la miel goteaba del trapo al piso. Ricardo parecía desconcertado: no podía determinar si trataba de insultarlo o de halagarlo.

—No he terminado de explicarte —le aseguré—.

Nunca había tenido en mis manos una de estas copas. Mi madre no se había atrevido a confiármela. A mis años esa desconfianza me parecía un insulto; al quebrar la copa, he celebrado mi mayoría de edad... ¿Verdad que a ti nunca te ha negado que uses cualquier clase de copas? Siempre has tenido el pulso seguro, y confían en tí. En cambio, soy de manos torpes, porque cuando se pasan la vida vigilándote, no te queda otro remedio... Hoy mi madre cometió el error de descuidarme. (Admítelo: tú has sido un poco culpable por distraerla.) Al sentirme libre, decidí obrar por mi cuenta; pero como la torpeza no se cura de la noche a la mañana, sólo se me ocurrió romper una copa. Reconozco que es una estupidez romper algo la primera vez que nos lo confían; pero no estoy arrepentido.

Cuando terminé de hablar, todos quedamos inmóviles y callados.

Mi madre aún tenía el trapo en su mano, y comenzaba a gotear miel sobre su falda. Lo arrojó al suelo. Observó las manchas de licor que tenía en el vestido. Después moviendo tristemente la cabeza, me dijo:

—No me había dado cuenta de que estás loco —dirigiéndose a Ricardo añadió—: Sí, mi hijo está loco.

Levantaba y hundía la barbilla en las arrugas que tenía en el nacimiento de la garganta, y con dulzura lacrimosa repetía:

—Está loco... está loco...

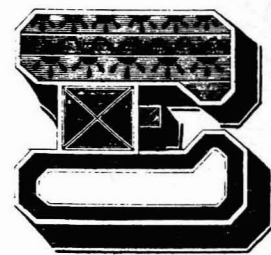
Las lágrimas corrían por las mejillas de mi madre. Ricardo la compadecía. Ella parecía arrugarse y achicarse por momentos, como si fuera un viejo vestido salpicado de lunares, que alguien hubiera arrojado hecho pelota sobre la silla. Ricardo me miró más bien con asombro que con disgusto: le sorprendía que el empleadito que en la oficina casi no se movía, en su casa fuera capaz de portarse con crueldad. Después de un rato de silencio, le dije:

—Las mujeres tratan de dominarnos con las lágrimas —mientras hablaba recordaba las caderas ridículas de Margarita cuando huía sobre sus tacones altos—. ¿Qué pensarías de una muchacha que te hace una escena, porque has dejado de verla? Esto me pasó con Margarita, una compañera que trabaja en la Sección de Contabilidad de la compañía. ¿La conoces?

—Los hijos terminan por matarnos a disgustos —dijo mi madre con doliente dulzura.

Mis palabras parecieron herir a mi amigo, y me rogó que me callara, pero entonces me era imposible guardar silencio:

—Margarita me preparó una trampa. Seguramente avisados de antemano los parientes se habían reunido, y se morían por conocer al novio, al novio que, por una lamentable casualidad,



resulté ser yo. Me sentía incapaz de sobrevivir a su curiosidad por más de dos minutos; sin embargo aún tuve fuerzas para continuar hasta lo último. Estreché las manos de unos viejos vulgares que son los padres de ella.

—Los hijos terminan por matarnos a disgustos —lloriqueó mi madre.

—Margarita había encontrado a un estúpido muy a propósito para el caso. Después de pasar por un prólogo de besos en el jardín, me llevó a presentar a su casa...

—¡Cállate! —me rogó Ricardo a punto de estallar.

Pero entonces ya no me importaba que aprobaran mi historia.

—Cuando salí de su casa, me prometí que ella no volvería a ponerme en ridículo. Después Margarita intentó conmovirme llorando; pero ni todas sus lágrimas me hicieron regresar a aquella casa. Para poder salir tuve que estrechar miles de manos, y allí estaría aún, si no huyo por la escalera más interminable que he conocido.

—Cállate —me gritó Ricardo; sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas; su cara revelaba la furia de una vaca a la que marcan con un hierro caliente—. Sólo un mentiroso puede decir que la escalera de mi casa, que he subido y bajado durante años, tiene la virtud mágica de retener a los pretendientes de mi hermana —Ricardo parecía a la vez furioso y sorprendido de verse participando en la lucha de la que antes era espectador. Guardó silencio sólo por respeto a mi madre.

Ella nos miraba; trataba de adivinar por qué Ricardo había alzado la voz; no lograba entender qué relación existía entre la hermana de Ricardo y yo; cómo Margarita, una desconocida, resultaba pariente de Ricardo; y por qué de pronto yo, sin ningún motivo aparente, me había puesto a hablar de esa muchacha.

Por su parte, Ricardo estaba inmóvil y furioso. Yo me sentía sorprendido como si hubiera recibido un golpe en la boca del estómago: ¿Por qué mi mala suerte me había colocado en una situación tan penosa? Me inclinaba hacia adelante, procurando respirar el aire que entraba por la ventana, que llegaba mezclado con los ruidos del vecindario. Me sentía en el interior de una alberca de aguas turbias, sin aire ni luz.

En una fábrica vecina pitó uan sirena. Mientras daban las cinco de la tarde, nosotros guardábamos un silencio penoso. Mi madre, para romper el silencio nos anunció que prepararía un cocimiento de hojas de naranjo.

Cuando se marchó a la cocina, el estancamiento se rompió casi milagrosamente. Nosotros por primera vez en mucho rato cambiamos de postura. Ricardo recobraba la serenidad, y yo comenzaba a arrepentirme de mi conducta.

Mi madre regresó con una tetera y le sirvió una taza a Ricardo, luego otra a mí, y ella se quedó con la última.

Las tazas azules y humeantes le causaron a Ricardo una agradable impresión. Su rostro reflejaba optimismo, como si pensara: "Después de todo, aquí no ha sucedido una tragedia cósmica."

Después de consultar su reloj, Ricardo se despidió de nosotros.

Mientras lo veía alejarse, experimenté la sensación de que Ricardo recogía en sí mismo (como una cinta metálica en un carrete) los movimientos y las palabras que había dispersado en el cuarto. Cuando salió al pasillo, me pareció que los muebles y las paredes quedaban desnudos bajo la luz cruda de la tarde, ya sin la protección del sobrino del gran jefe.

Alcancé a Ricardo cuando había descendido un tramo de la escalera.

—Dile a tu hermana que me perdone.

Mi amigo siguió caminando hacia la puerta. Afuera los autos y los camiones pasaban velozmente; por un segundo oscurecían el umbral; luego la luz de la tarde volvía resplandecer como un fogonazo. Antes de que llegara a la calle, le repetí:

—Dile a Margarita que me perdone.

Yo estaba cerca de mi amigo; mientras sombras se alargaban de abajo hacia arriba, caprichosamente deformadas por los escalones. Con la mirada puesta en la calle, Ricardo me respondió:

—No es necesario; pero lo haré, ya que me lo pides.

Cuando regresé al cuarto, mi madre como si nada hubiera pasado, acomodaba las barajas en hileras muy bien ordenadas. No quedaba rastro de la visita de Ricardo; la mancha del suelo había desaparecido, también las colillas y las tazas. Me recliné en el sofá mirando el vacío. Inútilmente invoqué las fantasías con que había matado el tiempo otras tardes. Tome una resolución heroica y le pregunté a mi madre:

—¿Tú crees que Margarita me perdonará, si su hermano se lo pide?

Al oír el nombre de Margarita, abandonó las barajas. Me preguntó muy intrigada, mientras yo buscaba en el ropero mi mejor traje.

—¿A dónde vas?

—Iré a pedirle perdón a Margarita. Si Ricardo está presente, no sentiré temor de sus padres.

—Empiezas a enloquecer por las muchachas: primero huyes espantado, y después las persigues.

Una voz interior me aconsejaba regresar al lado de mi madre; pero la voz cada vez se debilitaba más. Continué caminando hacia la puerta.

Colaboradores

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Nació en Atoyac, Jalisco, en 1918. Entre sus obras más destacadas se cuentan: *La técnica en literatura* (1943), *Literatura mexicana siglo XX* (1949, 1950), *Problemas literarios* (1955), *La expresión nacional* (1955). Se le deben compilaciones y textos introductorios de numerosas ediciones antológicas, entre ellas: *Poesía romántica* (1941), *Literatura indígena moderna* (1942), *La obra de Enrique González Martínez* (1951), *Antología de Alfonso Reyes* (1965).

JOSÉ AGUSTÍN

Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1944. Ha publicado: *La tumba* (1964), *De perfil* (1966) y *José Agustín* (Autobiografía, 1966).

HOMERO ARIDJIS

Nació en Contepec, Michoacán, en 1940. Ha publicado los siguientes libros: *La musa roja* (1958), *Los ojos desdoblados* (1960), *La tumba de Filidor* (1961), *La difícil ceremonia* (1963), *Antes del reino* (1963), *Mirándola dormir* (1964).

INÉS ARREDONDO

Nació en Culiacán, Sinaloa, en 1928. Sus cuentos han sido recogidos en *La señal* (1965).

ALBERTO DALLAL

Nació en la ciudad de México en 1936. Ha publicado ensayos y cuentos en diversas revistas. Su único libro aparecido hasta la fecha es *El hombre debajo del agua* (1962).

FERNANDO DEL PASO

Nació en la ciudad de México en 1935. Ha publicado: *Sonetos de lo diario* (1958) y *José Trigo* (1966).

SALVADOR ELIZONDO

Nació en la ciudad de México en 1932. Además de sus colaboraciones en revistas y suplementos culturales, ha publicado los siguientes libros: *Poemas* (1960), *Luchino Visconti* (1963), *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965), *Salvador Elizondo* (Autobiografía, 1966), *Narda o el verano* (1966).

JUAN GARCÍA PONCE

Nació en Mérida, Yucatán, en 1932. Además de sus numerosos artículos, ensayos, traducciones y prólogos, ha publicado los siguientes libros: *El canto de los grillos* (1958), *Imagen primera* (1963), *La noche* (1963), *Figura de paja* (1964), *La casa en la playa* (1966), *Juan García Ponce* (Autobiografía, 1966), *Cruce de caminos* (1965).

MARGO GLANTZ

Nació en la ciudad de México en 1930. Ha publicado los siguientes libros: *Tennessee Williams y el teatro norteamericano* (1964), *Viajes en México; crónicas extranjeras* (1964).

VICENTE LEÑERO

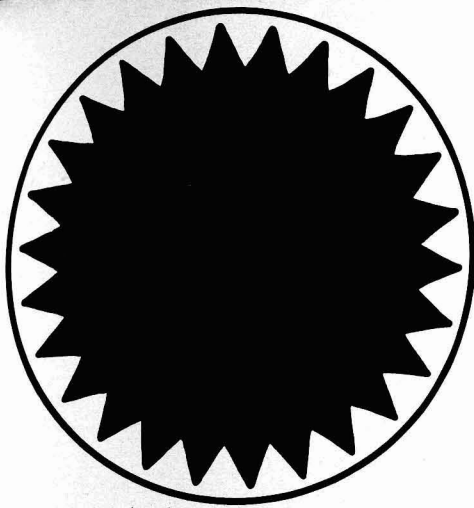
Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1933. Sus obras son: *La polvareda y otros cuentos* (1959), *La voz adolorida* (1961), *Los albañiles* (1964), *Estudio Q* (1965) y *El garabato* (1967).

JUAN VICENTE MELO

Nació en Veracruz, Veracruz, en 1932. Sus libros publicados son: *La noche alucinada* (1956), *Los muros enemigos* (1962), *Juan Vicente Melo* (Autobiografía, 1966).

CARLOS MONSIVÁIS

Nació en la ciudad de México en 1938. Es autor de *La poesía mexicana del siglo XX* (antología, 1966) y de *Carlos Monsiváis* (Autobiografía, 1966.) Sus traducciones, artículos, ensayos y escritos de crítica se hallan publicados en revistas y suplementos culturales.



MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Nació en México, D. F., en 1932. Sus libros publicados son: *Ruinas de la infame Babilonia* (1953), *Contrapunto de la fe* (1955), *Pliego de testimonios* (1956), *Delante de la luz cantan los pájaros* (1959), *Cantos al sol que no se alcanza* (1961), *Fundación del entusiasmo* (1963), *La parcela en el Edén* (1964), *Vendimia del juglar* (1965), *Las fuentes legendarias* (1966).

JOSÉ EMILIO PACHECO

Nació en la ciudad de México en 1939. Además de una prolífica producción en artículos, ensayos, traducciones, prólogos y presentaciones, ha publicado los siguientes libros: *La sangre de Medusa* (1959), *El viento distante* (1963), *Los elementos de la noche* (1963), *El reposo del fuego* (1966), *Morirás lejos* (1967).

SERGIO PITOL

Nació en la ciudad de Puebla en 1933. Libros publicados: *Victorio Ferri cuenta un cuento* (1958), *Tiempo cercado* (1959), *Infierno de todos* (1964), *Los climas* (1966), *Sergio Pitol* (Autobiografía, 1967.) *No hay tal lugar* (1967). Es autor de numerosas ediciones antológicas.

GUSTAVO SAINZ

Nació en la ciudad de México en 1940. Ha publicado: *Gazapo* (1965) y *Gustavo Sainz* (Autobiografía, 1966.) Ejerce la crítica en diversas publicaciones especializadas.

CARLOS VALDÉS

Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1928. Obras: *Ausencias* (1955), *Dos ficciones* (1958), *Dos y los muertos* (1960), *El nombre es lo de menos* (1961), *Crónicas del vicio y la virtud* (1963), *Los antepasados* (1963), *José Luis Cuevas* (1966).

GABRIEL ZAID

Nació en Monterrey, Nuevo León, en 1934. Ha publicado: *Seguimiento*, (1964), *La máquina de sumar* (1967).

LILIA CARRILLO

Nació en la ciudad de México en 1930. Principales exposiciones: Washington, París, Lima. Colectivas en México, Francia, Israel, Brasil, Chile, Estados Unidos. Obtuvo el 2o. premio de pintura en el salón ESSO, México, (1965).

JOSÉ LUIS CUEVAS

Nació en la ciudad de México, en 1934. Ha realizado numerosas exposiciones individuales (México, Filadelfia, Buenos Aires, Roma, Toronto, Nueva York, Milán, etc.) Ha participado en colectivas como la III Bienal de São Paulo (1955), II Anual de Pintura Interamericana, en Colombia (1960), etc. Premios: Primer Premio Internacional de Dibujo en la V Bienal de São Paulo (1959), Segundo Premio de la II Anual de Pintura Interamericana en Barranquilla (1960), Primer Premio en la VII Exposición Internacional de Blanco y Negro de Lugano, Suiza (1962).

MANUEL FELGUÉREZ

Nació en Zacatecas, Zacatecas, en 1928. Ha realizado nueve exposiciones individuales en México, Lima, Washington y París. Seleccionado para las Bienales de París (I y II), VI de São Paulo, IV de Tokio y para la XX de Watercolor (Brooklyn Museum).

FERNANDO GARCÍA PONCE

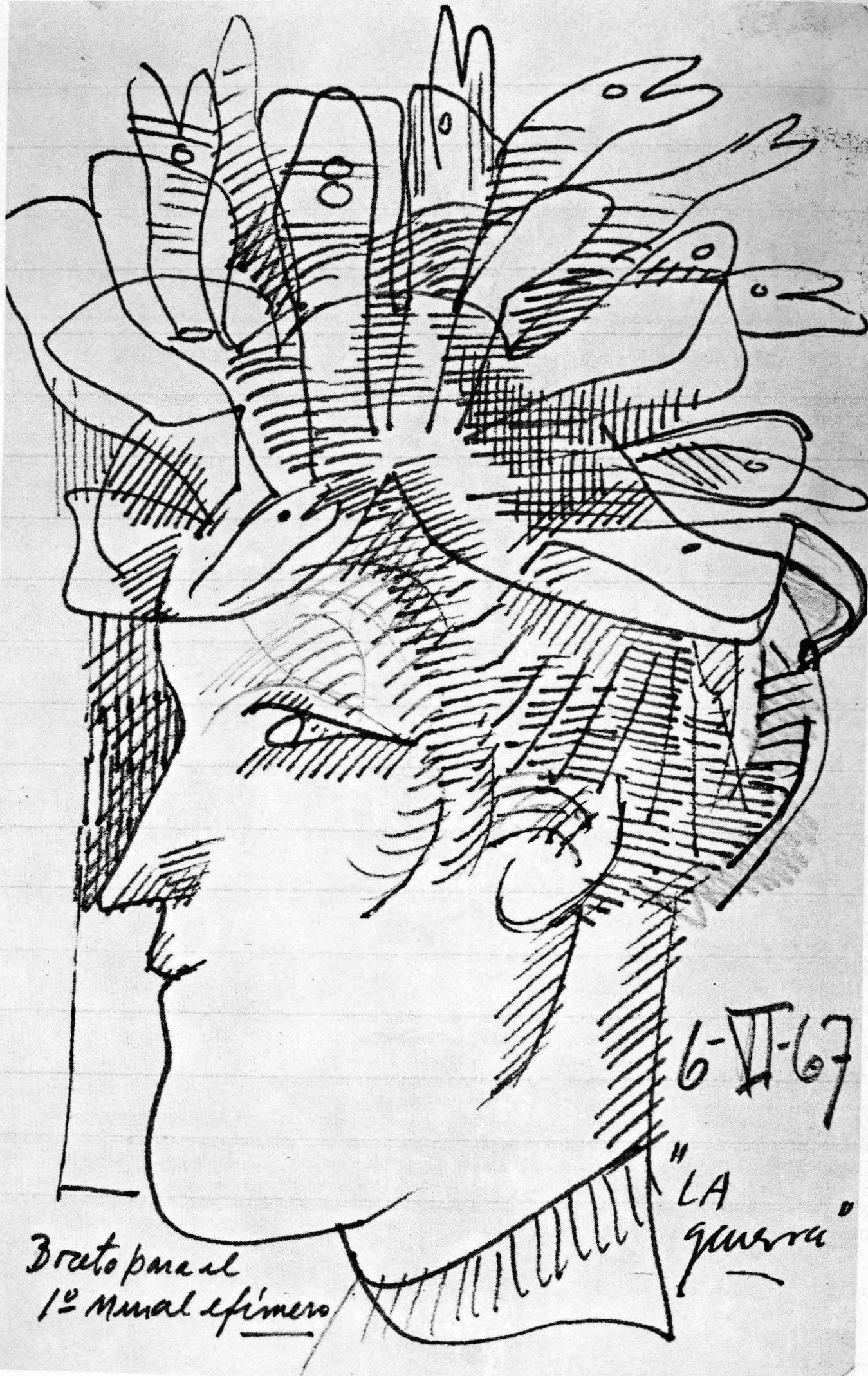
Nació en Mérida, Yucatán, en 1933. Ha realizado seis exposiciones individuales y participado en numerosas colectivas. En 1965 obtuvo el primer premio de pintura en el salón ESSO (México).

ALBERTO GIRONELLA

Nació en la ciudad de México, en 1929. Ha realizado ocho exposiciones personales en México, Washington y París. Ha participado en numerosas exposiciones colectivas. Fue premiado en la Primera Bienal de París (1959).

VICENTE ROJO

Nació en Barcelona, España, en 1932. Vive en México desde 1949. Ha presentado diez exposiciones individuales en México, Miami, Barcelona, Madrid y La Habana. Ha participado en las Bienales de París (II y IV), VI de São Paulo y VI de Tokio.



6-VI-67

"LA guerra"

3 ratos para el
1º mural efímero